Editorial Vida

DAVID WILKERSON

TENEMOS HAMBRE DE CRISTO

Experimentando su presencia en tiempos difíciles

DAVID WILKERSON

TENEMOS HAMBRE DE CRISTO



A Scott y Joy Sawyer, que aman a Jesucristo con pasión y que pasaron muchas horas de oración ayudando a corregir el texto de este libro. Ellos, al igual que yo, tienen hambre de Cristo.

índice

Prefacio

Tengo en mi biblioteca doce volúmenes escritos por J. B. Stoney, un devoto autor. Cada volumen se centra en Cristo: miles y miles de páginas que exaltan la hermosura de nuestro Señor y de su ministerio como *Un hombre en la gloria.* Al devorar esos valiosos libros, me encuentro continuamente humillado y a la vez desafiado por ese hermano que ha escrito tanto sobre un único tema: La gloria de Cristo.

Hace pocos años que he comenzado a predicar más y más de mi bendito Salvador, y he orado mucho por una revelación mayor de su gracia y de su gloria. En todos mis años de predicación nunca he tenido tanta hambre de El. El Espíritu Santo no ha dejado de satisfacer esa hambre creciente, y ahora me permite compartir con el cuerpo de Cristo un libro referente por completo a Jesús.

Si usted también tiene hambre de Cristo, encontrará aquí algunas ideas para alimentar su alma. Creo que solamente los que el Espíritu Santo ha despertado hace poco con una nueva hambre y sed de Cristo y de su santidad, tomen el tiempo para leer este libro. Usted tiene que ser uno de los que tienen hambre de Cristo, para acercarse a la mesa y comer. Este no es un libro para esos cristianos apresurados que buscan “comidas rápidas”, sino para los que están aprendiendo a esperar que el Señor les dé el maná del cielo.

David Wilkerson

Sección 1

ALIMENTÁNDONOS DE CRISTO

1
El Pan de Dios

En nuestros días, la Iglesia de Jesucristo ha experimentado Lwla peor sequía espiritual de toda su historia. Multitudes de ovejas a punto de morir de hambre les están pidiendo a gritos a sus pastores que les den algún alimento vivificante, algo que las sustente en estos tiempos difíciles. Pero con demasiada frecuencia no se les da ni una *migaja* de alimento espiritual. Salen de la casa de Dios vacías, insatisfechas y débiles. Se han cansado ya de arrastrarse, una y otra vez, hacia una mesa vacía.

No era ese el propósito de Dios para su pueblo, y a El le duele ver que sea así. Dios ha provisto pan para el mundo entero. Y el pan que El ofrece es más que para sobrevivir; es alimento para una vida en su medida más completa, la "vida en abundancia" de la cual habló Jesús.

¿Quién es este Pan de Dios, del que tan ansiosamente tenemos hambre? Jesús nos dio la respuesta. Dijo: "El pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo" (Juan 6:33). En otras palabras, *¡Cristo mismo es la respuesta!* Como el maná que Dios envió para sustentar la vida de los hijos de Israel en el desierto, Jesús es para nosotros el Pan de Dios, el don enviado para sustentar nuestra vida hoy y todos los días.

El Pan de Dios, cuando se come todos los días, produce una calidad de vida que Jesús mismo disfrutó. Cristo participaba en una vida que brotaba directamente de su Padre celestial; una vida, nos dice, que también debe animarnos a nosotros: "Como … yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí" (Juan 6:57).

Ese pan es lo que le falta al cristianismo moderno, y es lo que éste necesita desesperadamente. Mi sincera oración es que este libro ayude a satisfacer el hambre espiritual que muchos están sintiendo en su vida.

Esta hambruna espiritual ha durado muchos años. Es que cuanto más una persona se aleje de Cristo, la fuente de toda vida, tanto más se adueña de ella la muerte. Del mismo modo, las iglesias y los ministerios mueren cuando pierden contacto con esa corriente vivificante. En efecto, muchas de esas iglesias y ministerios han decaído lentamente desde hace tiempo. Es por eso que muchos creyentes desilusionados claman a Dios, anhelando una iglesia que tenga alguna vida. Por eso mismo la mayoría de los jóvenes dicen que sus iglesias están "muertas".

El profeta Amos habló de un día cuando "las doncellas hermosas y los jóvenes desmayarán de sed" (Amos 8:13). Así clamaba Amos:

He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. ? irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán.

Amos 8:11-12

Muchos cristianos se sienten ofendidos cuando se les dice que es Dios quien manda esa hambruna de la Palabra verdadera. Y es verdad que hoy día hay mucha más predicación y enseñanza vigorosa que se llama "revelación". Las Biblias son más visibles que nunca. Hay multitudes que corren a oír a sus predicadores y maestros favoritos. Hasta hay quienes dicen

que este período de la historia del cristianismo es un tiempo de avivamiento, una época gloriosa de luz del evangelio y de nueva verdad. Pero si lo que se le ofrece al pueblo de Dios no es el Pan de Dios que vino del cielo, entonces no es verdadero alimento espiritual. No producirá vida. Más bien, hará que muchos mueran de terrible hambre espiritual.

La verdad es que esa hambre que lleva a la muerte abunda en la casa de Dios hoy. La hambruna está haciendo que muchos creyentes se alejen de la iglesia para ir en busca de algo que satisfaga sus más íntimas necesidades. Ahora las iglesias están plagadas de adulterios, divorcios, rock “cristiano”, psicología antibíblica y evangelios de la Nueva Era. Muchos jóvenes cristianos se están entregando a las drogas y a la inmoralidad sexual en busca de realización.

Eso sucede porque mucho de lo que hoy día se oye en los pulpitos es, en el mejor de los casos, comida agradable. Los sermones no son suculentos ni difíciles de tragar. ¡Hasta son “simpáticos”! Las anécdotas son bien narradas, las aplicaciones son fáciles y prácticas, y nada de lo que se dice ofende jamás a nadie. No resulta difícil llevar consigo el domingo a un cónyuge o amigo que no es cristiano, porque no se va a sentir incómodo. Nadie lo confrontará acerca del pecado. No habrá carbones ardientes del altar de Dios que le queme la conciencia, ni flechas llameantes de convicción procedentes del pulpito que lo mueva a ponerse de rodillas. No habrá ningún dedo profético que le señale el corazón y le diga con voz de trueno: “¡Tú eres ese hombre!” Y si en realidad el martillo cae sobre el pecado, rápidamente se amortigua su efecto.

Es asombroso pero cierto: el lugar más cómodo y tranquilizador de la conciencia para esconderse de los ojos llameantes de un Dios santo es dentro de una iglesia muerta. Sus predicadores funcionan más como funerarios que como apóstoles de la vida. En vez de guiar a los hambrientos creyentes hacia la vida abundante que Cristo ofrece, les dan blandas palabras de ánimo para tratar de calmarles el hambre: “Todo está bien. Ustedes han hecho todo lo que necesitan hacer. No se tomen la molestia de alimentarse del Pan de Dios siendo constantes en la oración, o desempolvando sus Biblias, o armonizando sus corazones con el de Dios.”

Algunos predicadores protestan diciendo que, lejos de estar muertas, sus iglesias están llenas de gloriosa alabanza y adoración a Dios. Sin embargo, no todas las iglesias exuberantes que mueven las emociones están necesariamente llenas de vida. El culto que brota de unos labios impuros es, en realidad, una abominación para Dios. La alabanza que sale de corazones llenos de adulterio, lujuria u orgullo es un hedor para El. Los estandartes cristianos enarbolados por manos manchadas de pecado no son más que presuntuosos desplantes de rebeldía.

Una vez escuché a un ministro “profetizar” que pronto vendrá el día en que los cultos de las iglesias serán de alabanza en un noventa por ciento. Pero si eso llega a ocurrir, e incluso si esa alabanza es de corazón, eso deja solamente un diez por ciento para lo demás, donde, supongo, estaría incluida la predicación de la Palabra de Dios. Pero ¿acaso no nos debilitaremos espiritualmente si aclamamos y alabamos, pero no comemos el Pan de Dios? ¿Significa esto que hemos llegado al punto como los hijos de Israel cuando se quejaron: “Pero ahora nuestro apetito se reseca, ya que no hay … más que el maná” (Números 11:6, *RVA*)? ¿Será posible que nos hayamos aburrido de sentarnos ante la mesa del Señor?

¡Debemos comprender que la alabanza auténtica sólo brota de corazones agradecidos que rebosan con la vida pura de Jesucristo!

El apóstol Juan escuchó una voz que clamaba desde el salón del trono de Dios: “Alabad a

nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes" (Apocalipsis 19:5). Esos siervos se regocijaban en Dios y le daban gloria. Habían andado con tal fidelidad que los preparó para ser la esposa de Cristo (v. 7). Ellos comieron el Pan de Dios con fidelidad y reverencia, con santo temor ante su poder vivificante.

El remanente santo

Es verdad lo que dice el viejo adagio: uno es lo que come. Jesús dijo que su carne debía ser nuestro alimento, nuestra dieta básica: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Juan 6:53).

Los judíos no podían asimilar un pensamiento así, y “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (v. 66). Decían: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?” (v. 60). Incluso hoy día, quienes interpretan que el comer el cuerpo del Señor se limita a la Santa Cena, no entienden lo que Jesús quería decir. La razón por la que observamos la Cena del Señor es para tener presente que Él, mediante su muerte, llegó a ser nuestra fuente de vida. Tenemos una invitación, recibida del cielo, para llegar a su mesa, “comer” y volvernos fuertes.

¡Sé que eso es precisamente lo que muchos seguidores están haciendo! En medio de una generación de pastores mercenarios y de seguidores mal alimentados, hoy día está surgiendo en el mundo un sacerdocio santo, levítico. Se trata de los siervos y siervas que desean llegar a ser pastores según el corazón del Señor. Y el Espíritu los ha ungido para que conduzcan a un pueblo apartado que está dispuesto a seguirlos hasta la plenitud de Cristo.

Esos creyentes se consumen de amor por el Señor; están despojados de todo orgullo y ambición mundana; arden con el celo de la santidad. Su número es pequeño, pero va creciendo. No tienen más alimento que Cristo, porque saben que no hay otra fuente de vida. Rebosan de vida porque se han acercado con diligencia y con frecuencia a la mesa del Señor. Aman según la verdad, y no tienen temor alguno. Denuncian el pecado sin excusarse por hacerlo, derribando ídolos y fortalezas. Todo eso lo hacen para traer libertad a sus hermanos, para producir en ellos hambre por la realidad de Cristo Jesús y para enseñarles cómo alimentarse de El.

Ese remanente santo que hoy existe en el mundo adora al Señor en espíritu y en verdad. Son personas más enamoradas de Jesús que de sus bendiciones y sus dones. Lo alaban con manos limpias y corazón puro. Pero lo trágico es que todavía hay muchos que siguen saciando sus apetitos lujuriosos, y luego se atreven a acercarse a la mesa del Señor para festejar con los justos. Eso sólo conduce a la enfermedad espiritual y a la muerte, porque no disciernen el verdadero Pan de Dios.

Esas ovejas enfermas se vuelven tan débiles espiritualmente y tan afectadas por el pecado que no pueden comer alimento sólido. Prefieren mordisquear las cascaras de enseñanzas que complacen el oído. Se apoyan en la liviandad y el espectáculo antes que en la auténtica Palabra. Sus apetitos espirituales se han atrofiado por comer demasiadas golosinas baratas.

Tomemos la televisión como un ejemplo. Pocas actividades seducen a los cristianos tanto. La televisión es una forma de idolatría particularmente insidiosa; y yo cada vez clamo más y más contra ella, al ver el hambre espiritual de nuestra nación. ¿En qué consiste gran parte de la programación televisiva hoy sino en una exhibición de comida satánica? Un anuncio radial invitaba a los televidentes a sintonizar determinado programa de televisión “para recibir una buena dosis de codicia, lujuria y pasión, tal como a usted le gusta”. No importa cómo la llamemos los cristianos, los productores mismos de la televisión llaman a ese medio por su verdadero nombre: ¡una fuente de lujuria! Aun sabiendo eso, son literalmente millones de cristianos los que permanecen sentados frente a sus televisores hora tras hora y día tras día, tragándose una dieta constante de basura que, sin duda, le causa dolor al corazón de Dios.

Nada puede ser más obvio para mí que el dolor de Dios por eso: no por la televisión en sí, sino por la adicción de los cristianos a ella. Es un flagrante ultraje contra un Dios santo. El Espíritu Santo llora por esas multitudes de creyentes espiritualmente ciegos que se niegan a obedecer sus más íntimos impulsos a dejar de beber de esa cisterna inmunda. Si Jeremías pudiera presenciar este triste espectáculo — millones de miembros del pueblo de Dios remoloneando frente a sus televisores todos los domingos, tragando lujuria, delincuencia y codicia en lugar de estar sentados en la casa de Dios para comer de su Pan—, el profeta se lamentaría y gemiría. Clamaría de parte del Señor: “Mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha … Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jeremías 2:11,13).

¡Qué celoso se debe de poner el Señor ante nuestra provocación! Somos sumamente generosos para dedicar nuestro tiempo a comer a la mesa de sus enemigos — la televisión no es más que un ejemplo — y en cambio su mesa la abandonamos, la pasamos por alto. ¡Ay, cuánto le encantaría a Dios disponer de ese tiempo para alimentarnos con el verdadero Pan de vida! ¿No es hora ya de volcar la mesa del diablo en nuestra vida? ¿De entrar en el aposento de la oración y festejar con el genuino Pan de Dios? ¿De arrancar de nuestra casa y de nuestra vida todo lo que mancha y contamina nuestra mente espiritual? Debemos preguntarnos con franqueza: ¿A la mesa de quién estaremos sentados cuando de repente llegue el Redentor a Sión?

Pan de fortaleza

En cierta ocasión pasé varias semanas ante el Señor, llorando y clamando a Él para que me diera un mensaje de consuelo y esperanza para todos los creyentes cargados de sufrimiento que escriben a nuestro ministerio en la *Iglesia Times Square.* Como aquí en la ciudad de Nueva York trabajamos con drogadictos, alcohólicos y personas sin hogar, he orado así: “Señor, adondequiera que miro veo dolor, sufrimiento, pesar y tribulación. ¿Qué mensaje puedo darles a los que se hallan en tan espantosa necesidad? ¿Cuál es tu palabra para ellos? Sin duda a ti te importan esas almas. Sin duda anhelas darles una palabra que las ponga en libertad.”

El Señor me ha dado una palabra, y es la siguiente: El ha provisto un modo de fortalecer a todo hijo suyo para que resista al enemigo. Esta fortaleza sólo viene de comer el Pan enviado del cielo. Y nuestra salud y fortaleza espiritual dependen de que comamos de ese Pan.

Escuchemos con atención, una vez más, las palabras de Jesús: “Yo vivo por el Padre; asimismo, el que me come, él también vivirá por mí” (Juan 6:57). Jesús tenía una comunión tan íntima con el Padre, y estaba tan entregado a hacer solamente la voluntad del Padre, que las palabras del Padre eran su comida y su bebida cada día. Jesús se sustentaba cada día escuchando y viendo lo que el Padre deseaba; y eso fue como resultado de pasar mucho tiempo a solas con Él.

Cristo les dijo a sus discípulos: “Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis … Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:32,34). También los instruyó así: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará” (Juan 6:27). No nos demos el lujo de soslayar este secreto de fortaleza: Así como Cristo vivía por el Padre, así nosotros debemos recibir nuestra vida alimentándonos de Cristo.

Un agradable caballero de ochenta y seis años de edad escribió a nuestro ministerio, contando cómo alimenta y cuida a su esposa impedida. Son demasiado pobres para pagar un hogar de ancianos, y él está preocupado porque puede morir en cualquier momento y ya no habrá nadie que cuide de ella. A ese hombre le digo: ¡No desespere! Levante los ojos, y beba en presencia de Cristo. Deje que el Espíritu Santo lo alimente con el maná del cielo. Invóquelo a El; porque El escucha hasta el grito más débil. El promete darse a sí mismo como alimento para usted. El va a entrar hasta lo más profundo de su ser con una luz y una vida renovadas. Dios dijo que Cristo es nuestro Pan de vida, de quien recibimos la vida y el sustento. Así que, confíe en El alimentándose de Cristo, ¡y Dios le dará fortaleza!

La esposa de un agricultor en el estado de Montana nos escribió diciendo que estaba enojada, perpleja y al colmo de su paciencia porque la granja de su familia estaba a punto de quebrar. Su esposo se había esforzado mucho, pero la situación parecía oscura y sin esperanza, y parecía que a nadie le importaba. A esa hermana amada le digo: ¡Acerqúese a la mesa del Señor! Vuelva a su fuente de vida: ¡el Pan de Dios!

El autor de la carta a los hebreos se dirige a unos cristianos diciendo que “el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos” (Hebreos 10:34). Junto con ese autor, yo digo: “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón” (v. 35). No abandone la mesa del Señor para enfurruñarse en algún oscuro rincón. Espere en El, hasta quedar satisfecho; en la mesa del

Señor encontrará todo lo que necesita para la vida y la piedad. Nadie podrá quitarle ese Pan eterno y vivificante. ¡Viva por medio de El! ¡Coma de Cristo y vencerá!

A los divorciados, a los desempleados, a los solitarios, a los padres que sufren porque sus hijos se han perdido, a los que están atados por el pecado y quieren liberarse, les digo: ¿Han estado buscando ayuda en lugares equivocados? Hagan lo que es obvio que deben hacer: ¡Vuelvan de inmediato a la presencia del Señor y búsquenlo de todo corazón! Regresen a comer del alimento espiritual correcto, y deshánganse de toda la basura. Encontrarán el poder y la fuerza que necesitan cuando la vida del Señor entre en ustedes meidante el Pan de Dios.

Me gozo con los que tienen razón para gozarse, y lloro con los que lloran. Pero a veces me parece que oigo que el Espíritu me susurra: *No sufras por los cristianos que han abandonado mi mesa. No llores por ellos ni dejes que sus problemas te agobien. Ellos ya no oran ni leen mi Palabra, mientras que desperdician neciamente horas y horas en sí mismos. Día tras día se han olvidado de mí. Seguirán sufriendo hasta que regresen y coman del Pan que yo he provisto para sanarlos y fortalecerlos.*

Nuestro ministerio recibe también cartas de cristianos que han soportado grandes aflicciones pero que a diario se alimentan del Pan de Dios. Muchos de esos creyentes no han hecho sino fortalecerse más, con un creciente sentido de la presencia de Dios en su vida. En medio de sus pruebas han recurrido al Señor con todo su corazón. Lo han buscado en su dificultad, y El ha escuchado su clamor y ha satisfecho sus almas hambrientas, dándoles lo que necesitan para soportar los tiempos difíciles. Dios los ha enaltecido por encima de sus problemas, hasta el punto en que conocer a Cristo se ha convertido en algo más importante que el hallar alivio. Viven de Cristo literalmente, porque han descubierto que El es su poderosa fuente de fortaleza. Y un día saldrán de allí como oro puro, tras haber sido probados por el fuego. Quedarán por completo purificados del egoísmo y el orgullo. Como Cristo, el único deseo de ellos será hacer la voluntad del Padre y acabar su obra.

El Pan de Dios se sirve todos los días, como les ocurría a los israelitas con el maná. Dice la Biblia que Dios le dio maná a su pueblo para humillarlo (Deuteronomio 8:16). Los israelitas no fueron humillados porque fuera alimento de mala calidad; ya que en realidad era “pan de ángeles” (véase Salmo 78:25). Fueron humillados porque cada día tenían que buscar el alimento. Eso les recordaba que era Dios quien tenía, la llave de la despensa. Estaban obligados a esperar en El y a reconocer que sólo El era la fuente.

Hoy día los cristianos son humillados del mismo modo. Dios nos dice que lo que comimos de Cristo ayer no va a satisfacer nuestra necesidad hoy. Debemos admitir que nos vamos a morir de hambre espiritualmente y vamos a quedar débiles y desamparados si no recibimos nuestro suministro fresco y diario de Pan celestial. Debemos acercarnos con frecuencia a la mesa del Señor. Debemos acostumbrarnos a la idea de que nunca llegará un momento en nuestra vida en que se nos dé una ración de fortaleza para más de un día.

A los que aman a Jesús y desean considerarse parte de ese remanente santo, les puedo prometer una cosa: las hambrunas no son eternas. Dios va a visitar de nuevo a su pueblo. Como lo veremos en el capítulo siguiente, El quiere saciarnos por completo. Quiere darnos la vida abundante que anhelamos. Desea llegar al encuentro de todo corazón sincero que tenga *hambre de Cristo.*

2
Para ganar a Cristo

Sabe usted si se ha ganado el corazón de su Señor? ¿Sabe usted que si tiene hambre de Él, tendrá el deseo de ganarse su corazón? El apóstol Pablo afirma que ese era su propósito al renunciar a su vida anterior:

Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura *para ganar a Cristo.*

Filipenses 3:8

Pablo estaba cautivado completamente por su Señor. ¿Por qué sentía la necesidad de "ganar" a Cristo? Ya el Señor se le había revelado con claridad, y no sólo *al* apóstol sino también *en* su vida. Aun así, Pablo se sentía impulsado a ganarse el corazón y el afecto de Cristo.

Todo su ser — su ministerio, su vida, su razón misma de vivir — estaba centrado exclusivamente en agradar a su Maestro y Señor. Todo lo demás era basura para Pablo, incluso las cosas "buenas". Creo que una de las razones por las que él nunca se casó fue para tener más tiempo para atender las cosas del Señor (véase 1 Corintios 7:32). Él invitaba a otros a que hicieran lo mismo "para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo" (Colosenses 1:10).

Uno puede preguntarse si es bíblica esa idea de ganarse el corazón de Jesús. ¿No somos ya objeto del amor de Dios? En realidad, su amor benevolente se extiende a la humanidad entera. Pero hay otra clase de amor que pocos cristianos llegan a experimentar alguna vez. Se trata de una relación de amor afectuoso con Cristo, como la que se da entre marido y mujer.

Ese amor se expresa en el Cantar de los Cantares. En ese libro, Salomón se describe como un tipo de Cristo; y en un pasaje el Señor habla así con respecto a su esposa:

Prendiste mi corazón … esposa mía; has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello. ¡Cuan hermosos son tus amores … esposa mía! ¡Cuánto mejores que el vino tus amores …!

Cantar de los Cantares 4:9-10

Más adelante dice: "Aparta tus ojos de delante de mí, porque ellos me vencieron" (6:5). La esposa responde: "Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento" (7:10).

La esposa de Cristo estará formada por un pueblo santo que anhela complacer a su Señor, y que vive tan obediente y tan apartado de toda otra cosa, que logre "robarle" el corazón a Cristo. En el pasaje citado dice que el corazón de Cristo fue apresado "con uno de tus ojos". Creo que la idea de "uno de tus ojos" es tener la mente indivisa, centrada solamente en Cristo. Esta devoción indivisa a Cristo — como también el amor simbólico entre marido y mujer — se expresa en otro libro de la Biblia: Rut. Se trata del relato de una joven convertida que se ganó el corazón de su señor terrenal. Lo considero un relato profético, un mensaje que nos habla

poderosamente hoy, porque nosotros nos ganamos a Cristo del mismo modo que Rut se ganó a su amo, Booz.

Pero al tratar de investigar ese concepto, repasando todos los comentarios bíblicos a mi alcance, no pude encontrar ni un sólo autor que viera en el libro de Rut ese sentido espiritual y profético. Sólo un escritor sugería apenas que, por ser Rut una moabita, Dios podía estar hablándonos de los gentiles "injertados en el olivo". Pero ese relato contiene mucho más que un simple significado histórico. Creo que necesitamos mirar más de cerca esa hermosa narración, porque nos enseña muchísimo acerca de cómo hemos de alimentarnos para tratar de ganarnos el corazón del Señor.

La historia de Rut comienza con estas palabras: "Hubo hambre en la tierra" (Rut 1:1). Esa hambre representa el mismo tipo de hambruna que la Iglesia experimenta en nuestros días: la falta de la presencia de Dios, un ansia por el verdadero Pan de Dios. A causa de la hambruna, el israelita Elimelec se llevó a su esposa Noemi y a sus dos hijos, y huyeron del país de Judá hacia Moab. Más tarde Elimelec murió allí, y los dos hijos de Noemi tomaron esposas paganas, Orfa y Rut. Todos se quedaron en Moab por diez años más.

Pero Moab era un sitio de idolatría. Representaba la congregación de los impíos, el asiento de los escarnecedores. En efecto, el nombre *Moab* significa fornicación. Moab mismo, de quien la región había tomado el nombre, había nacido de una relación incestuosa entre Lot y una de sus hijas. Fue ese pueblo quien sedujo a los israelitas en Sitim, en el desierto, y después de eso una plaga los atacó y murieron veinticuatro mil.

Dios prohibió a los israelitas casarse con mujeres moabitas, "porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses" (1 Reyes 11:2). Como destaqué en el capítulo anterior, lo mismo sucede hoy en el ámbito espiritual cuando tiene lugar una hambruna de la Palabra de Dios: el pueblo de Dios se vuelve hacia el mundo, cediendo a la seducción de la idolatría y mezclándose con los impíos. La hambruna que hay en la Iglesia ha empujado a muchos creyentes hacia Moab, el lugar de idolatría. Y, qué bien lo aprendió Noemi cuando perdió allí a sus hijos: *¡Moab es un lugar donde los jóvenes mueren!*

Sin embargo, allá en Judá, la hambruna por fin había terminado. Noemi supo que Dios estaba visitando una vez más a su pueblo con abundancia de pan. De repente, los recuerdos de bendiciones anteriores le inundaron el alma a Noemi, y comenzó a añorar el lugar santo donde antes habitó. Estaba harta de Moab, de su idolatría y de su muerte. "Entonces se levantó con sus nueras, y regresó" (Rut 1:6).

Rut y Orfa se despidieron de sus padres, amigos y familiares. Les dijeron a sus seres queridos de toda la vida que se iban para siempre. ¡Iban con Noemi hacia Judá, un lugar donde Dios estaba visitando a su pueblo!

Podemos ver el paralelo en nuestro mundo de hoy: algunos creyentes han residido temporalmente en Moab; en el letargo, la frialdad, el placer mundano y el éxito. Pero en medio de ellos, un remanente santo ha perseverado. Han soportado la propia exaltación de los evangelistas de la televisión, la sórdida sensualidad en la casa de Dios, la insensatez en el pulpito y las mofas de los cristianos que han abandonado la fe. Esas personas hambrientas han orado, ayunado e intercedido, y el Señor ha escuchado su clamor.

¿Por qué la *Iglesia Times Square*, y otras como ella, están atiborradas de buscadores hambrientos? ¡Porque se ha corrido la voz de que Dios está visitando a su pueblo en esos

lugares! Las personas han escuchado que allí se está proclamando una palabra procedente de Dios. *Sí, la hambruna ha pasado.* Dios ha enviado pan del cielo. Si usted todavía no ha probado el maná celestial, ¡entonces salga de Moab y regrese adonde Dios está visitando a su pueblo!

Eso fue exactamente lo que planearon hacer las dos nueras de Noemi. Observe que el nombre Noemi significa "gracia". Seguir a su suegra era una forma de seguir la gracia de Dios. Representaba un alejamiento de la vida del mundo y un acercamiento al vivir por la gracia del Señor. Fueron atraídas por el Espíritu de Dios, por las noticias de su visitación. Hoy día, de la misma manera, hay millares que se están encaminando a casa, de regreso hacia la plenitud de Cristo: lejos de la locura, de las componendas, de la mediocridad y la vacuidad de un evangelio de comodidad y prosperidad.

Lo triste es que muchos que deciden volver a Dios se detienen en la frontera. No se desprenden por completo, no pagan el precio. He visto sucederle esto a muchas personas en nuestra iglesia: comienzan con gran fervor, y aseguran que tienen hambre. Pero luego se quedan trabados en la frontera entre Moab y Judá, y vuelven atrás a sus antiguos pasos. De forma parecida, vemos en la Biblia que cuando Orfa y Rut llegaron a la frontera, se encontraron confrontadas a tomar una decisión: ¿Iban a seguir a Noemi — es decir, la gracia de Dios — hacia la plenitud del Señor? Sus respectivos nombres nos ofrecen una clave para la respuesta: *Orfa* significa "terquedad". *Rut* significa "amiga, compañera".

Volver atrás o seguir adelante

En la frontera tuvo lugar una confrontación. Noemi decidió poner a prueba el compromiso de las dos jóvenes. Tanto para Orfa como para Rut, la decisión de seguir adelante exigía más que emociones y simples palabras. Noemi no podía garantizarles recompensa alguna por seguirla; ninguna prosperidad, ni comodidad, ni éxito: sólo podía ofrecerles una visión clara del alto costo que tendrían que pagar. Describió su patria como un lugar de sufrimiento y pobreza, una tierra que no ofrecía nada en cuanto a bienes terrenales; ellas iban a tener que subsistir sólo por fe. El panorama era tan sombrío, que Noemi las alentó a regresar a la casa de sus respectivas madres, para “que halléis descanso” (Rut 1:9).

El cuadro que presentó Noemi es, efectivamente, el evangelio de la gracia de Dios: el sufrimiento, la negación de sí mismo, la cruz. Tanto Orfa como Rut se mantuvieron firmes … aparentemente: “Ellas alzaron su voz y lloraron, y le dijeron: Ciertamente nosotras iremos contigo a tu pueblo” (Rut 1:9-10).

Probablemente ya usted ha conjeturado por el nombre de Orfa que, a pesar de su torrente de lágrimas y sus firmes palabras acerca de esforzarse por continuar, ella iba a desertar y a regresar a su idolatría. Por fuera estaba quebrantada y tierna, y parecía tener ganas de ser parte del regreso a Dios. Pero su corazón estaba presionado fuertemente por su amor al antiguo círculo de amigos y familiares; no sabía que en su alma aún permanecía ese ídolo. Orfa lloró en la frontera, porque se sentía desgarrada entre dos amores. Con sinceridad quería seguir adelante, y le encantaba la compañía de las otras dos mujeres; pero no había cortado sus lazos con Moab.

Las lágrimas no bastan. Noemi lo sabía, y les puso una prueba final. Les dijo: “Volveos, hijas mías; ¿para qué habéis de ir conmigo? ¿Tengo yo más hijos en el vientre, que puedan ser vuestros maridos? Volveos, hijas mías, e idos” (Rut 1:11-12). Creo que Noemi pudo ver el corazón de Orfa, su lucha interior.

Es probable que Noemi pensara: *¡Pobre muchacha! Ella cree que quiere la plenitud del Señor, pero todavía está hechizada por este mundo. Se sentirá miserable si sigue adelante, porque siempre estará mirando atrás.* Entonces Noemi le dijo a Orfa: “¡Vete!”

Orfa llegó entonces a una decisión en su corazón. Quizás se había preguntado: *¿Es esta la única opción? ¿El rechazo, la pobreza y la separación de todo lo que he conocido? ¡No! Voy a regresar a Moab y a servir a Dios a mi manera. Siempre seguiré amando a estas mujeres santas, pero tengo que seguir mi vida.* Dice la Biblia: “Y ellas alzaron otra vez su voz y lloraron; y Orfa besó a su suegra” (Rut 1:14). Una antigua versión griega añade a esa oración: “y volvió a su pueblo”.

Tal vez algunos que lean esto, piensen en despedirse de sus hermanos en Cristo. Pudiera haber algo dentro de su corazón que los impulse a alejarse, quizás el círculo de antiguos amigos o la atracción de anteriores hábitos. Orfa regresó “a su pueblo y a sus dioses” (Rut 1:15). Tal vez usted también tenga el corazón aprisionado por algún ídolo de su pasado, algo que no logra soltar.

¡Pero para el cristiano no hay término medio! Se ha trazado la línea divisoria, y solo podemos avanzar en una de dos direcciones: o hacia adelante, rumbo a Judá; o hacia atrás, de regreso a Moab. Orfa volvió atrás y, a partir de este punto, nunca más se le menciona en las Escrituras. Se desvaneció en las sombras de la idolatría, y no tuvo nada más que ver con

la obra de Dios ni con su reino eterno. Ahora el gran interés de Dios era por Rut.

Noemi intentó desanimar a Rut una vez más, según dice el versículo 15: "Vuélvete tú tras ella." En otras palabras: "¡Pronto, Rut! Si te apuras, podrás alcanzar a Orfa. ¿Por qué no sigues el impulso de tus deseos?". Pero Rut no quiso dejarla; "se quedó" con Noemi (Rut 1:14). En hebreo, el verbo traducido "se quedó" significa en realidad "adherirse, quedarse pegado". Sugiere la idea de una doncella arrodillada con los brazos agarrados a la cintura de su ama, como si nunca la fuera a soltar.

¡Rut quería a Dios! Quería participar en la gran visitación del Señor, y ahora la detendría únicamente la muerte.

Respondió Rut: No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos. Y viendo Noemi que estaba tan resuelta a ir con ella, no dijo más.

Rut 1:16-18

Rut no sabía que al decidir continuar adelante, se colocaba a sí misma bajo las alas protectoras de Jehová. Y más importante aún, tan pronto como cruzó la frontera junto con Noemi, ya estaba en camino para ganar a Cristo. No había ningún letrero que se lo indicara, pero sabemos adonde conducía el camino: directo al corazón de Cristo.

Pronto Rut y Noemi llegaron al lugar de la bendición; su llegada fue al inicio de la temporada de la cosecha. Eran pobres y no poseían casi nada, y no sabían de dónde vendría su siguiente comida. Entonces la joven Rut dijo: "Déjame ir al campo a recoger espigas."

En aquellos días, ése era un trabajo que solamente los muy pobres realizaban. La ley mandaba a los propietarios de los campos a no cosechar los rincones de sus campos ni espigar lo que quedara, es decir, a no recoger el grano que los segadores dejaran, sino poner ese exceso a disposición de los pobres (véase Levítico 19:9-10).

En ese momento, daba la impresión de que Rut había hecho una mala elección. Su devoción la había llevado hasta el lugar de la visitación de Dios, pero ahora tenía que sudar en un empleo de salario mínimo. Estaba por debajo del índice de la pobreza, y no tenía un futuro en perspectiva.

Quisiera que se fije detenidamente en Rut, porque así es como usted puede acabar si se aparta del mundo y se va con Dios hasta las últimas consecuencias. Esta fue la cruz del apóstol Pablo hasta su muerte:

Hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo … Padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos … y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen … padecemos persecución … nos difaman … hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo.

1 Corintios 4:9-13

¡Y aun así, Pablo tenía la osadía de decir: "Por tanto, os ruego que me imitéis" (1 Corintios

4:16)! Lo decía con buena razón, y ese es el porqué no podemos sentir lástima de alguien como Rut: ¡ella estaba a punto de ganar a Cristo!

"Fue, pues, y llegando, espigó en el campo en pos de los segadores; y aconteció que aquella parte del campo era de Booz, el cual era de la familia de Elimelec" (Rut 2:3).

El que escribió ese relato debe haberse reído cuando escribió que "aconteció" que esa parte del campo donde Rut estaba era de Booz, su pariente-redentor. Eso distaba mucho de ser accidental. Era más bien la obra clara del Espíritu Santo, porque desde el momento en que Rut cruzó la frontera y confió su vida entera al llamado de Dios, empezó a ser dirigida por El sobrenaturalmente.

La secuencia debe haber sido más o menos así: Rut, con una canción en su corazón, fue pasando por muchos campos. En eso, un repentino impulso interior la movió a virar a la derecha y comenzó a espigar en el extremo norte de cierto campo. Algunas horas más tarde, Booz tuvo la inspiración de ir a revisar cómo iba la siega. Echó una mirada a sus campos y vio a numerosos hombres jóvenes cortando manojos, y muchachas pobres espigando detrás de ellos. Entonces se detuvo, porque su mirada se posó en Rut. "¿De quién es esta joven?", preguntó. Quedó fulminado allí mismo. ¡Ella sólo había estado espigando durante medio día, cuando captó la atención de su patrón! Aquel gran hombre se acercó a ella y le dijo: "No vayas a espigar a otro campo … aquí estarás junto a mis criadas" (Rut 2:8). Le prometió que nadie la molestaría, y le dijo que cuando tuviera sed fuera y bebiera del agua sacada del pozo por los segadores. Después dijo a los segadores que hicieran caer deliberadamente manojos de espigas, para que ella los encontrara.

¿Por qué Booz le dijo eso a Rut? *Porque ella lo había cautivado.* Ella le había robado el corazón y él tenía que tenerla cerca. ¿Qué fue lo primero que le atrajo a Booz? Rut misma se lo preguntó: "¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que me reconozcas, siendo yo extranjera?"

Booz respondió que se había enterado de todo lo que ella había hecho por su suegra, y de cómo había dejado su propia tierra para unirse a un nuevo pueblo. "Tu remuneración sea cumplida de parte de Jehová Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte" (Rut 2:12). Booz se sintió atraído hacia ella porque Rut había llegado a confiar en las alas protectoras de Dios.

Seremos la niña de los ojos de Cristo

¿Se da cuenta del paralelismo? Booz representa a Cristo, nuestro pariente-redentor. En el momento en que nos apartamos de todos los otros amores, en el momento en que nos deshacemos de todos los antiguos ídolos, antiguos amigos y antiguos hábitos, los ojos de Cristo se posan en nosotros. Es entonces que ganamos a Cristo. Perdemos el mundo, su gloria fugaz y sus placeres pasajeros, pero ganamos el amor eterno de Cristo.

Cuando nos ganamos su corazón, nos ganamos también su favor. Ya nunca más padeceremos hambre ni sed en nuestro ser interior. El nos conducirá y proveerá para nosotros en forma milagrosa. Como Rut, que corrió a casa para contarle a Noemi todas las cosas emocionantes que le habían sucedido, nosotros correremos hacia la familia de Dios para contar el milagro de cómo el Señor está supliendo todas nuestras necesidades. Cada uno terminará diciendo: "¿Quién soy yo, para recibir tanta bendición?"

Eso fue sólo el comienzo de las bendiciones de Rut. Al final de la cosecha, Noemi le dio instrucciones a Rut de que tomara parte en una costumbre de la época. En ese tiempo los siervos dormían a los pies de sus amos, en forma perpendicular y con todas sus vestiduras puestas, a fin de calentarlos. Si el amo era un pariente cercano, era su deber redimir o comprar la herencia de ese siervo para que no se perdiera. El pariente indicaba que estaba dispuesto a hacer eso, tomando una tela o cobertor y colocándolo sobre los hombros de su siervo, lo cual en realidad significaba: "Yo seré tu protector."

Noemi le dijo a Rut que fuera esa noche a la era donde Booz iba a aventar la cebada; y, después que él se acostara, ella debía destaparle los pies, acostarse allí y hacer lo que Booz le dijera. Así que esa noche Rut hizo lo que Noemi le dijo. Cuando Booz se despertó y la encontró allí, quedó sumamente complacido:

Bendita seas tú de Jehová, hija mía; has hecho mejor tu postrera bondad que la primera, no yendo en busca de los jóvenes, sean pobres o ricos. Ahora pues, no temas, hija mía; yo haré contigo lo que tú digas, pues todas las personas de mi pueblo saben que eres mujer virtuosa.

Rut 3:10-11

Pensemos en lo que dijo Booz: "Yo haré por ti todo lo que has deseado." Todos los deseos del corazón de Rut serían concedidos, porque ella había sido fiel. Ella no había vuelto sus ojos hacia la riqueza, el éxito o la elegancia; solamente lo había querido a él. Y, a su vez, su redentor-pariente le dijo: "Puedo confiar en ti; tu amor es sincero. No me vas a dejar por otros, no importa lo atractivos que sean. Serás sólo mía y yo seré sólo tuyo."

Fue así que, a la puerta de Belén y en presencia de diez testigos, Booz redimió la herencia de Rut. Cumplió con todos los derechos sobre ella y sus posesiones, y la adquirió como esposa. El hombre rico y poderoso se casó con la humilde sierva.

En efecto, la obra de la cruz es esa: Jesús ha eliminado todos los derechos que el diablo tenía sobre nosotros y nuestra herencia. ¡Estamos libres por completo para desposarnos con Cristo!

Después de casarse, Rut tuvo un hijo. Se llamó Obed, y llegó a ser el bisabuelo de David, antecesor de Cristo. Esta sierva, Rut, tiene un lugar en el linaje de nuestro Mesías.

¿Ganó Rut a Cristo? ¡Él llegó a ser su misma vida! De igual manera, hoy ganamos a Cristo a

través de las decisiones agradables a Él que tomemos, las decisiones que demuestren nuestra fidelidad en alimentarnos sólo de Él. Si lo amamos sin reservas, si continuamente tenemos hambre de Él, nos acordaremos de Él en cada punto decisivo. Nos preguntaremos: "¿Esto le va a agradar a Cristo? ¿Esto hará que le diga a los ángeles: Vean, quien me ama lo ha dejado todo por mí'?"

Si de veras tenemos hambre de Cristo, vamos a desear ganarnos su corazón, y además *conocer* su corazón. Nos vamos a abandonar por completo a Él, y a descansar apaciblemente bajo su cuidado todopoderoso.

3
Respondiendo al llamado de la aflicción

Así como Rut nos enseña a compartir el gozo del Señor, el profeta Samuel nos enseña a compartir el pesar de Dios.

¿Qué tiene que ver la aflicción en nuestro corazón con el tener hambre de Cristo? Si de veras hemos de estar hambrientos de El, tenemos que conocer su corazón y atacar los pecados que lo quebrantan. Eso no siempre es fácil, pero estoy convencido de que el único modo de experimentar la plenitud del gozo en Cristo es compartir también su pesar. Dice la Biblia de los días de Noé:

Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón.

Génesis 6:5-6

Dios se aflige por nuestro pecado; y los que quieren verdaderamente andar con El sentirán también ese pesar.

En este pasaje, la palabra hebrea traducida “le dolió” significa “cortar hasta el corazón”. Da a entender pena, sufrimiento. La maldad de la humanidad apenó profundamente a Dios y le ocasionó sufrimiento en su corazón. Isaías dijo respecto a Cristo: “Varón de dolores, experimentado en quebranto … Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (Isaías 53:3-4). Cristo mismo entró en el sufrimiento y el dolor del Padre celestial, es decir, en el pesar ocasionado por el pecado de la humanidad.

Esa aflicción está presente en la vida de muchos hombres a través de la Biblia. El rey David descubrió la gloria del gozo en Jehová su Dios. Pero el gozo de David nació de su gran pesar por las transgresiones que el pueblo del Señor cometía. Dice: “Veía a los prevaricadores, y me disgustaba, porque no guardaban tus palabras” (Salmo 119:158). “¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos?” (Salmo 139:21). David aborrecía lo que Dios aborrecía, y sentía dolor por las cosas que le dolían a Dios.

El profeta Amos compartió el dolor de Dios por un pueblo descarriado que holgazaneaba en la comodidad, haciendo caso omiso de la inminente hora de juicio. Clamó contra los “reposados en Sión … [que] no se afligen por el quebrantamiento de José” (Amos 6:1,6). Esas personas tocaban la música más placentera y bebían el vino del egoísmo, pero no se dolían por la ruina que había a su alrededor (véase Amos 6:1-6). La palabra que usa Amos para describir la falta de pesar que había en ellos es *repugnar.* En realidad les estaba diciendo: “El pecado y la ruina que hay en el pueblo de Dios no les repugna ni les asquea, porque ustedes se han vuelto ciegos por el pecado y por la vida fácil que llevan.”

A Nehemías le causó pesar ver el mal que se había infiltrado en la casa de Dios. Un sacerdocio descuidado había hecho de la casa del Señor un lugar de graves concesiones, y sólo Nehemías comprendía lo profundo de la iniquidad y las espantosas consecuencias que traería al pueblo (véase Nehemías 13:1-9).

Durante ese tiempo el sumo sacerdote Eliasib — su nombre en hebreo sugiere la idea de

“unidad mediante la componenda” —, había establecido en el templo una residencia para Tobías, príncipe amonita. La ley prohibía que los amonitas pusieran los pies en el templo. Pero Eliasib le permitió a Tobías (nombre que significa “prosperidad, placer, buena vida”) vivir allí. ¡El sumo sacerdote hizo de la casa de Dios una morada para un pagano! De manera que ahora el ministerio corrupto se había aliado con el paganismo. “El sacerdote Eliasib, siendo jefe de la cámara de la casa de nuestro Dios, había emparentado con Tobías” (Nehemías 13:4). El pueblo de Dios anhelaba prosperidad y bienestar, y Tobías estaba más que dispuesto a enseñarles el sendero de la idolatría.

Nehemías percibió el mal que un sacerdocio condecendiente con el pecado apoyaba:

Pedí permiso al rey para volver a Jerusalén; y entonces supe del mal que había hecho Eliasib por consideración a Tobías, haciendo para él una cámara en los atrios de la casa de Dios. Y me dolió en gran manera; y arrojé todos los muebles de la casa de Tobías fuera de la cámara, y dije que limpiasen las cámaras, e hice volver allí los utensilios de la casa de Dios.

Nehemías 13:6-9

Nehemías no estaba actuando impulsivamente ni por una tradición legalista. Más bien miraba las cosas con los ojos de Dios, se sentía en la misma forma en que se sentía Dios, discerniendo la maldad en ese mortífero crecimiento de la transigencia en la casa de Dios. Si hoy día hubiera más ministros que discernieran los peligros de la diversión carnal y la codicia de lo material, se dolerían de esas cosas como lo hizo Nehemías, y las suprimirían de sus iglesias. ¡Oh Señor, danos una congregación de predicadores y feligreses que sientan asco por el pecado y que estén dispuestos a asumir una postura firme frente a él! ¡Danos gente con suficiente discernimiento como para ver la profundidad y el horror de esa actitud de transigencia que se ha metido en la casa de Dios!

En el Nuevo Testamento, Pablo se afligió también por el descarrío del pueblo de Dios. Por eso advierte:

Por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal.

Filipenses 3:18-19

El sentido del término griego que aquí se traduce *llorando* es el de lamentarse en voz alta cuando uno tiene destrozado el corazón. Cuando Pablo veía que esos cristianos se apartaban para abrazar las cosas terrenales y rechazaban el oprobio de la cruz, su corazón se destrozaba a tal punto que literalmente se estremecía con el pesar de Dios. No se trataba de una tristeza silenciosa ni de un suspiro de resignación; era el clamor sonoro, penetrante y afligido de un hombre que se adentraba en el mismo dolor de Dios por sus hijos descarriados.

Pero como dije antes, el hombre — aparte de Cristo — que fue llamado más que ningún otro a expresar la aflicción de Dios, fue Samuel. En realidad fue llamado al ministerio del pesar. El pesar que soportaba no era el suyo propio ni el de la humanidad; era más bien el profundo e insondable pesar de Dios.

El ministerio del pesar

En los años anteriores al nacimiento de Samuel, el pueblo de Dios se había apartado de El y había caído en la idolatría y en la decadencia interna. Dios tenía profundo pesar por esa condición, y no tenía a nadie que pudiera expresárselo al pueblo. El Señor estaba a punto de apartar su gloria de su casa en Silo, y los ministros que por entonces oficiaban ante su altar ni siquiera lo sabían. ¡Qué triste es estar tan sordos, tan mudos y tan ciegos precisamente en el momento del juicio! Israel estaba corrompido, el sacerdocio era adúltero, y el ministerio establecido y organizado era ciego por completo.

Elí, que en esa época era el sacerdote del templo, representa a los sistemas religiosos decadentes con todo su interés egoísta y su desdén por el pecado. Así como el pueblo se ablandó por la vida ociosa, también el propio Elí se volvió perezoso con respecto a las cosas de Dios. Sólo cumplía con el protocolo rutinario, como sacerdote y también como padre.

Sus hijos Ofni y Finees representan el ministerio continuo de la tradición. Esos dos jóvenes sacerdotes nunca tuvieron un encuentro con Dios. No sabían lo que significa tener hambre de Dios, escuchar la voz celestial, ni ansiaban experimentar la gloria y la presencia del Señor. La lujuria los consumía, el pecado los había endurecido.

No es necesario que nuestra mirada vaya tan lejos hacia el pasado para encontrar esa clase de sistema religioso que protege y hasta alienta a los ministros a que se sirvan a sí mismos. Basta con que echemos una mirada a nuestro alrededor, en nuestros días, para ver pastores que ni ayunan ni oran, que ambicionan los mejores puestos del ministerio con los mayores beneficios y las mejores oportunidades de ascenso. Nunca han tenido el corazón quebrantado por la humanidad perdida. Conocen poco del sufrimiento. Son producto de un ritualismo frío y muerto; no están vibrando por haber pasado tiempo con Dios. Dicen lo que hay que decir, cosas novedosas, y suenan y actúan como profesionales. Pero no tienen la unción santa. No conocen el temor ni el terror de un Dios santo. Y, como los hijos de Elí, se vuelven sensuales, mundanos y egocéntricos. Se han engordado “de lo principal de todas las ofrendas” del pueblo (1 Samuel 2:29). Ofni y Finees llegaron a corromperse a tal punto que Dios los llamó “hijos de Belial” o “hijos de Satanás”. De ellos dice la Escritura que “no tenían conocimiento de Jehová” (v. 12).

Esa es una razón más por la cual hoy día hay multitud de jóvenes evangélicos que se están volviendo fríos y sensuales, y llevan una existencia indolente e inestable: demasiados pastores han estado complaciendo los deseos sensuales de esos jóvenes. Ahora contemplamos la tragedia de una generación entera que se ha descarriado porque son muy pocos los pastores que les pueden enseñar a escapar de las trampas satánicas de este mundo.

Tal como puede sucederles a esos pastores descarriados, Elí perdió todo su discernimiento espiritual. Eso queda claro por la presencia de Ana, una mujer piadosa que estuvo llorando amargamente en la casa de Dios en Silo. Permaneció en profunda intercesión, suplicándole al Señor que le diera un hijo. Ana sirve como modelo del remanente santo actual, que en su intercesión clama a Dios por una palabra refrescante de El.

“Pero Ana hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y su voz no se oía; y Elí la tuvo por ebria” (1 Samuel 1:13). Ana estaba orando en el Espíritu, conversando con Dios, bajo la unción divina y pronta a convertirse en un canal de renovación en Israel. ¡Pero Elí, el hombre de Dios, no pudo discernir aquello! Pasó completamente por alto el significado de lo

que estaba sucediendo ante el altar. Uno se pregunta qué le había pasado a ese sacerdote del Altísimo. ¿Cómo podía hallarse en el umbral de una profunda y nueva acción de Dios, y sin embargo estar tan fuera de contacto con el Señor que confundió el Espíritu con la carne?

El Señor estaba afligido; quería cambiar las cosas. Estaba a punto de actuar. ¿Cómo lograría que su mensaje llegara a ese descarriado y corrupto pueblo de Israel? El sacerdote se había vuelto tan indulgente, tan cómodo y tan afianzado en la tradición, que no tenía ni la menor idea de lo que Dios estaba a punto de hacer. El mensaje que este pasaje nos comunica es bien claro: Dios tuvo que actuar fuera de la estructura religiosa establecida para encontrar a alguien lo suficientemente abierto a El como para compartir su pesar.

La profecía

Como sabemos por el conocido relato, Ana sí concibió y dio a luz un hijo, Samuel, y lo consagró al servicio del Señor. Algún tiempo después el niño se fue a vivir con Elí en el templo. Dios mandó un profeta desconocido para que le llevara un mensaje al sacerdote. La palabra de ese profeta fue como una flecha disparada directamente al corazón de un sistema religioso que presumía estar bien protegido. Dios le dijo a Elí: "Has honrado a tus hijos más que a mí … Cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre … Y todos los nacidos en tu casa morirán en la edad viril" (1 Samuel 2:29, 31, 33).

¿En qué sentido Elí había honrado a sus hijos más que a Dios? Porque sabía de la conducta malvada de sus hijos y no hizo nada al respecto. Por ejemplo, cuando Elí se enteró de que sus hijos hacían alarde de sus fornicaciones en la puerta misma del tabernáculo, todo lo que les dijo fue: "No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo; pues hacéis pecar al pueblo de Jehová" (1 Samuel 2:24). Cuando ellos se adueñaban de la carne que estaba destinada a las ofrendas del Señor, él se hacía el desentendido. Más tarde, Dios confirmó, por medio del joven Samuel, que ésa era la razón por la que El iba a juzgar a la casa de Elí: '? le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado" (1 Samuel 3:13).

Creo que ya está decretado un juicio aquí en la tierra siempre que los ministros del evangelio sepan acerca del pecado en sus congregaciones o sus familias y se nieguen a enfrentarlo. Tal vez emitan leves llamadas de atención a los adúlteros, los fornicarios, los chismosos, los egocéntricos … pero no transmiten un mensaje claro de reprensión. Les da miedo disciplinar a sus hijos espirituales. Pero en el día del juicio nuestro Señor les preguntará: "¿Por qué no les mostraron a las personas la diferencia entre lo santo y lo profano?"

¿Por qué Elí fue tan blando con los pecados de sus hijos? Porque cuando se robaban las carnes finas antes que fueran introducidas en la olla, le llevaban a Elí la carne fresca y roja para asar, ¡y él se había acostumbrado a ella! Si les hablaba muy enérgicamente, iba a tener que volver a comer la carne cocida de la ofrenda, que era la porción del sacerdote. Había aprendido a cerrar los ojos ante todo el mal que se cometía a su alrededor, en la casa de Dios y en su familia misma.

Esa es la razón por la cual algunos predicadores son blandos cuando se refieren al pecado: sus apetitos se han despertado con la vida cómoda. Disfrutan del lujo y del prestigio de los grandes números y de los enormes edificios. ¡Ay, qué sutil es la componenda! Cuando hay que abordar algún asunto, el ministro se limita a decir entre dientes: "No hay que hacer esas cosas malas." No habla como un trueno santo, no muestra pesar por el pecado ni por la componenda, no tiene la visión de Pablo sobre la tremenda idolatría del pecado, no hace advertencia alguna sobre la retribución y el juicio divino. Parece decir: "Después de todo, tal vez las personas se sientan ofendidas, dejen de venir y de pagar las cuentas. Se pudiera poner en peligro el crecimiento de la iglesia."

He predicado en algunas iglesias así, y es una experiencia desgarradora. Como Elí, el pastor generalmente ama a Dios. No es un hombre malo, pero sí es un hombre timorato. Le da miedo el movimiento del Espíritu Santo, le da miedo ofender a las personas. De palabra alaba la santidad, pero teme tratar con el pecado demasiado ásperamente. Su iglesia está plagada de divorcios; algunas personas tienen romances secretos; los jóvenes están oprimidos por

hábitos malignos.

He hablado desde los pulpitos de algunos de esos hermanos, haciendo un llamado al arrepentimiento, proclamando que Dios exige santidad, y advirtiendo que Él juzga el pecado. Los que han estado haciéndole concesiones al pecado corren hacia el frente llorando, confesando, buscando quedar limpios. Pero cuando miro al pastor, veo que está preocupado de que el culto se pueda salir de su control. Le da miedo que las personas lloren descontroladamente o caigan al suelo compungidas al llorar por sus pecados. Le da miedo que “los nuevos” no entiendan, y entonces se impacienta por tomar la batuta de la reunión y calmar las cosas. Se acerca al pulpito y susurra dulces palabras de consuelo diciendo que Dios los ama a todos, luego les hace notar a todos que ya es muy tarde, y pronto disuelve la asamblea. Apaga por completo la obra de convicción que ha estado haciendo el Espíritu Santo, y los miembros de la iglesia, agobiados por el pecado, se van a sus hogares atribulados por lo que parece ser falta de interés por parte de su pastor.

De ese tipo de reuniones salgo descorazonado. Me pregunto: *¿Dónde está el dolor por el pecado? ¿Es que los líderes no pueden ver que esas ovejas que lloran quieren permitir que la convicción del Espíritu Santo realice en ellas su obra purificadora?*

La compañía de Samuel

¿Dónde están los herederos de Samuel que han escuchado la voz de Dios, a quienes el Espíritu Santo ha despertado y que han recibido una revelación de los juicios inminentes contra una iglesia mal encaminada? ¿Por qué todos los predicadores del evangelio no están afligidos por la condición de pecado que hay en la casa de Dios? ¿Por qué no están clamando todos los pastores y evangelistas, cual vigías en la muralla? Dice la Biblia que Samuel recibió una visión en la que Dios pronunciaba el fin de una estructura religiosa descarriada, “Y Samuel se lo manifestó todo [a Elí], sin encubrirle nada” (1 Samuel 3:18). Le pregunto, pastor: ¿Lo está manifestando usted todo? ¿Está reteniendo algo, encubriendo la verdad, por temor a ofender a su gente?

A pesar de los que tienen miedo de dar el mensaje completo a la iglesia, creo que el Señor siempre envía una “compañía de Samuel” que *sí* está dispuesta a escuchar su voz en un tiempo de decadencia espiritual. Esa compañía está formada por hombres y mujeres a quienes no les importa la tradición, los ascensos ni las fronteras denominacionales. Representan a los pastores y laicos que tienen oídos para oír la voz de Dios y saben qué es lo que a El le duele.

Sin duda, el mensaje de la compañía de Samuel no es un mensaje agradable. “Samuel temía descubrir la visión a Elí” (v. 15). Aquella visión era abrumadora; pero Samuel no podía hacer otra cosa que contársela a aquel sobre el cual vendría el castigo. Dios ya no iba a seguir aguantando una forma de piedad que no tenía el poder de la santidad.

Sí, Dios estaba a punto de retirar su presencia de Silo, pero también estaba a punto de realizar algo nuevo y glorioso en Israel. Dijo Dios: “Y yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y a mi alma; y yo le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido todos lo días” (1 Samuel 2:35). Este versículo describe la compañía de Samuel, es decir, los creyentes y ministros que comparten el corazón mismo de Dios. Ellos conocen la mente del Señor y su voluntad, y caminan con temor y santidad en su presencia. La compañía de Samuel es gente de oración; fue mientras Samuel estaba orando que Dios le reveló las temibles cosas que se avecinaban. Como están en contacto con Dios, conocen su aflicción y la comparten.

En estos últimos días, Dios está hablando a los que se mantienen cerca de El. Dios revela su corazón a los que tienen hambre y sed suya, que suspiran en pos de Él como suspira el ciervo por el agua, que han muerto a toda ambición egoísta y que no tienen otra meta en la vida sino causar complacencia, gloria y gozo al corazón de Dios. Esto lo digo con toda resolución: Dios no va a escoger a una denominación para transmitir su Palabra a esta última generación. No va a convocar un comité para que escuche su voz y eche a andar la cosecha final del remanente. Más bien, cuando los ángeles del apocalipsis salgan a abatir la tierra, muchas denominaciones y dirigentes religiosos estarán esforzándose en proteger sus intereses y en fortalecer su autoridad, redactando reglamentos y tomando resoluciones. Pero la compañía de Samuel se encontrará en el aposento secreto de la oración, buscando la voluntad de su Señor y tomando parte en su aflicción por el pecado.

Samuel, el hombre que Dios levantó para que sirviera como juez y profeta entre los israelitas, soportó la aflicción de Dios por su pueblo hasta el mismo final de su ministerio. Dice la Biblia que en cierto momento, Israel codició tener un rey, para que los juzgara como todas las naciones. Ante esto Samuel cayó de rodillas, sumamente disgustado. Dios le dirigió estas

tristes palabras: “Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Samuel 8:7).

Samuel llegó donde el pueblo estaba y le advirtió de todas las penurias que pasaría bajo el gobierno de un rey, de cómo éste iba a reclutar a sus hijos, a apropiarse de sus tierras y productos. Pero el pueblo insistió en que eso era lo que quería. “Dales un rey”, dijo el Señor. La historia de Israel cambió una vez más, y una vez más quebrantaron el corazón de Dios.

Dondequiera que uno vaya en la actualidad, un número cada vez mayor de miembros del pueblo de Dios están rechazando el señorío de Cristo. Están clamando que quieren ser “como todas las naciones”. Esa es la esencia de la componenda o de la mezcla: ser semejantes al mundo. Están diciendo: “¡Queremos a Dios, y al mundo también!” Quieren el reconocimiento y el prestigio que el mundo confiere, los placeres del mundo y la “buena vida” del lujo. Pero ¡gracias a Dios por las protestas de la compañía de Samuel! Esa compañía ha oído la voz de Dios, y sabe adonde va a parar toda esa componenda. Ve que se acercan los tremendos resultados de la apostasía, y solloza como Samuel, dejando salir un penetrante y desgarrador grito de pesar.

Con la aflicción viene el gozo

Los que lloran por el pecado en la iglesia y disciernen los errores que en ella se cometen, reciben el mote de profetas de calamidades. Muchos que los conocen dicen: "No me gusta estar cerca de ellos. Suenan negativos y malhumorados, y se ven muy tristes." Pero esos espectadores simplemente no conocen a esa gente que llora. No comprenden que los que de veras se afligen junto a Dios reciben un corazón que salta de gozo en Jehová.

Aunque la higuera no dé fruto, ni haya provisión alguna en las vides; aunque falte el producto del olivo, y los campos no den sustento; aunque los rebaños sean quitados del redil, y no haya hatos en los corrales; aun así, yo saltaré de gozo en Jehová. Exultaré en el Dios de mi salvación. Jehová mi Señor es mi fuerza.

Habacuc 3:17-19,
versión hebrea de Spurrell

Ese gozo viene al conocer que Dios siempre tendrá un ministerio puro, por medio de un pueblo santo y separado, aun en los días de mayor maldad. Ese pueblo sabrá que Dios lo va a honrar con su presencia constante. Su fuerza la saca de la fe en la majestad y en el poder de Dios, cuyos juicios son siempre justos. Con Habacuc, las personas son capaces de decir: "Aunque todo lo demás falle, mi corazón se gozará solamente en Dios." Aun cuando el fracaso parezca rodearlas por todos lados y ven poca evidencia de frutos, su dolor da paso a un éxtaxis de gozo porque están cerca del corazón del Señor. Y, como Pablo, ese remanente sufriente puede decir: "Como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo" (2 Corintios 6:10).

Parece ser que Samuel tuvo poco gozo durante el desastroso reinado de Saúl, el rey escogido, porque siguió haciendo duelo por él (1 Samuel 15:35). Por fin, el Señor le dijo: "¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey" (1 Samuel 16:1). Se trataba, por supuesto, del joven David, un hombre que fue pastor de Israel "conforme a la integridad de su corazón" (Salmo 78:72) y que fue prefiguración del Mesías.

En efecto, son las palabras de David las que nos animan a creer que compartir el dolor de Dios redundará en regocijo. Hablando de su tesoro de experiencias como alguien que tenía hambre del Señor, David dijo: "Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría" (Salmo 30:5).

¡Que así sea para las personas hambrientas de hoy! Que nuestra hambre nos conduzca al aposento de oración para compartir la aflicción de Dios, y al cuerpo de Cristo para compartir su gozo.

4
Un corazón perfecto

Sabía usted que es posible andar delante del Señor con un corazón perfecto? Si tiene hambre de Cristo, tal vez ya lo esté intentando; quizás esté deseando con intensidad obedecer ese mandato del Señor.

Quiero darle aliento: eso sí es posible, o Dios no nos habría hecho un llamado así. Tener un corazón perfecto ha sido parte de la fe del pacto, desde la época en que Dios le habló por primera vez a Abraham: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Génesis 17:1). Más tarde, Dios les recordó a los hijos de Israel: “Perfecto serás delante de Jehová tu Dios” (Deuteronomio 18:13).

En el Antiguo Testamento podemos ver que algunos lo lograron. David, por ejemplo, resolvió en su corazón obedecer el mandato del Señor de ser perfecto. Dijo: “Entenderé el camino de la perfección … En la integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa” (Salmo 101:2). En cambio su hijo Salomón fue uno de tantos que no dieron la talla: “Su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David … No siguió cumplidamente a Jehová como David su padre” (1 Reyes 11:4-6).

En el Nuevo Testamento vemos que el mandato de Dios a su pueblo para que fueran perfectos se renueva en su Hijo. Dice Jesús: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). Pablo dijo que él se esforzaba, predicando y enseñando, “a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (Colosenses 1:28), y “para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (4:12). Pedro escribe: “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1 Pedro 5:10).

Para tratar con el concepto de la perfección, tenemos que entender primero que perfección no significa una existencia impecable y sin defecto. Las personas juzgan por las apariencias externas, por lo que se ve. Pero Dios juzga el corazón, las motivaciones invisibles (véase 1 Samuel 16:7). David tuvo un corazón perfecto para con Dios “todos los días de su vida”; y sin embargo David con frecuencia le falló al Señor. En realidad, su vida quedó para siempre marcada por el adulterio y por un asesinato notorio.

No; la perfección a los ojos del Señor significa algo totalmente diferente. Significa ser completo, maduro. Los sentidos hebreo y griego de *perfección* incluyen las nociones de “honradez, no tener mancha ni defecto, ser totalmente obediente”. Significa llevar a término lo que se ha comenzado, hacer un desempeño completo. A ese concepto de perfección, Juan Wesley lo llamó “obediencia constante”; es decir, un corazón perfecto es un corazón que responde, un corazón que con prontitud e integridad responde a todas las invitaciones, susurros y advertencias del Señor. Un corazón así dice en todo momento: “Habla, Señor, que tu siervo escucha. Muéstrame el sendero, y yo andaré por él.”

Hace un tiempo, mientras conducía por el largo trecho desde la granja de Desafio Juvenil, en Pensilvania, hasta la ciudad de Nueva York, el Señor le habló a mi hombre interior. Me dijo: *Existe un corazón perfecto, y quiero mostrarte qué es para que lo busques.* Entonces me mostró tres cosas que distinguen a un corazón así.

1. Un corazón perfecto se deja examinar

El corazón perfecto clama con David: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad" (Salmo 139:23-24).

En efecto, Dios examina nuestro corazón. Así lo dijo a Jeremías: "Yo, Jehová … escudriño la mente" (Jeremías 17:10). Esto se afirma también en 1 Crónicas 28:9: "Jehová escudriña los corazones de todos." El sentido hebreo de esta frase es: "Yo penetro, examino a fondo." Hay versículos del Nuevo Testamentó que hacen eco de esto: "El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Corintios 2:10).

El Espíritu también nos alerta ante la presencia del pecado en nuestro corazón. Cuando Jesús se refiere a "las profundidades de Satanás" (Apocalipsis 2:24), está hablando de la penetración del pecado, de cómo el mal llega hasta lo profundo del alma y sus raíces descienden hasta el infierno. David dijo respecto a los malvados: "El íntimo pensamiento de cada uno de ellos, así como su corazón, es profundo" (Salmo 64:6).

Todos estos pasajes son santas advertencias para nosotros. Nos dicen: "Usted no se da cuenta de cuan profundamente le afecta cualquier asociación con el mal. Si permanece en el sendero del pecado, se sumirá en las profundidades del mismo Satanás, profundidades que son misteriosas, sin fondo, abismales. ¡Esa senda conduce al infierno!" Pero en estos últimos tiempos, el pecado se disfraza de complejidad y sutileza. Viene enmascarado bajo el disfraz del arte, la cultura y la educación. La Biblia advierte: "¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas!" (Isaías 29:15).

El corazón perfecto quiere que el Espíritu Santo llegue y escudriñe el interior del hombre, hasta iluminar todos los senderos ocultos; para investigar, sacar a la luz y arrancar todo lo que no sea semejante a Cristo. Sin embargo, los que esconden un pecado secreto no quieren ser convencidos, examinados ni sondeados.

Una vez se me acercó un hombre, llorando, durante una reunión de oración en la *Iglesia Times Square.* Se había ido de la iglesia hacia unos meses, porque le parecía que los mensajes que predicábamos eran demasiado penetrantes. Hasta ese momento había venido caminando con el Señor, y creciendo a pesar de sí mismo. Pero después se fue, y se pasó a una iglesia donde se predicaban palabras agradables. No pasó mucho tiempo y recayó en sus antiguos pecados. En aquella iglesia él cumplía con todos los requisitos externos, y los demás le decían que su vida iba bien. Pero él sabía que no era así: ¡sabía que se estaba hundiendo más y más en sus antiguos pecados! Ahora, durante la reunión de oración, regresó para recibir la palabra de Dios, purificadora y no suavizada.

Esa misma noche, sentado al lado de ese hombre había otro en una silla de ruedas. El y su esposa habían recorrido muchos kilómetros sólo porque querían oír una palabra que los confrontara. El hombre tenía hambre de que su ser interior fuera conmovido por Dios. Me dijo: "Hace muchísimo tiempo que no escuchaba un mensaje que me convenciera de pecado." Quería que su corazón fuera examinado y probado, porque quería un corazón perfecto.

El ritual del tabernáculo en el Antiguo Testamento es un claro ejemplo de la clase de andar con Dios que debería tener la Iglesia. El tabernáculo tenía un atrio exterior donde se mataba el animal para el sacrificio. Con esto se obtenía la sangre para cubrir el pecado. Pero allí había también un lavatorio o palangana donde se realizaba la purificación. Ningún sacerdote podía entrar al aposento interior, al lugar santísimo, para estar con Dios cara a cara, si no se lavaba

primero.

En cambio, el moderno evangelio de hoy dice: “Simplemente acerqúese al altar, y por fe confíe en la sangre que allí se derramó. Luego entre con osadía al lugar santísimo. Su Papito lo ama y está esperándolo. El sólo ve a Cristo en usted. No necesita examinar su corazón. Su pecado está bajo la cobertura de la sangre. Ese excavar y rebuscar el pecado no logra otra cosa que sentimientos de condenación y culpa.”

Los cristianos que abrazan ese modo de pensar creen que pueden pasar por alto el lavatorio; la purificación que todos necesitamos mediante el agua de la Palabra. Creen que pueden omitir el compromiso personal con Dios y entrar apresurados al lugar santo, llevando el corazón cargado de pecado y aferrados a hábitos pecaminosos, y luego entrar como si nada y jactarse: “Soy justicia de Dios en Cristo.” No desean nada más, sólo quedar cubiertos: un boleto expreso a la gloria. No quieren el dolor, ni la cruz, ni la purificación, y andan por ahí gritando: “¡Estoy cubierto por la sangre, estoy a salvo!”

Quienes piensan de ese modo toman como base este versículo: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Sin embargo, esa afirmación es solamente la conclusión del concepto presentado por Juan. He aquí el resto del mismo concepto: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz … la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:6-7). Si esperamos ser limpios del pecado, debemos andar en la luz. Dijo Jesús: ‘Ta vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Juan 15:3). No le estaba hablando al mundo, sino a la Iglesia. En Apocalipsis 2:23 dice Jesús: “… todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.”

No nos engañemos: el corazón perfecto anhela algo más que una seguridad o cobertura por el pecado. Ansia estar siempre en la presencia de Dios, habitar en comunión. Comunión significa hablar con el Señor, participar en dulce compañía con El, buscar su rostro y descubrir su presencia. Eso es lo que obtenemos en el lugar santísimo. Nuestro acercamiento a Dios debe darse en este orden: cobertura, lavamiento, compromiso, comunión.

Las obras del Señor al examinar los corazones no son con carácter vindicativo, sino redentor. Su propósito no es sorprendernos cometiendo pecado ni condenarnos, sino más bien prepararnos para llegar a su santa presencia como vasos limpios y puros. “¿Quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón … El recibirá la bendición de Jehová” (Salmo 24:3-5).

2. Un corazón perfecto es confiado

El salmista escribe así: “En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y fueron librados; confiaron en ti, y no fueron avergonzados” (Salmo 22:4-5). Una y otra vez, David testifica: “En Jehová he confiado” (Salmo 11:1), y “Dios mío, en ti confío” (25:2).

La raíz hebrea de *confiar* insinúa la idea de “lanzarse a un precipicio”. Eso significa ser como un niño que se ha subido al tejado y no puede bajar. Oye que su padre le dice: “¡Salta!”, y le obedece, tirándose a los brazos de su padre. ¿Se encuentra usted ahora en un lugar así? ¿Está en el borde, tambaleándose, y no tiene otra opción sino lanzarse a los brazos de Cristo? Quizás simplemente se haya resignado a la situación, pero eso no es confiar; no es otra cosa que fatalismo. La confianza es algo totalmente diferente de la resignación pasiva. ¡Es la *fe en acción!*

Al aumentar nuestra hambre de Cristo, encontraremos que nuestra confianza en Él está bien fundada. Es posible que en algún punto de nuestra vida hayamos pensado que en realidad no podíamos confiar en El; que El en realidad no tenía control sobre el panorama general y que teníamos que mantenernos al mando. Pero al acercarnos más a Él y al conocerlo mejor, todo eso cambia. Significa que no nos limitamos a venir a Él en busca de ayuda cuando se nos están acabando los recursos; más bien, comenzamos a andar con Él tan cerca que lo escuchamos advertirnos de las pruebas que se aproximan.

Pensémoslo de este modo: es posible que en el pasado nos hayamos imaginado al Señor como el capitán de una especie de compañía cósmica de incendios y rescate. Era como si Satanás le hubiera prendido fuego a la casa y nosotros nos hubiéramos quedado abandonados en el techo, gritando: “¡Auxilio, Señor! ¡Sálvame!” Y entonces llega el Señor, con sus ángeles que sostienen una gran malla, y dice: “¡Salta!” Así lo hacemos; el incendio consume la casa, y le decimos: “Gracias, Señor, por sacarme de ahí.”

Es probable que muchos en algún momento limitamos nuestra confianza a ese tipo de operación de rescate espiritual. Es como decirle al Señor: “Confío en ti para que vengas y apagues todos mis incendios; que me salves de todas mis dificultades y me libres de todas mis pruebas. Sé que estarás ahí, Señor, cuando te necesite.” Al decir eso, pensamos que nuestra fe es de largo alcance y que es agradable a Dios. Pero no nos damos cuenta de que lo único que hemos hecho es acreditar al diablo como causante, y hemos hecho del Señor alguien que simplemente reacciona. Decimos enfáticamente: “¡Detrás de eso está el diablo!” Pero ese punto de vista hace que Dios se vea como si Él no hiciera más que reaccionar ante todos los planes bien concebidos del enemigo. La verdad es que nuestro Dios nunca reacciona: ¡Él toma la iniciativa!

Un mensajero de Satanás vino para abofetear a Pablo, pero sólo porque Dios se lo permitió. El Señor no iba a permitir que su siervo se enalteciera en forma orgullosa por la gran revelación que recibió; Dios seguía al mando. Al mismo tiempo, es cierto que por lo menos dos veces Pablo intentó ir a Tesalónica, “pero Satanás nos estorbó” (1 Tesalonicenses 2:18). Aun así, el diablo no pudo detener la obra de Dios: los creyentes de Tesalónica llegaron a ser posteriormente la “corona de gozo” de Pablo.

De igual manera, Dios puede permitir que el diablo tenga acceso a nuestra vida por diversas razones; nuestro propio pecado o desobediencia nos pueden conducir al umbral del diablo,

aunque Dios ha tratado de advertirnos que estamos en peligro. Pero su deseo es siempre que aprendamos a confiar en El, en su perfecta bondad y misericordia. Tal vez permita que recibamos algunas lecciones difíciles, para que lo veamos a Él como realmente es.

El corazón confiado siempre dice: “Todos mis pasos son ordenados por el Señor. Él es mi Padre amoroso, y Él permite mis sufrimientos, tentaciones y pruebas; pero nunca más de lo que puedo soportar, porque siempre ofrece vías de escape. Él tiene para mí un plan eterno y un propósito. Ha contado todos los cabellos de mi cabeza, y fue Él quien formó todos mis miembros cuando yo estaba en el vientre de mi madre. Él sabe cuándo me siento, cuándo me levanto o me acuesto, porque soy la niña de sus ojos. Él es el Señor; no sólo sobre *mí*, sino también sobre todo otro acontecimiento y situación que *tenga que ver* conmigo.”

3. Un corazón perfecto es un corazón quebrantado

Antes pensaba que sabía lo que era un corazón quebrantado. Me parecía que había experimentado mucho quebrantamiento, hasta que el Espíritu Santo me abrió los ojos para que captara su significado más profundo. Como dijo David: "Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos [aplastados] de espíritu" (Salmo 34:18). Dijo también: "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Salmo 51:17).

El quebrantamiento significa algo más que dolor y llanto, más que un espíritu contrito, más que humildad. En efecto, muchos que lloran no están quebrantados de corazón. Muchos que se postran en la presencia de Dios y gimen, no están quebrantados de espíritu. El verdadero quebrantamiento libera en el corazón el mayor poder que Dios puede confiar a los seres humanos; mayor aún que el poder de resucitar a los muertos o de sanar a los enfermos. Cuando de veras estamos quebrantados ante Dios, se nos da un poder que restaura las ruinas, un poder que trae a nuestro Señor una clase especial de gloria y honor.

El quebrantamiento tiene que ver con los muros: con muros derrumbados, que se desmoronan. David asoció la caída de las murallas de Jerusalén con el quebrantamiento de corazón del pueblo de Dios: "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; un corazón contrito y humillado … Haz bien con tu benevolencia a Sión; edifica los muros de Jerusalén. Entonces te agradarán los sacrificios de justicia" (Salmo 51:17-19).

Nehemías era verdaderamente un hombre de corazón quebrantado, y su ejemplo se relaciona con esos muros derruidos de Jerusalén. Durante la cautividad en Babilonia, Nehemías servía como copero del rey. Fue en el palacio babilónico, en Susa, que se enteró que los muros de Jerusalén habían sido demolidos y las puertas quemadas. Pronto él mismo regresó y vio con sus propios ojos aquel quebranto:

Me levanté de noche, yo y unos pocos varones conmigo, y no declaré a hombre alguno lo que Dios había puesto en mi corazón que hiciese en Jerusalén; ni había cabalgadura conmigo, excepto la única en que yo cabalgaba … Y subí de noche por el torrente y observé el muro, y di la vuelta y entré por la puerta del Valle, y me volví.

Nehemías 2:12,15

En la oscuridad de la noche, Nehemías "observó el muro". Aquí se emplea la palabra hebrea *shabar.* Es la misma palabra que se emplea en el Salmo 51:17 acerca de un "corazón quebrantado". Algunos pudieran pensar que el quebrantamiento de Nehemías ocurrió cuando se sentó y lloró, e hizo duelo por algunos días, y ayunó y oró delante del Dios de los cielos (véase Nehemías 1:4), la primera vez que se enteró de la destrucción de las murallas, estando allá en Susa. Pero su llanto y su confesión sólo fueron el *inicio* de ese quebrantamiento. Nehemías habría podido quedarse en la corte del rey en el palacio, llorando, haciendo duelo, ayunando durante varios días, confesando sus pecados y orando. Pero aun así no habría tenido un corazón quebrantado. Su corazón no se quebrantó por completo sino hasta que llegó a Jerusalén, contempló la ruina y decidió hacer algo al respecto.

En el sentido hebreo más cabal, el corazón de Nehemías se quebrantó en dos sentidos. En primer lugar, se quebrantó de angustia por la ruina (compartiendo el dolor de Dios, como comentamos anteriormente), y en segundo lugar, con una esperanza de reconstruir (una

explosión de esperanza en su corazón).

Ese es un corazón verdaderamente quebrantado: el que primero ve a la iglesia y las familias en ruinas, y siente la angustia del Señor. Un corazón así se duele por el desprestigio que se ha acarreado al nombre del Señor. También se asoma hasta el fondo y ve, como vio David, su propia vergüenza y fracaso. Entonces exclama: "¡Señor, he abierto una brecha en el muro! He descuidado tu santo testimonio. Estoy aplastado por mis pecados. Esto no puede seguir así." Pero hay un segundo elemento de este quebrantamiento que es muy importante, y es la esperanza. El corazón verdaderamente quebrantado ha oído que Dios dice: "Yo voy a sanar, restaurar y construir. ¡Deshazte de los escombros, y ponte a trabajar reconstruyendo las brechas!"

Hace varios años, mientras iba caminando por la zona de Times Square en Nueva York, me puse a llorar y a lamentarme por todo el pecado que veía. Regresé a mi casa en Texas, y durante más de un año estuve afligido delante del Señor. Entonces Dios dijo: *Ve y haz algo por toda esa ruina.* Había visto la destrucción y me había quebrantado por ella, pero no estuve plenamente quebrantado sino hasta que fui movido por la esperanza de empezar a reconstruir el muro; en este caso, venir a la ciudad de Nueva York para ayudar a levantar una iglesia.

¿Ha estado usted "observando la ruina" de su vida? Como David, ¿ha pecado y acarreado desprestigio al nombre del Señor? ¿Hay una brecha en su muro, algo que no está reparado? Es bueno caer sobre la Roca que es Cristo, y ser quebrado en pedacitos (véase Mateo 21:44). Porque cuando veamos a Cristo viniendo con toda su gloria, el verlo nos destrozará. Hasta las cosas buenas que haya en nosotros — talentos, eficiencia, capacidades — se derrumbarán cuando nos mantengamos en pie o caigamos ante El, desvalidos y exhaustos. Como Daniel, que tuvo la gran visión junto al río, diremos: "No quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno" (Daniel 10:8).

El quebrantamiento es el completo aniquilamiento de toda la fuerza y capacidad humana. Es el reconocimiento de la realidad plena del pecado y de la deshonra que éste le ocasiona a Cristo. Pero el quebrantamiento también significa reconocer y aceptar el siguiente paso: "Ponte en pie; porque a ti he sido enviado" (Daniel 10:11). Es la absoluta certeza de que las cosas van a cambiar, de que llegará la sanidad y la reconstrucción. ¡Nuestras ruinas serán reclamadas para Dios! Una fe santa dice: "Dios está actuando en mí. Satanás no puede apresarme. No me voy a deteriorar ni me voy a destruir. Mi pecado me ha causado dolor, pero me he arrepentido. Es hora de levantarse y reconstruir." No será sino hasta que nos aferremos a esa esperanza, ese celo y esa resolución, que iremos más allá de nuestras lágrimas.

Puede ser que todavía nuestra vida parezca una especie de montón de escombros. Pero si nuestro corazón está abierto y se deja escudriñar por Dios; si estamos confiando en que El está obrando de un modo soberano; si estamos quebrantados de dolor y de esperanza, entonces poseeremos el instrumento más valioso para la obra del reino de Dios: un corazón perfecto. Conoceremos la comunión con Dios. Tendremos su certeza y su esperanza. Y seremos sus reparadores de brechas en el cuerpo de Cristo.

5
Andar en santidad

Una de las grandes tragedias de la Iglesia en esta generación, y uno de los mayores sufrimientos de Dios, es que tantísimos cristianos no sean verdaderamente felices. Presentan una fachada agradable: cantan, aplauden, sonríen y alaban. Pero apenas bajo la superficie acechan la soledad y una profunda miseria; su gozo no permanece.

Esos cristianos están ardientes, y de repente se enfrían. No logran hacerle frente al temor. La depresión los arrolla como una aplanadora. Una semana están en la cima, y a la semana siguiente están en el abismo. Muchas veces su matrimonio sigue también ese patrón. Un día todo anda bien entre marido y mujer, y al día siguiente no se aguantan. Hay días en que no pueden ni siquiera hablarse. Su explicación es: “Bueno, así es como debe funcionar el matrimonio. Uno no puede esperar permanecer feliz y amoroso *todo* el tiempo.”

Los creyentes que han sido atrapados por ese ciclo de altibajos deben prestar atención a las palabras de Pablo a Timoteo. El apóstol anima al joven a que ayude a otros a que entren en razón “y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” (2 Timoteo 2:26). Eso describe perfectamente a muchos creyentes: puesto que ellos le dan entrada, Satanás entra y sale de sus vidas cuantas veces quiere. No ejercen autoridad para detener al diablo a la entrada de su corazón, y él les echa en cara, con jactancia, el poder que tiene sobre ellos; les dice: “No tienes el poder de Cristo dentro como para detenerme. Eres cautivo mío, y yo voy a hacer lo que quiera.”

¡Es pasmosa esa falta de victoria en Cristo! Satanás pone miedo, soledad, depresión o lujuria en el corazón de esas personas cuando él quiere. ¿Fue para eso que Cristo murió? ¿Para tener hijos que están bajo el poder de la voluntad del diablo? ¿Es éste nuestro testimonio ante el mundo: “Entrégale tu corazón a Cristo, pero déjale tu voluntad al diablo”? ¡Por supuesto que no! No hay razón alguna para que un cristiano viva como esclavo del diablo.

Los que están atrapados en ese lazo satánico tal vez le echen la culpa de su infelicidad al sufrimiento, a la mala salud, a que son malentendidos o a que tienen un cónyuge, patrón o amigo que no se interesa por ellos. Pueden echarle la culpa a lo que quieran, pero Pablo dice que la verdadera razón es porque “se oponen” (véase 2 Timoteo 2:25). “Oponerse” significa colocarse uno mismo en posición de ser atrapado, rechazar el camino de Dios que es de liberación y de victoria. Esas personas se han opuesto al camino de Dios y han establecido su propio camino, y no quieren hacer lo que hay que hacer para librarse de la trampa del diablo.

¿Se halla usted en esa situación? Si Satanás se aprovecha de sus emociones y usted va de mal en peor; si sus problemas se están volviendo más complejos; si está aumentando el temor, si disminuye el gozo y la tristeza se vuelve crónica, entonces hay algo muy serio que anda mal. Usted es cautivo del enemigo de su alma. Debe tomar conciencia de la trampa en la que se halla y procurar ser liberado. Si ha estado sirviendo al Señor desde hace sólo unos meses, usted debe crecer día a día en la gracia y el conocimiento de Cristo. Sus victorias espirituales deben ser visibles. Usted debe tener la certeza de la presencia constante del Señor, y será transformado de gloria en gloria a imagen de Cristo. ¡Ya es hora de que sea Satanás el que huye *de usted*!

Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué tantísimos cristianos han quedado cautivos? Es

porque su hambre de Cristo no los lleva al punto de desear andar con El. No buscan la santidad de Cristo. Fijémonos en la vida de un hombre que vivió esto en una medida que pocos han podido alcanzar: Enoc. Todos podemos aprender de su ejemplo.

"Caminó, pues, Enoc con Dios" (Génesis 5:24). El sentido hebreo original de *caminó* implica que Enoc subía y bajaba, entraba y salía, avanzaba y retrocedía, del brazo de Dios, conversando continuamente con Él y acercándose a Él cada vez más. El padre de Enoc, Jared, llegó a tener novecientos sesenta y dos años de edad; y el hijo de Enoc, Matusalén, vivió hasta los novecientos sesenta y nueve. Enoc vivió trescientos sesenta y cinco años, es decir un "año" de años. En él vemos una nueva clase de creyente. Durante trescientos sesenta y cinco días de cada año, por *todos* sus trescientos sesenta y cinco años, caminó hombro a hombro con el Señor. Él era su misma vida; tanto fue así que, al final de su vida, no vio la muerte:

Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.

Hebreos 11.5-6

Al igual que Enoc, quien fue traspuesto de esta vida, los que andan cerca de Dios son puestos fuera del alcance de Satanás; son sacados de su reino de tinieblas y transportados al reino de luz de Cristo: "el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13). Ahora mismo nos hallamos trasladados, fuera de la trampa del diablo, y llevados al corazón mismo de Jesús. Aquí la palabra griega que se traduce *trasladado* sugiere que Cristo viene personalmente y nos lleva lejos del poder del diablo y nos coloca en un lugar celestial. Dios traslada sólo a los que caminan con Él, como Enoc. Los que permanecen cautivos a la voluntad de Satanás no pueden ser llevados y liberados de las tinieblas.

Creo que no somos verdaderamente salvos sino hasta que nuestro corazón se decide con firmeza a andar con Dios. Podemos asegurar que somos salvos y que lo amamos, y podemos decirle al mundo entero que pertenecemos a Dios. Hasta podemos orar, llorar y devorar su Palabra. Pero si no andamos cerca de Él cada día, nunca vamos a cambiar. Vamos a caer cada vez más hondo en la esclavitud.

Enoc aprendió a andar delante de Dios agradándole a Él, en medio de una sociedad malvada. Y él era un hombre corriente, con los mismos problemas y cargas que nosotros soportamos. No era un ermitaño escondido en una caverna del desierto; llevaba una vida normal, con esposa, hijos, obligaciones y responsabilidades. Enoc no andaba "escondiéndose para ser santo".

Hoy día, en cambio, muchos cristianos están huyendo a los montes para ocultarse de las calamidades que van en aumento. Hay supuestos profetas que les están diciendo a las personas que se acerquen a sus abrigados refugios rurales. A los cristianos mesiánicos (judíos conversos) se les dice que huyan a Israel para escapar del colapso financiero que se avecina en los Estados Unidos. Pero Enoc demostró que el mejor testimonio es andar con Dios en medio de la tempestad, sin importar los obstáculos. El mandato de Jesús fue "¡Id!", no "¡Huid!"

Pero Enoc sabía perfectamente bien que este mundo era impío. Echó una mirada hacia adelante, a través de la historia, hasta los días del fin, y todo lo que pudo decir fue: "¡Impíos!"

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él.

Judas 14-15

No debemos escondernos del mundo. Pero al mismo tiempo, si estamos andando con el Señor, debemos ver el mundo como lo vio Enoc: impío, lleno del espíritu del anticristo y contaminado con palabras duras contra nuestro Dios.

¿Cómo podemos tener hambre de Cristo y seguir siendo parte de lo que es impío? ¿Cómo podemos desear a Cristo sobre todas las cosas y todavía considerarnos parte de los que El viene a juzgar? No estoy hablando aquí de ministrar al mundo no creyente, lo cual es nuestro deber como discípulos de Cristo. Lo que quiero decir es que no podemos ser *parte* de ese mundo. Tampoco estoy condenando la belleza de la naturaleza y de las cosas buenas que Dios ha creado. Debemos "considerar los lirios del campo" (Mateo 6:28). Pero si estamos caminando hombro a hombro con Jesús, hablando con El y escuchándolo, vamos a aborrecer este sistema mundial impío. Vamos a ponernos del lado de Cristo, y en contra de los que hablan en contra de El. Vamos a hacer caso de su Palabra: "Cualquiera … que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Santiago 4:4). Y cuando el Señor venga con sus decenas de millares de santos a juzgar al mundo pecador y perdido, entonces no nos encontraremos delante de El culpables y avergonzados.

Hubo otro profeta que, literalmente, fue traspuesto como Enoc; ése fue Elias. Los dos tenían algo en común: ambos aborrecían el pecado y clamaban en su contra. Ambos caminaban tan cerca de Dios que no podían evitar el compartir el odio de Dios por la impiedad. Ese es el efecto innegable en todos los que tienen una absoluta hambre de Dios. No sólo llegan a odiar el pecado, sino que también se separan de él. Si todavía amamos este mundo y nos sentimos a gusto con los impíos, si somos amigos de los que maldicen al Señor, entonces no estamos caminando con Dios, y nuestra salvación es una farsa. Estamos sentados sobre la cerca, exponiendo a Cristo a la vergüenza pública.

"Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios" (Génesis 5:24). Por la carta a los hebreos sabemos que este versículo se refiere a la traslación de Enoc, al hecho de que no probó la muerte. Pero además significa algo más profundo. Tal como se usa en Génesis 5, la palabra *desapareció* es literalmente *no era, y* significa también "no era de este mundo". En su espíritu y en sus sentidos, Enoc no era parte de este mundo malvado. Cada día, al andar con el Señor, se desapegaba más y más de las cosas de abajo. Día por día, año por año, iba subiendo, camino a casa, acercándose más a la gloria. Como Pablo, moría diariamente a su vida terrenal. Y fue llevado en su espíritu a un ámbito celestial.

Pero mientras caminaba por esta tierra, Enoc asumió todas sus responsabilidades. Atendía a su familia; trabajaba, servía a Dios y estaba ocupado. Pero "no era"; no estaba pensando en lo terrenal. Ninguna de las exigencias de la vida podía obstaculizar su caminar con Dios. El Señor lo consumía; en todo momento su mente se volvía a Dios. Su corazón estaba apegado a


Dios como algo semejante a una enorme banda de goma: cuanto más se estira una banda de goma, más fuerte rebota al soltarla. ¡El corazón de Enoc siempre "rebotaba" hacia el Señor!

Transformándonos a imagen del Señor

Alrededor de Enoc, la humanidad entera se estaba volviendo cada vez más impía. Pero al mismo tiempo que los hombres se convertían en bestias salvajes, llenos de lujuria, dureza y sensualidad, Enoc se volvía cada vez más como Aquel con quien caminaba. De la misma manera, usted y yo somos transformados, junto a muchos otros cristianos, a la semejanza de Cristo.

Eso no ocurre con todos los creyentes. Más bien, muchos se han endurecido y vuelto egoístas. Deberían estar creciendo en gracia, satisfechos por completo en Cristo, pero por el contrario, están cayendo de nuevo y volviendo a sus antiguos hábitos carnales. ¿Por qué? Porque no caminan con Dios. Rara vez oran. Pocas veces escudriñan la Palabra de Dios. Se amargan y endurecen por la vida; ponen mala cara y se abren a la voluntad del diablo. Simplemente no aman a Jesús lo suficiente como para desear estar con Él.

Como vimos antes, Hebreos 11:5 dice claramente: "Antes que fuese traspuesto [Enoc], tuvo testimonio de haber agradado a Dios." ¿Qué tenía Enoc que tanto agradaba a Dios? Era su andar con Dios el que le produjo la clase de fe que Dios ama. Estos dos versículos no pueden separarse: "Antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. [Y] sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11:5-6). Este último versículo lo escuchamos con bastante frecuencia, pero casi nunca en conexión con el anterior. Sin embargo, a lo largo de toda la Biblia y de toda la historia, los que caminaron cerca de Dios llegaron a ser hombres y mujeres de profunda fe. Si la Iglesia camina con Dios cada día, en continua comunión con Él, el resultado será un pueblo lleno de fe, esa *verdadera fe* que agrada a Dios.

Demasiados cristianos acuden con prisa a talleres de fe, distribuyen grabaciones de fe y citan "pasajes de fe", todo como parte de un esfuerzo por producir fe. Es cierto que "la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). Pero esos cristianos no se dan cuenta de que la Palabra *es Cristo.* "La letra mata", dice la Escritura. Sin intimidad con Cristo, un creyente que se adhiere a la letra produce en sí mismo una emoción muerta, egoísta y exigente, que no es en lo absoluto fe. Dios la aborrece. La fe viene por oír su Palabra *y* andar muy cerca de Él; el hablar de Cristo sin andar con Él no nos llevará a ninguna parte. Debemos tener siempre "puestos los ojos en Jesús, el *autor y consumador* de la fe" (Hebreos 12:2).

En realidad la fe consiste en saber quién es Dios. Consiste en familiarizarse con su gloria y majestad; porque quienes mejor conocen a Dios son quienes más confían en Él. Muéstreme un pueblo que camina cerca de Él, que aborrece en realidad el pecado, que se ha desapegado de este mundo y que está conociendo la voz de Dios, y le mostraré un pueblo que no necesita mucha predicación ni enseñanza acerca de la fe. No necesitarán "diez pasos" acerca de lo que es la fe y cómo obtenerla, porque la verdadera fe procede del corazón mismo de Jesús. Será la fe *de Jesús*, no la de ellos, la que crezca y brote de su corazón.

"Por la fe Enoc fue traspuesto." Esta es una verdad formidable, que casi trasciende nuestra comprensión. Toda la fe de Enoc estaba centrada en el único gran deseo de su corazón: estar con el Señor. Y Dios lo trasladó, en respuesta a su fe. Enoc ya no podía soportar estar detrás del velo; simplemente *tenía* que ver al Señor. Oraba, con fe en que Dios iba a responder a su clamor de estar en su presencia real. Tanto aborrecía el mundo terrenal, que le decía a Dios: "Ven, Señor; aquí no hay nada para mí."

Pensemos en cómo la mayoría de los cristianos malgastan lo que llaman fe. La fe de ellos

está centrada por completo en su yo: sus propias necesidades, sus propios caprichos. ¿Dónde están los Enoc de hoy, que invierten su fe en creer que han de ser trasladados fuera de la oscuridad del diablo hacia las manos del Hijo amado de Dios?

Nuestro hermano Enoc no tenía Biblia, ni himnario, ni compañeros de congregación, ni maestros, ni al Espíritu Santo morando dentro de él, ni un velo rasgado que diera acceso al Lugar Santísimo. *¡Pero conocía a Dios!* Sin tener ni la correeción de un profeta ni el ejemplo de los demás, Enoc decidió en su corazón seguir al Señor. ¿Por qué hoy día a tantos se les hace difícil andar en victoria, aunque tienen a su alcance todo tipo de ayudas, convicciones, advertencias proféticas y los impulsos del Espíritu Santo? ¿Acaso no es un reproche para nosotros que Enoc se diferenciara de su época de maldad, y fuera un hombre que caminaba con Dios a pesar de contar con tan poca ayuda?

Dios como galardonador

"Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (Hebreos 11:6). ¿Cómo sabemos que Enoc creía que Dios era galardonador? ¡Porque sabemos que esa es la única fe que agrada a Dios, y sabemos que Enoc agradó a Dios! Dios es un recompensador o remunerador, es decir, alguien que paga bien por la fidelidad. ¿Cómo es que Dios recompensa a los que son diligentes? Sé que cuando camino del brazo con Jesús, enamorado de El, las recompensas brotan por todos lados. Son tiempos en que todo lo que hago o tengo recibe bendición: mi esposa, mis hijos, mis amigos y mi ministerio. Veo brotar dentro de mí la vida de Cristo que fluye como un río poderoso. Sí, tengo pruebas y tribulaciones, incluso en los momentos cuando camino más íntimamente con Él. Pero en medio de todo eso, Él me recompensa con manifestaciones de su presencia.

Hay tres importantes recompensas que se obtienen por creerle a Dios y andar con Él en fe.

1. La primera recompensa es el dominio de Dios sobre nuestra vida.

La persona que descuida su comunión con el Señor pronto se sale de su control, y es cuando el diablo entra y asume el mando. Una persona así tiene destruida su propia imagen. No hay modo de refrenar sus sentimientos de inseguridad y de desesperación, y habla impulsado por la amargura y la ira. ¡Si esa persona sólo se enamorara de Jesús, caminando y hablando con Él! Pronto Dios le mostraría que Satanás no tiene verdadero dominio sobre él, y ese individuo rápidamente permitiría que Cristo le controlara. Entonces se pondría a ahuyentar a los demonios, poniendo en fuga a miles de ellos, resistiendo por la fe a todo temor, mentira y duda que le llegara del infierno.

2. La segunda recompensa que viene por la fe es tener una "luz pura".

Cuando caminamos con el Señor somos recompensados con luz, dirección, discernimiento, revelación: con un "conocimiento" seguro que Dios nos da. Zacarías profetizó que Cristo vendría "para dar luz a los que habitan en tinieblas … para encaminar nuestros pies" (Lucas 1:79). En la medida en que día a día vamos muriendo a este mundo, esa luz adquiere más brillantez dentro de nosotros.

Cuando estamos verdaderamente enamorados de Cristo, El enciende la luz. En su presencia no hay tiniebla alguna. Pero podemos engañarnos a nosotros mismos creyendo que tenemos la verdadera luz, cuando en realidad tenemos una falsificación. Jesús advirtió: "Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas" (Lucas 11:35). Jesús les dijo a los fariseos que el juicio caerá sobre los que pervierten o rechazan la luz:

Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que ven, sean cegados. Entonces algunos de los fariseos … le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió:… Porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece.

Juan 9:39-41

Como los fariseos, algunos cristianos creen que "ven". Piensan que tienen discernimiento y que están en la luz. Pero deben fijarse en su propia vida, en su hogar, en toda la tribulación y confusión que hay en su corazón, y admitir: "Señor, *no veo.* ¡Muéstramelo! ¿Estoy ciego?" Si no estamos dispuestos a admitir nuestra oscuridad y abrirnos a la luz pura y verdadera, entonces nuestro discernimiento no será más que una luz falsa. Quien anda diciendo "yo veo" está maldecido con la peor forma de oscuridad y orgullo.

Examine su corazón: ¿Se halla bajo el hechizo de alguna especie de oscuridad o indecisión? ¿Está confuso, perplejo o sin claridad? Entonces todavía está caminando en las tinieblas.

He aquí la respuesta que usted necesita: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8:12). "Todo aquel que cree en mí no permane[cerá] en tinieblas" (Juan 12:46). "[El] nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13). Vuelva a andar con Cristo, y El disipará toda oscuridad y lo restaurará a su luz pura.

3. La tercera recompensa que viene al andar en fe es la protección contra todos nuestros enemigos.

“Ninguna arma forjada contra ti prosperará” (Isaías 54:17). El sentido de este versículo en el texto hebreo original equivale a: “Ningún plan, ningún instrumento de destrucción, ninguna artillería satánica te abatirá ni te pasará por encima, sino que será desarticulada.”

Todo aquello que Satanás intente con el fin de destruirnos quedará sin efecto. Esos enormes cañones apuntados contra nosotros se derretirán en la presencia de Cristo. ¿Cree usted que Satanás se atrevería a poner la mira contra Cristo, con quien vamos caminando? Si acaso lo intenta, Dios ha prometido hacer fracasar su ataque contra nosotros.

Dijo Dios por medio de Isaías: “Yo he creado al destruidor para destruir” (Isaías 54:16). Recordemos que “el destruidor” está bajo el dominio del Señor. Y la recompensa de los que buscan a Dios con diligencia es el privilegio de llegar a ser más que vencedores (véase Romanos 8:37), incluso en medio de pruebas y tentaciones.

Durante trescientos sesenta y cinco años, Enoc se libró de todos los dardos encendidos. Vivió en completa victoria hasta su último aliento. No salió a gatas ni cojeando; salió en una explosión de vida y de gloria. La palabra de Dios para nosotros es la misma hoy:

> Con justicia serás adornada; estarás lejos de opresión; porque no temerás, y de temor, porque no se acercará a ti. Si alguno conspirare contra ti, lo hará sin mí; el que contra ti conspirare, delante de ti caerá.
>
> Isaías 54:14-15

Cuando caminemos en santidad, seremos liberados de toda opresión. No temeremos, porque nuestra seguridad y nuestra paz estarán en la justicia de Cristo.

Ese disfrutar de su presencia nos ayudará a ver lo que El tiene para nosotros: tener hambre de Cristo nos permite sentarnos a la mesa del Rey. Nos aguarda una grandiosa revelación.

6
Acercándonos a su mesa

Hay un antiguo himno evangélico que tiene un profundo sentido para mí. Dice así: “Jesús tiene una mesa donde los santos de Dios encuentran alimento; El invita a su pueblo elegido, vengan y coman.”

Qué expectativa tan emocionante: El Señor ha preparado una mesa en los cielos para sus seguidores. Jesús les dijo a sus discípulos: “Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel” (Lucas 22:29-30). Tener hambre de Él significa que, por la fe, también estamos sentados a su mesa. Pablo dice que Dios “nos resucitó, y … nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6).

Compartimos ahora la compañía de Moisés, Aarón, Nadab, Abiú y los setenta ancianos de Israel que comieron a la mesa del Señor en el monte Sinaí:

Y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron.

Exodo 24:10-11

¡Qué cuadro tan sobrecogedor: setenta y cuatro hombres de Dios, sentados con Él, comiendo y bebiendo a una mesa sobrenatural! ¡Qué revelación de la gloria debe de haber sido aquella!

También los reyes de Israel mantenían una mesa real, y era un gran honor ser elegido para sentarse a ella. Era allí donde el rey expresaba su sabiduría en una gloriosa intimidad, abriendo su corazón a todos los que estaban sentados con él. Los tres primeros reyes de Israel nos dan diversos ejemplos.

El rey Saúl le asignó a David un asiento en su mesa, pero en cierto momento llegó a ser un gran riesgo para David sentarse allí a causa de los celos de Saúl. Para poner a prueba las intenciones del rey, David y Jonatán, el hijo del rey, tramaron un plan para dejar vacío el asiento de David y medir las reacciones del rey. Tal como se esperaba, Saúl preguntó: “¿Por qué no ha venido a comer el hijo de Isaí hoy ni ayer?” (1 Samuel 20:27). Cuando Jonatán dijo que David había ido a visitar a su familia, Saúl se enfureció y puso de manifiesto su intención de matarlo.

Años después, David, siendo rey, le otorgó asiento en su mesa a Mefiboset, el hijo de Jonatán: “No tengas temor, porque yo a la verdad haré contigo misericordia por amor de Jonatán tu padre … y tú comerás siempre a mi mesa” (2 Samuel 9:7).

En tiempos del rey Salomón, la reina de Sabá se maravilló del esplendoroso banquete que se sirvió a la mesa real. Quedó sin aliento al contemplar “las viandas de su mesa, las habitaciones de sus oficiales, el estado de sus criados y los vestidos de ellos, sus maestresalas y sus vestidos” (2 Crónicas 9:4). Cuando vio y oyó lo que sucedía en aquella mesa, exclamó: “Bienaventurados tus hombres, y dichosos estos siervos tuyos que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría” (2 Crónicas 9:7).

¿Puede usted ver el sentido espiritual de todo eso? ¡En el Antiguo Testamento, la mesa de los reyes representaba los banquetes con el Rey de reyes en su mesa celestial!

Cuando el apóstol Pablo nos instruye: “Celebremos la fiesta” (1 Corintios 5:8), quiere decir que entendamos claramente que se nos ha asignado un asiento en los cielos con Cristo a su mesa real. Pablo está diciendo: “Asistan siempre. Que nunca se diga que su asiento está vacío.”

Si Saúl pudo decir de David: “¿Por qué no se presenta a mi mesa? ¿Qué se hizo?”, ¿no dirá nuestro Señor lo mismo de nosotros, que no tenemos justificación para perdernos el banquete? Dice: “Yo te di un asiento asignado a mi mesa real. Es ahí donde mis siervos ven mi rostro, escuchan mi sabiduría y llegan a conocerme. Es ahí donde les doy a comer el pan de vida, y es un gran honor. ¿Por qué lo tomas tan a la ligera? ¿Por qué no ocupas tu asiento? Andas corriendo, trabajando para mí y hablando de mí; pero ¿por qué no te sientas conmigo y aprendes de mí? ¿Dónde estás?”

La triste verdad es que la Iglesia de Jesucristo simplemente no comprende lo que significa celebrar la fiesta. No entendemos la majestad y el honor que se nos ha concedido al ser resucitados por Cristo para sentarnos con El en los lugares celestiales. Hemos estado demasiado ocupados para sentarnos a su mesa. Erróneamente derivamos nuestro gozo espiritual del servicio, y no de la comunión. Hacemos más y más por un Señor a quien conocemos cada vez menos. Nos desgastamos entregando nuestro cuerpo y nuestra mente a su obra, pero rara vez celebramos la fiesta. Como nos perdemos la fiesta tan a menudo, nuestra generación tiene una visión distorsionada y atrofiada del Señor Jesucristo. A pesar de toda nuestra predicación, alabanza y parloteo sin fin acerca de El, pocos cristianos lo conocen de veras.

Imaginémonos al Señor mirando hacia la tierra, observando las multitudes que se llaman por su nombre: pastores, misioneros, obreros cristianos, santos de Dios. ¿Qué es lo que el Señor más quiere de todos esos que aseguran estar entregados a El? ¿Qué es lo que más lo bendice, lo agrada y lo deleita? ¿Que le construyamos algo? ¿Que se inicien más iglesias? ¿Más institutos bíblicos? ¿Más centros evangelísticos? ¿Más hogares e instituciones para gente que sufre? No; Dios, que mora “en edificios no hechos por mano”, quiere mucho más que eso. Salomón pensó que había construido un templo eterno para Dios, pero en unos cincuenta años ya estaba en decadencia. En menos de cuatrocientos años, fue destruido por completo. A la luz de la eternidad, eso es como pestañear cuatro veces. ¿Qué podemos lograr para la gloria de Dios cuando *ya* El tiene toda la gloria?

La cosa específica que nuestro Señor busca por sobre todo de parte de sus siervos, ministros y pastores, es la comunión a su mesa. Esa mesa es un lugar de intimidad espiritual, y se sirve cada día. Celebrar la fiesta significa acercarnos a El continuamente en busca de alimento, de fortaleza, de sabiduría y de comunión.

En la carta a los gálatas, Pablo habla de los tres años posteriores a su conversión que pasó apartado con Dios en el desierto de Arabia y en Damasco (véase Gálatas 1:17-18). Esos tres años fueron gloriosos para Pablo porque los pasó sentado en los lugares celestiales a la mesa del Señor. Fue allí que Cristo le enseñó al apóstol todo lo que después supo, y fue allí donde se le manifestó la sabiduría de Dios.

En efecto, para Pablo, la conversión no era suficiente. Tampoco era suficiente una visión

cegadora de Cristo, que ocurrió una sola vez, ni una voz milagrosa. Pese a tener uno de los llamamientos espirituales más directos que un hombre de Dios haya recibido jamás, Pablo quería aún más. Algo dentro de su alma clamaba: “¡Ay, si pudiera conocerle!” (véase Filipenses 3:10).

No es de extrañar que Pablo pudiera decirle a la iglesia cristiana: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Corintios 2:2). Con eso quería decir: “Que los judaizantes mantengan su legalismo. Que los sabatistas defiendan sus puntos de doctrina. Que los que buscan justificarse por las obras se consuman. Que piensen que se me están adelantando con toda su sabiduría mundana. Por lo que a mí respecta, no quiero saber nada sino a Jesucristo”.

Para celebrar la fiesta necesitamos tres cosas.

1. Necesitamos una revelación de la grandeza de Cristo.

A partir de la cruz, todos los gigantes espirituales han tenido en común una cosa: han reverenciado la mesa del Señor. Se han perdido ellos mismos en la gloriosa grandeza de Cristo. Todos han muerto lamentando que todavía conocieran tan poco de El y de su vida. Así sucedió con Pablo, los discípulos y muchos de los antiguos padres de la Iglesia; con Lutero, Zwinglio y los puritanos; con los piadosos predicadores ingleses e irlandeses a lo largo de los dos últimos siglos; hombres como Wesley, Whitefield, Fletcher, Müller, Stoney, Mackintosh, Austin-Sparks. Y así ha sucedido con los piadosos dirigentes eclesiásticos estadounidenses, tales como Tozer, Ravenhill y muchos otros.

Esa es una potente lista de hombres que compartían la misma pasión: una revelación siempre creciente de Jesucristo. Para nada les importaba el éxito, la ambición, la fama mundana ni lo espectacular. No oraban por cosas, ni por bendiciones, ni para ser empleados por Dios, ni por ninguna cosa de su yo, sino que más bien pedían sólo una revelación de la gloria y grandeza de su Señor.

Con el diablo suelto, mostrando gran furia porque sabe que sus días están contados, los cristianos necesitamos exactamente eso: una mayor revelación de Cristo. Satanás ejerce gran poder en estos últimos días, y el infierno está dando rienda suelta a su furia. Las fortalezas del enemigo están más afianzadas, poderosas y profundamente atrincheradas que en ninguna otra generación anterior. Sin duda alguna, Satanás — su poder, su reino y su obra — está en ascenso. Se está dando a conocer mejor, se está haciendo temer menos y se ha vuelto más aceptado. Y en esta batalla final contra él, un conocimiento básico de Cristo, adquirido en la escuela bíblica, no será suficiente. Seguro que saber mucho acerca de Cristo no será suficiente. Necesitamos dejar de estudiar a Cristo, acercarnos a su mesa y dejar que el Espíritu Santo *nos lo revele* a nosotros. Esto exige tiempo.

He leído un buen número de volúmenes que se han escrito acerca de Jesucristo, pero he hallado que en muchos de ellos los autores no lo conocían a El. Sus descripciones eran analíticas, precisas y doctrinalmente puras, pero en última instancia carecían de vida. Esos autores no habían estado comiendo y bebiendo en su presencia. Pero es así como llegamos a conocerlo: sentándonos con El, escuchando su voz y esperando en El para que nos imparta sabiduría divina. Las personas ajetreadas y preocupadas nunca llegan a conocer a Cristo. Viven durante largos años basándose en alguna pasada visión de gloria, sin recibir de Él ninguna palabra fresca, ninguna nueva revelación. Honran a Cristo y lo exaltan, pero Él no ha llegado a ser la propia vida de ellos.

Uno no puede ir a la batalla en este mundo, donde los demonios gobiernan prácticamente sin oposición, a menos que esté decidido a tener una revelación siempre creciente del poder y la gloria de Cristo. De otro modo, uno carecerá de impacto contra el reino de las tinieblas. Los principados y potestades del mal pronto se mofarán de uno. Solamente los que conocen a Cristo a plenitud y con una visión siempre creciente sembrarán el terror en el infierno. Debemos ponernos de rodillas con frecuencia. Debemos entrar en la batalla desde el salón del trono de Dios. De otro modo nos desmoronaremos ante el enemigo.

En la actualidad nuestra visión de Cristo es demasiado reducida, demasiado limitada. Se necesita un evangelio de “grandeza” para superar los problemas complicados y crecientes en esta era de maldad. Es que Dios no se limita a resolver los problemas en este mundo: ¡los

absorbe en su grandeza! Una persona que tiene una revelación creciente de la grandeza de Cristo no necesita temerle a ningún problema, a ningún diablo, a ningún poder de esta tierra. Esa persona sabe que Cristo es mayor que todo eso. Si tuviéramos este tipo de revelación de lo grande que El es, de cuan ilimitado, inconmensurable e inmenso es, nunca más nos sentiríamos abrumados por los problemas de la vida.

En los últimos diez años se han escrito muchos libros sobre métodos prácticos para la vida cristiana, suficientes para llenar una de las bibliotecas públicas más grandes del mundo. Para cada tema que interesa a la humanidad hay por lo menos un libro con la solución fácil, cada uno de ellos promete alivio a los problemas. Pero muy pocos de esos consejos sirven de algo, porque todo eso se basa en una visión empequeñecida de la grandeza de Cristo. Como la mayoría de los creyentes no tienen habitualmente hambre de Dios, como no beben la Palabra ni se alimentan de Cristo cada día, se vuelven vulnerables al espíritu de la época.

Pensemos en todos los matrimonios atribulados que hay en el pueblo de Dios: han fracasado décadas enteras de consejos. Libros, grabaciones y seminarios han tenido todos muy poco efecto. Es más, sólo se ha logrado que los problemas empeoren. Lo que de verdad necesitamos para sanar esa y muchas otras calamidades, es regresar lo antes posible a la presencia del Señor, entrar en el lugar secreto de oración, sentarnos a la mesa del Señor y llegar a perdernos dentro de la plenitud y grandeza de Cristo. ¡Todas nuestras respuestas vendrán del tiempo que hayamos pasado a su mesa, aprendiendo de El!

Una vez más, Pablo es un ejemplo para nosotros. El estaba decidido a tener esa revelación siempre creciente de Cristo. En realidad, todo lo que tenía de Cristo lo había conseguido por revelación; le fue enseñado a la mesa del Señor, y se le hizo real por el Espíritu Santo. Recordemos que después de la conversión de Pablo, pasaron tres años antes que fuera a ver a los apóstoles en Jerusalén, y se quedó sólo quince días antes de continuar con sus viajes misioneros. Más tarde dijo: “Por revelación me fue declarado el misterio” (Efesios 3:3). El Espíritu Santo conoce los profundos y ocultos secretos de Dios, y Pablo oraba constantemente pidiendo el don de la gracia para entender y predicar “las inescrutables riquezas de Cristo” (Efesios 3:8). Nosotros tenemos “seguridad y acceso” a esas gloriosas riquezas, nos dice Pablo, “con confianza por medio de la fe en él” (v. 12).

¡Dios, perdónanos por no aprovechar nuestro “acceso con confianza” a tus inmensas riquezas en gloria!

El Señor está buscando creyentes que no estén satisfechos con filtrarse entre todas las voces contradictorias para encontrar una palabra de verdad. Lo que quiere es provocarnos hambre por una revelación de El que sea nuestra por completo: una intimidad profunda y personal con Él.

2. Necesitamos una predicación con más intensidad.

Si usted es predicador, misionero o maestro, piense en esto: ¿Qué enseña? ¿Fue lo que otro le enseñó? ¿Es una nueva versión de la revelación dada por algún gran predicador? ¿O ha experimentado su revelación personal de Jesucristo? Si la ha experimentado, ¿es una revelación siempre creciente? ¿Se le ha abierto a usted el cielo?

Los ministros necesitamos predicar a Cristo con creciente intensidad.

Dijo Pablo: "En él vivimos, y nos movemos, y somos" (Hechos 17:28). Los verdaderos hombres y mujeres de Dios viven dentro de ese círculo tan pequeño y a la vez tan amplio. Cada paso que dan, su existencia entera, está envuelta sólo en los intereses de Cristo. Hace años supe que el Espíritu Santo me estaba guiando a un ministerio así, un ministerio que predicara sólo a Cristo. ¡Ay, cómo deseaba no predicar ninguna otra cosa sino sólo a El! Pero mi corazón estaba dividido, y descubrí que el número de personas que pertenecen a ese círculo era demasiado pequeño. Por consiguiente, no tenía una corriente de revelación que pudiera nutrir mi predicación.

Para no predicar otra cosa sino a Cristo, necesitamos una corriente continua de revelación del Espíritu Santo. De otro modo, terminaremos por repetir un mensaje trillado. Si el Espíritu Santo conoce la mente de Dios y escudriña las cosas profundas y ocultas del Padre, y si ese Espíritu brota como agua viva dentro de nosotros, entonces estaremos dispuestos para ser llenos de esa agua viva. Debemos mantenernos llenos con una continua revelación de Cristo. Esa revelación es para todo siervo del Señor que esté dispuesto a esperar en El, creyendo y confiando en que el Espíritu Santo le manifestará la mente de Dios.

¡Hoy tenemos tan poca verdad fresca, tan poco de una palabra clara del Señor! Nuestras iglesias están abarrotadas de presuntos profetas que aseguran: "Dios me dijo esto" o "Tengo una palabra de Dios para usted". ¡En su mayor parte son tonterías! Lo que la Iglesia necesita con urgencia es la Palabra infalible de Dios; es decir, una revelación verdadera y viva de esa Palabra. En las congregaciones hay multitudes que tratan de discernir entre todas las voces que escuchan, cuál de ellas es una palabra clara procedente de Dios. Se han cansado de la barahúnda de voces, voces, y más voces. Han encontrado sólo algunas espigas de trigo en medio de montañas de paja.

En todo el mundo, el pueblo de Dios está preparado para acercarse más al Señor. Tiene hambre de Cristo y está cansado de toda la ligereza e insensatez que se predica desde el pulpito. En este mismo momento, el Señor está llamando a su esposa a salir de en medio de los insensatos y superficiales. De Laodicea está surgiendo un remanente santo, que llora y que ora. Lo que me preocupa es esto: ¿Habrá suficientes siervos de Dios en nuestros pulpitos, con suficiente unción y revelación fresca para sustentar a las ovejas? ¿O crecerán las ovejas más que sus pastores? ¿Habrá alimento para todos los que están alcanzando una relación más profunda con el Señor?

Hubo un tiempo en que yo era un evangelista "muy famoso", rodeado de hombres que viajaban conmigo y de personas que me respaldaban. Llegaban por miles para escucharme predicar. Pero me volví cada vez más vacío, ya que estaba tan ocupado que no tenía tiempo para recibir una revelación fresca de Cristo. A menudo lloraba en privado porque sentía soledad y dolor. En mi desesperación, un santo de Dios me obsequió un ejemplar de *The Christian in Complete Armour* [El cristiano con la armadura completa] de William Gurnall, un

autor puritano. Ese mensaje me anonadó por su profundidad en el conocimiento del Señor. Llegué a admitir: “Yo no conozco a Dios de la forma en que este hombre lo conoce.” Y eso bastó: lo dejé todo. Y me puse a devorar las obras de los puritanos, los autores antiguos, y así sucesivamente … todos esos hombres piadosos que antes mencioné. Ellos me provocaron más hambre por encontrar mi propio lugar en el Señor. Los leí a todos, hasta que Dios me dijo: *¡Detente! Ahora come mi Palabra.*

No debemos engañarnos: Las buenas obras no quitarán el vacío. Predicar sobre asuntos sociales tampoco lo logrará. Aquellos antiguos apuntes de Spurgeon tampoco podrán hacerlo. La mejor capacidad narrativa del mundo no servirá. Todas nuestras experiencias personales y astutas aplicaciones a la vida no lo harán. Nada nos introducirá en la corriente del conocimiento de Jesucristo, hasta que guardemos nuestros apuntes, dejemos de estudiar a otros predicadores, y estudiemos solamente a Cristo en el lugar secreto de oración. Todos servimos al mismo Dios y somos enseñados por el mismo Espíritu Santo, como ha ocurrido con todo hombre y toda mujer que ha crecido hacia la plenitud de Cristo. Esto debe convertirse en un asunto de hambre y desesperación. Debemos alcanzar tal hambre como para *comernos su Libro*, a fin de obtener nuestro propio toque de Dios.

Si ha sido negligente en este asunto, permítame alentarlo: hágase el propósito de predicar a Cristo el año próximo de una manera más completa de lo que hizo este año. Manténgase fresco. Ofrezca sólo a Cristo; vaya de gloria en gloria. Deje atrás toda predicación de éxito, de motivación, de autoimagen o de política. Esas no son más que escorias que presentan las personas a quienes les falta una fresca revelación de Cristo.

3. Necesitamos un crecimiento de la vida de Cristo dentro de nosotros.

Una vez recibí una carta de un piadoso padre en Cristo. Leer esa carta fue como escuchar al apóstol Pablo. Aquel hombre escribía así:

El hecho de que Pablo viera "sólo en parte" ni disminuía la gloria de lo que él veía, ni le hacía más difícil a él el declararlo. Creo que en todos nuestros esfuerzos por buscar al Señor, tenemos que reconocer que lo que verdaderamente necesitamos es el *conocimiento de Él;* y la verdad que buscamos debe ser realizada dentro de nosotros por el Espíritu de vida para que en realidad se vuelva nuestra. Sabiendo esto, comenzamos a entender que Dios no cree conveniente impartir más, ni debemos desear más, de lo que somos capaces de digerir y asimilar en nuestra vida. La revelación nos puede hacer más mal que bien si no hay una correspondiente ministración de vida en nuestro espíritu. El árbol de la vida es aún más codiciable que el árbol de ja ciencia del bien y del mal. Sólo con conocerlo y verlo a El, estamos llegando a conocer y entender misterios de la verdad que jamás pudiéramos desentrañar por medio de algún tipo de investigación. "Haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él …" (Hebreos 13:21).

El mensaje de ese hombre fue para mí un eco del apóstol Pablo, quien dijo que Cristo estaba siendo revelado *en él*, y no solamente *a él* (véase Gálatas 1:16). A los ojos de Dios es un delito predicar una palabra que no se ponga en práctica primero en la vida y el ministerio del predicador. Puede parecer correcto que algunos prediquen a Cristo por contención; pero no es así para el hombre o la mujer de Dios. Debemos predicar una revelación siempre creciente de Cristo, pero sólo en la medida que esa revelación opera un profundo cambio dentro de nosotros. Mi oración ahora es: "Oh Dios, déjame predicar sólo aquello que comprendo por el Espíritu. Que esté en la plenitud de Cristo. Que primero se vuelva parte de mi naturaleza y de mi carácter, parte de mi propia experiencia espiritual contigo."

Pablo expresó también su preocupación: "No sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Corintios 9:27). En verdad, Pablo jamás dudaría de su seguridad en Cristo; no era eso lo que tenía en mente al escribir. La palabra griega que aquí se traduce *eliminado* significa "desaprobado" o "no digno". Pablo se horrorizaba frente a la idea de comparecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgado por predicar a un Cristo que en realidad no conocía, o por proclamar un evangelio que no practicaba a cabalidad. Por eso Pablo habla con frecuencia del "Cristo vivo" o de "Cristo que vive en mí". A los ojos de Pablo, cualquier ministro que predique debe crecer siempre en su conocimiento *y práctica* de Cristo, o quedará descalificado.

No podemos pasar más tiempo llamándonos siervos de Dios, si no respondemos personalmente a esta pregunta: *¿De verdad no quiero otra cosa más que a Cristo? ¿De verdad es Él todo para mí, mi único propósito en la vida?*

¿Respondió que sí? Si lo ha dicho en serio, podrá señalar el estercolero de su vida; ése al que se refería Pablo al decir: "…. tener todo por basura, para ganar a Cristo." ¿Ha considerado todas las cosas como pérdida en comparación con la revelación de Cristo? Si no quiere nada más que a Cristo, entonces su ministerio no es una carrera; ¡su ministerio es oración! Si El es absolutamente todo en su vida, usted rechazará como cosa mala la carrera por el éxito. Se esconderá en Cristo. No será necesario animarlo para que busque a Cristo;

con frecuencia entrará usted en su aposento secreto con la seguridad de que, desde el mismo momento en que entra, ya está sentado a la mesa del Señor. Allí le dará culto, sentándose ante El sin prisa, amándolo, alabándolo con las manos levantadas, anhelando más de El y dándole gracias por su sabiduría.

Muchos empleamos a Cristo para llevar adelante nuestro propio ministerio, para construir nuestro propio reino, para hacer avanzar nuestra propia carrera. Negociamos con el nombre de Cristo. ¡Dios, perdónanos! ¿De verdad lo amamos? ¿De verdad lo queremos sólo a El? Debemos resolver primero ese problema. Hasta que no lleguemos a la certeza de que Cristo es el único que necesitamos y deseamos, no debemos ir a ningún lado ni hacer nada en su nombre, porque la única cosa que podemos darles a las personas que sea capaz de transformarlas es *lo que tengamos de Cristo.* Eso viene del tiempo que hayamos pasado sentados a su mesa, festejando a solas con El.

7
Aferrándonos a Cristo

Estoy convencido de que muchos que se llaman cristianos no soportarán los tiempos del fin. La Palabra proclama que en los últimos días el amor de muchos se enfriará y se apagará a causa del poder explosivo de la maldad. Algunos se apartarán de la verdad y se irán detrás de falsos maestros y profetas que los engañarán y que complacerán sus codicias egoístas. Otros se dejarán seducir por doctrinas de demonios y se volverán ciegos espiritualmente. Al final Dios los entregará a sus mentes réprobas.

Después de decir eso, le doy gracias a Dios por las cartas que he estado recibiendo de cristianos comprometidos en muchas partes del país. Me resulta claro que en el pueblo de Dios está aumentando el hambre de Cristo. He leído testimonios maravillosos de cómo el Espíritu de Dios está impulsando a creyentes entregados a emprender una marcha por la santidad. El discernimiento espiritual de ellos está creciendo mucho. Están abandonando los ídolos, las iglesias muertas y las enseñanzas falsas. Entre ellos hay ministros de todas las denominaciones, quienes ahora están llorando por sus ovejas y predicando con la verdadera carga del Señor. Me asombro ante los formidables cambios que oímos y vemos, muchos nos escriben para contarnos cómo el Señor los está haciendo pasar por su fuego purificador. Por todo eso alabo al Señor.

Pero mi corazón sigue sufriendo porque los que de todo corazón se están volviendo al Señor representan sólo un pequeño y despreciado remanente. La mayoría de los cristianos — incluso los pastores — están prestando oídos sordos al sonido de la trompeta, y están haciendo caso omiso del clamor del vigía. La ceguera espiritual de las masas que asisten a la iglesia crece de un modo intolerable para Dios, ya que ahora vemos cómo El se está moviendo con rapidez y delante de todos para juzgar a su pueblo. El Redentor ha llegado de repente a Sión lleno de indignación, y no va a retirar su mano de juicio hasta que el último cambista y ladrón haya sido expulsado de su casa. Apenas estamos viendo el comienzo de sus tremendos juicios contra la falta de honradez, las mentiras, los engaños y las distorsiones malignas de su evangelio. ¡La conmoción apenas ha comenzado! “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 Pedro 4:17).

Las necesidades de las ovejas

Cierta vez un pastor me escribió así: "Usted habla abiertamente acerca de las faltas de los pastores, pero no nos dice en qué estamos fallando. Con amor le pido que respalde sus afirmaciones con la verdad."

La falta radica en que *nosotros, los ministros del evangelio, no estamos cumpliendo a cabalidad con el propósito de motivar a los creyentes a entender el costo real del discipulado.* Jesús planteó exigencias rigurosas e incomprensibles a los que eligieran seguirlo y confesar su santo nombre.

Hoy vemos en nuestros pulpitos demasiado ego y orgullo, y no vemos suficiente alarma y dolor por el pecado. Ahora son pocos los ministros que predican con lágrimas y agonía acerca de los que vuelven atrás o acerca de la frialdad entre los creyentes. Es trágico ver que tantos pastores hayan perdido la unción del Espíritu Santo y se dediquen a edificar su propia reputación. Sus ojos se centran no en las necesidades de las ovejas, sino en cómo financiar y promover sus propios sueños de lujo.

El apóstol Pablo tenía el corazón de un verdadero pastor: un corazón siempre afanado y preocupado por el crecimiento espiritual de las ovejas. A los corintios les escribe así: "Os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo" (2 Corintios 11:2). A los creyentes de Galacia se refería como "hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gálatas 4:19). A los tesalonicenses les escribió que estaba "orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe" (1 Tesalonicenses 3:10).

Se me rompe el corazón cuando me percato de lo mucho que me falta para tener la medida de lo que debe ser un pastor amoroso. Con frecuencia me falta desesperadamente ese Espíritu que movía a Pablo con tanto amor y solicitud por el pueblo de Dios: "Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo … Porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor" (1 Tesalonicenses 2:19-20; 3:8). Aquel hombre de Dios alentaba a sus ovejas con cartas que los provocaban a la santidad y a tener una gran hambre de Jesucristo. Con lágrimas les decía: "Asimismo oramos siempre por vosotros … para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él" (2 Tesalonicenses 1:11-12). "Fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos … como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios" (1 Tesalonicenses 2:7,11).

Pablo no andaba buscando el dinero de ellos. Ponía gran empeño en no convertirse nunca en una carga. Escribía diciendo que él y sus compañeros trabajaban "con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros" (2 Tesalonicenses 3:8). Cuando con toda razón pudo haber recibido apoyo monetario de ellos, Pablo eligió sostenerse a sí mismo. Se negó a vestirse con una "capa de codicia", porque le había sido confiado el evangelio. Su meta en el ministerio la resumía en este versículo: "Que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios" (1 Tesalonicenses 3:13).

¡Cuánto le suplico a Dios que me dé ese corazón de pastor amoroso! ¡Ojalá que el Espíritu

Santo levantara hoy día pastores y evangelistas que no tuvieran en el ministerio otra meta que la de afirmar a los creyentes en la santidad y provocarlos a aferrarse de Cristo!

Lo trágico es que quienes están en el ministerio han atenuado a tal punto la verdad de Dios acerca de la negación de uno mismo, que hemos dado a luz una generación de creyentes de vida fácil, impotentes, que no entienden lo que significa separarse del mundo. Muchas de nuestras iglesias han amalgamado de tal manera la mundanalidad en sus mensajes, que ahora los cristianos superan en pecado a los impíos, sin sonrojarse siquiera. En efecto, en años recientes el mundo ha quedado perplejo y enfurecido ante la inmundicia y corrupción de la cristiandad, y con razón.

En la actualidad hay mucha predicación del evangelio que no contiene mención alguna de la cruz, ninguna doctrina del sufrimiento, ningún reproche, ningún arrepentimiento, ningún aborrecimiento del pecado, ninguna exigencia de separación o de pureza, ningún llamado a una entrega incondicional al señorío de Cristo, ninguna muerte cotidiana a uno mismo, ninguna crucifixión de las lujurias de la carne, ninguna negación del yo, ningún rechazo del egocentrismo, ninguna advertencia de la persecución venidera ni del juicio inminente. Y lo más trágico de todo es que ahora muchos cristianos prefieren que se les hable de los derechos que tienen en Cristo… ¡mientras olvidan los justos derechos que tiene *Él* sobre *nosotros*!

Los derechos de Cristo sobre nosotros

A Jesús lo seguían grandes multitudes, pero Él sabía que sólo unos pocos se iban a mantener adheridos a Él y convertirse en verdaderos discípulos. Los judíos querían unirse a la vez a Jesús y a Moisés; mantener sus tradiciones y ritos muertos mientras aseguraban ser seguidores de Cristo. Pero Jesús no quería tener nada que ver con esa doblez.

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). Aquí Jesús pone de manifiesto la paradoja de un corazón dividido. Echa abajo la fachada de un discipulado hipócrita y nos muestra el destino de los que tratan de servir al mismo tiempo a dos amos. Dios nos guarde de pasar por alto la aguda advertencia de nuestro Señor: *El pecado que no se abandona conducirá a la peor hipocresía posible.* Algunos dicen que aman al Señor y que odian al diablo, pero al aferrarse a lujurias secretas, la idolatría, la amargura o la rebeldía, más bien desprecian al Señor y se adhieren Satanás. En secreto rinden lealtad al que dicen odiar, mientras que aman sólo de palabra a Dios.

A esos hipócritas les dice Jesús: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran” (Mateo 15:8-9). Quiere decir: “Nadie puede testificar que me ama, y al mismo tiempo despreciarme con sus malas acciones.” El sentido griego de la palabra *despreciar* es “tener en poca estima”. Despreciar al Señor es no asimilar en el corazón su Palabra; es desentenderse de sus justos reclamos como si no fueran algo que nos obliga. Voy a enumerar sólo tres de esos derechos o justos reclamos que tiene Cristo sobre nosotros cuando deseamos aferramos a El:

1. Cristo llama a sus seguidores a amarlo tan apasionadamente que todos los demás afectos parezcan insignificantes en comparación.

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.

Lucas 14:26

La palabra griega traducida *aborrecer* significa "amar menos por comparación". Cristo nos llama a tener por El un amor tan completo, ferviente y absoluto que todos nuestros afectos terrenales no puedan ni acercársele.

Si tuviéramos por Cristo ese amor ardiente, intenso, gozoso, que todo lo consume, no necesitaríamos esquemas, diagramas e instrucciones que nos digan cómo orar; oraríamos porque nuestro corazón estaría ardiendo de amor por El. No nos aburriríamos tratando de llenar una hora para orar de modo ambiguo por las necesidades en todas partes del mundo; Cristo sería el objeto de nuestras oraciones, y nuestro tiempo de oración sería hermoso. Pasaríamos largas horas con las puertas cerradas, expresando la admiración desbordante y el dulce amor por El que inundan nuestro corazón. Leer su Palabra no sería jamás una carga; no necesitaríamos fórmulas sobre cómo leer toda la Biblia en un año. Si amáramos a Cristo apasionadamente nos sentiríamos magnéticamente atraídos hacia su Palabra para aprender más acerca de El. No nos enredaríamos en interminables genealogías y especulaciones sobre los tiempos del fin. Querríamos solamente conocerlo mejor a El; contemplar más de su hermosura y de su gloria para poder hacernos más semejantes a El.

Piénselo: ¿Sabemos cómo llegar a la dulce presencia de Cristo y no pedir nada? ¿Sabemos extender nuestras manos hacia El sólo porque estamos agradecidos de que nos ame tan completamente?

Nos hemos vuelto egoístas y egocéntricos en nuestras oraciones: "Danos … congréganos … ayúdanos … bendícenos … úsanos … protégenos." Todo eso podrá ser bíblico, pero son peticiones que se mantienen centradas en nosotros. Recurrimos a su Palabra en busca de respuestas a nuestros problemas, para buscar dirección y tranquilidad, y también eso puede ser correcto y digno de elogio. Pero ¿dónde está esa alma motivada por el amor, que escudriña las Escrituras con diligencia, que quiere sólo descubrir más y más acerca de su amado Señor?

Hasta nuestro trabajo por el Señor se ha vuelto egoísta. Queremos que El bendiga el servicio que le damos, para que podamos saber que nuestra fe es auténtica. Queremos ser considerados diligentes, capaces y exitosos como señal de que El nos está bendiciendo. En mi corazón he estado clamando: "Oh Señor, ¿es mi ministerio mismo más importante para mí que tú? ¿Es el amor mi única motivación por mi Salvador, o quiero ver algo tangible que haya logrado para ti?" Es que nuestro Señor está más interesado en lo que estamos *llegando a ser en Él* que en lo que estamos *haciendo para Él.*

Alguien que lea esto quizás esté sufriendo porque se le han cerrado puertas al ministerio. Esa persona tal vez se sienta arrinconada. Otra persona pensará que su servicio al Señor está en algún campo misionero muy necesitado. Pero le digo que no podemos ser más útiles para el Señor que cuando ministramos amor a El en el aposento secreto de oración. Cuando buscamos al Señor, cuando escudriñamos incansablemente su Palabra para conocerlo,

entonces estamos en la cumbre de nuestra eficiencia. Hacemos más por bendecir y satisfacer a Dios al estar encerrados con El en una comunicación de amor, que haciendo cualquier otra cosa. Cualquier obra que El disponga para que hagamos, en casa o en otro lugar, irá brotando sin esfuerzo de nuestra comunión con Él. Dios está más interesado en ganar nuestro corazón completo, que en que ganemos al mundo para Él.

2. Cristo nos llama a seguir hasta el final.

¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.

Lucas 14:28-30

Cristo sabía que muchos de sus seguidores no tenían lo que se necesitaba para llegar hasta el final. Sabía que se echarían atrás y no terminarían la carrera. Creo que esta es la condición más trágica para un creyente: haber comenzado con la plena intención de aferrarse a Cristo, de crecer hasta llegar a ser un discípulo maduro y más semejante a Él, y luego apartarse, volviéndose frío e indiferente. Una persona así es la que echó un cimiento y no pudo concluir, porque no calculó primero el costo. Sólo llegó hasta la mitad del camino, porque se le acabaron los recursos y entonces se apartó.

¡Qué gran alegría da conocer a los que están llegando al final de la carrera! Esos creyentes están creciendo en la sabiduría y el conocimiento de Cristo. Van cambiando día a día, momento a momento. Pablo les dice de un modo alentador: “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18). Esas personas están alejándose cada vez más del mundo y de sus placeres. Están adquiriendo una mentalidad celestial, están ejercitando sus sentidos espirituales, su discernimiento está incrementándose. Cuanto más envejecen, más hambre de Cristo tienen. Se liberan de todos los apegos terrenales, y con creciente intensidad anhelan estar con Jesús en su gloria. Para ellos el morir es ganancia, porque el premio máximo es ser llamados a la presencia de Cristo y permanecer eternamente a su lado. Lo que estos creyentes buscan no es el cielo, sino a Cristo en su gloria.

Podemos tener la certeza de que cuando Jesús regrese, tendrá una Iglesia gloriosa compuesta por los que han sido transformados a su imagen. Los miembros de esa Iglesia se habrán vuelto tan desapegados de este mundo y tan unidos a Cristo, que el pasar del estado corruptible al incorruptible será apenas un último paso de amor. Será como traspasar un delgado velo, de lo mucho que ya en esta vida se han acercado a Cristo.

Sé que muchos que leen este pasaje están en el proceso de detenerse o de dar un paso atrás. Puede parecer un pequeño paso, pero ocasionará un alejamiento rápido del amor de Cristo. Si esto es válido para usted, dése cuenta de que el Espíritu Santo le está llamando a regresar al punto de partida: a regresar al arrepentimiento, a la negación de sí mismo, a la entrega total. En este mismo momento, el tiempo es un factor de mucha importancia. ¡Si usted tiene la intención de aferrarse de Cristo alguna vez, hágalo ahora; asegúrese de seguir hasta el final!

3. Cristo nos llama a combatir contra Satanás.

¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

Lucas 14:31-33

Enoc profetizó una vez: “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares” (Judas 14). Dice la Biblia que somos reyes y sacerdotes para el Señor, y representamos a esas decenas de millares que salen a batallar contra el ejército de Satanás. El diablo lucha contra nosotros porque nos aborrece en gran manera: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17). Si hemos decidido en nuestro corazón aferramos a Cristo, nos hemos convertido en blanco del diablo en este conflicto final. El va a lanzar contra nosotros todo su arsenal del infierno.

Debemos estar preparados para lo que se avecina. Debemos estar listos para pasar nuestros días en combate espiritual, sabiendo que todo un mar de iniquidad está apuntando contra el pueblo de Dios. Si estamos decididos a aferramos a Cristo, entonces necesitamos percatarnos de que en el Señor somos invencibles. Escrito está; “Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4). Dios dice que tenemos garantizada la victoria sobre todas las potestades del enemigo; ¡tenemos a todas las huestes del cielo luchando a favor nuestro!

Esto es muy alentador porque, como hemos señalado, el diablo está juntando todo su poderío. Hacemos bien en recordar las palabras que Moisés le dirigió a Israel de parte de Dios:

No haréis para vosotros ídolos … Si anduviereis en … mis mandamientos, y los pusiereis por obra … perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán a espada delante de vosotros. Cinco de vosotros perseguirán a ciento, y ciento de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán a filo de espada delante de vosotros.

Levítico 26: 1, 3, 7-8

También Josué animó al ejército del Señor con estas palabras: “Un varón de vosotros perseguirá a mil; porque Jehová vuestro Dios es quien pelea por vosotros … Guardad, pues, con diligencia vuestras almas, para que améis a Jehová vuestro Dios” (Josué 23:10-11).

Moisés les dijo lo que sucedería si se mezclaban con el mundo e intentaban servir a dos amos: “¿Cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil, si su Roca no los hubiese vendido, y Jehová no los hubiera entregado?” (Deuteronomio 32:30). Los que ya no se mantienen adheridos a la Roca — Cristo — se vuelven cobardes y temerosos frente al enemigo. El pecado y la tibieza los despojan de todo poder y confianza. Pronto abandonarán su primer amor y acabarán corriendo aterrorizados ante el acoso del diablo.

Si siguen rechazando abandonar el pecado secreto y las lujurias ocultas, llegará el momento en que esos cristianos de doble ánimo tratarán de hacer un arreglo con el diablo. Buscarán

condiciones de paz enviando su conciencia misma a encontrarse con el enemigo y negociar una tregua. Desearán seguir con su pretensión de amar al Señor, pero no querrán rendir ese último bastión, ese pecado que los derrota. Y hacen esa tregua con pleno conocimiento de que el diablo sigue rigiendo como dios de este mundo. ¡Pudiera tragárselos en cualquier momento!

No podemos hacer tratos con el diablo. No podemos transigir con el pecado, ni siquiera levemente. No podemos permitir que nuestra fe naufrague por la componenda y por una paz falsa. Nos hallamos en una guerra declarada y tenemos que derrotar al enemigo *por completo* para tener victoria sobre todas sus pretensiones acerca de nosotros.

Que Dios nos dé más de su Espíritu Santo para luchar, para que cada uno de nosotros pueda gritar al mundo y a todas las hordas del infierno: “¡Nada me separará del amor de Cristo! Ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la guerra. No; en todas esas cosas soy más que vencedor por medio de aquel que me amó. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna cosa creada me podrá separar del amor de Dios, que se manifiesta en Cristo Jesús Señor nuestro” (véase Romanos 8:35, 37-39).

Ese es el grito de batalla de los que tienen hambre de Cristo.

8
Una carta del diablo

El Antiguo Testamento relata la historia del rey Ezequías de Judá que recibió una carta mandada por el diablo:

Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores; y después que las hubo leído, subió a la casa de Jehová … y oró … diciendo: Jehová Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye las palabras de Senaqueríb, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente.

2 Reyes 19:14-16

La carta que recibió Ezequías, rey de Judá, la firmaba Senaquerib, rey de Asiría; ¡pero venía enviada directamente del infierno! El nombre de Senaquerib significa "hombre de pecado" (o también, "dios de la luna que multiplica hermanos"). Representa a Satanás, el dios de este mundo, que está decidido a crear para sí una gran hermandad de aborrecedores de Dios.

En el momento en que Ezequías recibió esa carta satánica, Jerusalén estaba bajo asedio por el poderoso ejército asirio. El rey Senaquerib y sus huestes ya se habían llevado a la cautividad a las diez tribus de Israel. Ellos cayeron bajo el juicio de Dios a causa de su inmoralidad, idolatría y apoetasía. Las personas "se habían vendido para hacer el mal", y este era el resultado:

Porque separó a Israel de la casa de David … Y los hijos de Israel anduvieron en todos los pecados de Jeroboam … hasta que Jehová quitó a Israel de delante de su rostro … e Israel fue llevado cautivo de su tierra a Asiría.

2 Reyes 17:21-23

En este pasaje Israel representa a las iglesias de hoy que se han descarriado, que están saturadas de pecado, prostituidas. Israel estaba lleno de componendas con el pecado de lujuria, de adulterio, de homosexualidad; en fin, de completa locura por el placer. Y tal como sucede hoy, los israelitas poseían una forma de religión carente de poder: '? trajo el rey de Asiria gente de Babilonia … y los puso en las ciudades de Samaria … no temiendo ellos a Jehová" (2 Reyes 17:24-25). Entre sus filas era evidente que había un evangelio amalgamado, el cual llevaron consigo a la cautividad: "Así temieron a Jehová aquellas gentes, *y al mismo tiempo* sirvieron a sus ídolos" (2 Reyes 17:41).

Hoy día el diablo no tiene necesidad de seducir, arengar ni escribir cartas a personas así. ¡Es porque ya domina a esa parte de la Iglesia! En efecto, ha colocado en los pulpitos a sus propios "ángeles de luz". Les ha entregado una religión tibia, mezclada: una dosis suficiente de tradición, combinada con una gran cantidad de maldad.

En la actualidad el embate del diablo permanece concentrado sobre las personas cuyo corazón está por completo consagrado a ansiar al Señor Jesús. En el relato de Ezequías y Senaquerib, la nación de Judá representa al remanente de la Iglesia del Señor en la tierra. Es

el blanco de los ataques de Satanás porque está unida en pacto con el Señor y, por lo tanto, le representa una tremenda amenaza al reino de las tinieblas.

La Biblia dice que el rey Ezequías de Judá era un hombre piadoso:

Hizo lo recto ante los ojos de Jehová … El quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera … En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos … Y Jehová estaba con él; y adondequiera que salía, prosperaba.

2 Reyes 18:3-7

Esa era la razón por la cual el “hombre de pecado” estaba decidido a destruir a Ezequías. Y esta es la misma razón por la cual Satanás lo va a atacar a usted.

¡No más tributo al enemigo!

Hasta ese momento, Judá había sido una nación tributaria de Asiría, lo cual era una forma de esclavitud. Por eso el hombre de pecado todavía tenía un lugar en Sión. En los acontecimientos que condujeron a la entrega de la mencionada carta, el rey de Asiría le había impuesto a Judá un tributo de trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro.

Dio, por tanto, Ezequías toda la plata que fue hallada en la casa de Jehová, y en los tesoros de la casa real. Entonces Ezequías quitó el oro de las puertas del templo de Jehová.

2 Reyes 18:15-16

Esa es una descripción de la concesión con el pecado, y se puede encontrar en la Iglesia de Dios de hoy. Los cristianos se comportan con temor e intimidación, acceden con los hábitos mundanos, y tienen miedo de dar un paso adelante, con audacia, y denunciar el pecado como lo que es. Así como Ezequías cedió a los deseos del hombre de pecado, la iglesia actual rinde tributo al diablo al producir la maléfica música rock, llamándola formas de entretenimiento "cristiano" y practicando un código doble de valores.

Pero en esta historia, el corazón de Ezequías se conmovió por fin, y clamó: "¡No más tributo al enemigo!" Esta fue una especie de despertar causado por el Espíritu Santo, un llamamiento al santo pueblo del remanente a no condescender más ni temer al hombre de pecado. En otra ocasión, durante otra crisis, los hijos de Israel habían tratado de reclinarse sobre el brazo puramente humano al pedir ayuda de Egipto. Pero Egipto demostró que no podía ayudarles. Ahora, el pueblo de Judá y su liderazgo confiaron por completo en el Señor.

Pero el conflicto radicaba en esto: mientras ese pueblo siguiera pagándole tributo al diablo, no sería molestado. No tendría oposición ni guerra. Entonces Ezequías dio un paso adelante en fe hacia la voluntad de Dios. Decidió que no iban a seguir dándole gusto al diablo, que no iban a practicar un discipulado de medias tintas, que no iban a transigir más ni mantenerse atados al mundo, sin importar el costo. Fue entonces que recibió una carta del diablo.

Usted verá que en el momento en que renuncie a este mundo y ponga su vida totalmente en manos del Señor, ¡cuidado, porque el infierno entero se le vendrá encima! Se convertirá en blanco del diablo y quedará bajo asedio del hombre de pecado. Experimentará graves pruebas para que se vea si de verdad confía en Dios en todas las cosas. No importa hacia dónde mire, verá al enemigo firme contra usted.

Satanás usa recursos sutiles contra el remanente

Los asirios representan a los actuales “guías hacia la prosperidad”. El diablo va a hacer desfilar su ejército en torno a las murallas: personas poderosas, hermosas y aparentemente exitosas en todo lo que emprenden. Cuando usted los vea, se sentirá encerrado entre cuatro paredes como un prisionero. “Después el rey de Asiría envió contra el rey Ezequías … al Rabsaces, con un gran ejército … contra Jerusalén” (2 Reyes 18:17).

La primera artimaña del hombre de pecado es poner en duda el compromiso del creyente de confiar por completo en el Señor. El Rabsaces era el embajador del rey; su nombre significa “delegado borracho”. Se mofaba de los piadosos con sus pullas: “Y les dijo el Rabsaces:… ¿Qué confianza es esta en que te apoyas? … ¿En qué confías, que te has rebelado contra mí?” (2 Reyes 18:19-20). La acusación era: “Dios no los va a sacar de este lío. ¡Están perdidos! Están en un aprieto, y su fe no va a funcionar.”

¿Se encuentra usted ahora mismo en un lío, en un verdadero problema? ¿Le ha dicho el diablo que Dios no va a venir a rescatarle, que su fe es demasiado débil o demasiado poca, que se puede dar por muerto? Tal vez ahora mismo esté sin empleo, y sus deudas estén aumentando poco a poco. Siente temor porque se ve todo sin esperanza. Usted oye al diablo reírse: “A pesar de todo su amor a Cristo, a pesar de renunciar al mundo, de hacer las cosas correctas y de confiar en Dios, esto no va a funcionar. ¡Usted está destinado al fracaso! Va a terminar en la quiebra, hostigado por sus acreedores y encaminado hacia el suicidio.”

Escuche ahora lo que dice el diablo en el Antiguo Testamento: “¿Cómo, pues, podrás resistir a un capitán, al menor de los siervos de mi señor?” (Isaías 36:9). En otras palabras, lo que dice es: “¿Qué puedes hacer para detener esa dificultad? ¿Cómo te las vas a arreglar si no puedes encontrar empleo, si no puedes mirar ni siquiera un mes hacia el futuro, y mucho menos calcular tu porvenir? ¿Cómo vas a lograr sobrevivir, si hay todo un ejército de problemas que vienen pisándoles los talones a tus problemas actuales? ¿De verdad crees que Dios va a hacer un milagro y sacarte de ese gran enredo? ¡Ríndete! Yo tengo un trato que ofrecerte …”

Ahora Satanás añade una nueva maña: le dice que *Dios* es el causante de todos sus problemas. El mensajero de Asiría aseguró: “Jehová me ha dicho: Sube a esta tierra, y destruyela” (2 Reyes 18:25). Satanás va a tratar de convencerlo de que Dios se está desquitando de usted, que está enojado con usted. ¡Esa es la más vil mentira! Le quiere hacer creer que Dios lo ha abandonado y que lo ha puesto en manos de la dificultad y del dolor. Quiere que piense que todos sus problemas son resultado del castigo de Dios por sus pecados del pasado. ¡No le crea! Es Satanás que está luchando para destruirlo.

Nuestro Dios es un libertador, una fortaleza. Dice Isaías que Dios viene

a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya.

Isaías 61:3

No, amado santo de Dios, usted no está destinado al fracaso. Está sencillamente siendo

atacado, hostigado por las mentiras del enemigo, porque usted ha decidido en su corazón que va a confiar en el Señor. Satanás está tratando de destruir su fe en Dios.

Otro recurso que usa Satanás para intensificar el ataque en contra de usted es tratar de que centre su atención en las victorias del diablo sobre otros cristianos. “¿Acaso alguno de los dioses de las naciones ha librado su tierra de la mano del rey de Asiría? ¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? … ¿Pudieron éstos librar a Samaria de mi mano?” (2 Reyes 18:33-34).

Satanás se jactará: ‘?? soy más poderoso que tu Dios. Yo derribé a algunos de los más grandes evangelistas y los seduje para que cayeran en burdos pecados. A algunos de ellos los convertí en embusteros enloquecidos por el dinero. Así que, ¿qué te hace pensar que podrás escapar de mi poder?” Esa misma voz llegó a Judá procedente de Asiría: “¿Qué dios de todos los dioses de estas tierras ha librado su tierra de mi mano, para que Jehová libre de mi mano a Jerusalén?” (v. 35).

Satanás le presentará ante su mente a todos los cristianos que aseguraban confiar en Dios pero que padecieron dificultades, enfermedades e incluso la muerte. Le señalará algún estimado y antiguo creyente, muy confiado en Dios, tal vez una anciana viuda, que siempre está sufriendo y tiene tan pocos recursos económicos que parece aplastada por la penuria. Dirá el enemigo: “Ella confió en Dios, ¡y mira lo que logró con eso! Se suponía que esos televangelistas caídos estaban cerca del Señor, pero mira en lo que pararon. Si los predicadores no pueden lograrlo, ¿cómo podrás lograrlo tú? ¿Qué te hace pensar que Dios va a responderte cuando tantos gigantes espirituales están cayendo?”

Sé de un predicador pentecostal que cayó a causa de esa mentira del enemigo. Sucedió cierto día mientras estaba sentado en la minúscula vivienda de su padre, quien también era pastor. Su padre tenía más de setenta y cinco años, y estaba enfermo y sin ahorros. Apenas estaba sobreviviendo económicamente. El hombre más joven oyó que el diablo le susurraba: “¿Ves cómo Dios paga a sus pastores fieles? ¡Tú vas a terminar tan pobre como él! El llevó una vida piadosa, y aun así está acabando sumido en la pobreza.”

En ese momento el pastor se dijo a sí mismo que él jamás iba a ser pobre. Se le metió un espíritu demoniaco, y a partir de entonces se convirtió en un negociante mañoso que hacía todo lo que estuviera a su alcance por ganar algún dinero. Se metió en negocios dudosos. Admitía que lo impulsaban espíritus malos. Lo acosaban siempre que estaba despierto, diciéndole: “¡No tienes por qué ser pobre!”

Ese hombre sigue hoy día ejerciendo el ministerio, pero es tremendamente infeliz. Pierde dinero a diestra y siniestra porque todos sus negocios acabaron por salirle mal. Su padre probablemente morirá pobre pero feliz en el Señor, mientras que él tiene todas las trazas de que abandonará este mundo lleno de amargura y de falta de fe.

Satanás tratará de hacer un acuerdo con usted

Otra de las mañas de Satanás consiste en pintarle un panorama fantástico de cómo pudiera ser su vida si hiciera un trato con él:

No escuchéis a Ezequías, porque así dice el rey de Asiría: Haced conmigo paz, y salid a mí, y coma cada uno de su vid y de su higuera, y beba cada uno las aguas de su pozo, hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas, tierra de olivas, de aceite, y de miel; y viviréis, y no moriréis. No oigáis a Ezequías, porque os engaña cuando dice: Jehová nos librará.

2 Reyes 18:31-32

La voz del diablo susurra: "No es necesario que seas un don nadie o que sufras injustamente. Basta con que te salgas de tus esquemas estrechos y rígidos, y yo te arreglaré las cosas. ¡Vas a prosperar! Te daré todo el dinero que necesites: trigo, aceite, vino. No más cuentas pendientes, no más vivir en forma ajustada. Te abriré las puertas del banco."

¡Qué vendedor tan malvado es el diablo! Le dice: "Basta un pequeño acuerdo entre nosotros, y todos tus problemas se te resolverán. Tú mereces un respiro; ya has sufrido suficiente. Ahora te toca tener suerte." Pero no se deje engañar: cada componenda que haga en su andar con Cristo, equivale a venderse al diablo. Cuando vende barata su relación con Cristo, está sellando un trato, haciendo una ganga; y en ese proceso está vendiendo el alma.

Satanás promete: "Yo vendré y lo llevaré a una tierra como la suya" (véase el v. 32). En otras palabras: "Cuando estés conmigo, podrás tener también a Dios. Tendrás que hacer algunos cambios; pero seguirás siendo tú. Nada te va a doler. Puedes tenerlo todo: ¡a Jesús *y* un acuerdo conmigo!"

Sépalo bien: si se traga esa mentira, será esclavo del diablo a partir de ese momento. No hay una tierra de vino y aceite, ni paraíso como él lo promete. En el instante en que se le acerque, le pondrá cadenas en el cuello y en las manos, y se lo llevará a Babilonia. Jamás obtendrá lo que pensó conseguir. Más bien conseguirá el látigo y la cadena, promesas rotas y desesperación. En vez de padre tendrá un capataz. El agua refrescante que él prometió, en realidad está envenenada. No, usted no gozará de libertad. Más bien vivirá bajo una completa servidumbre, como esclavo de los caprichos de Satanás.

Finalmente, como último recurso, Satanás le mandará una carta amenazadora: "Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores; y después que las hubo leído, subió a la casa de Jehová, y las extendió Ezequías delante de Jehová" (2 Reyes 19:14).

El mensajero que entregó esa carta era enviado del diablo. La carta era una ofensa al Dios viviente, escrita y enviada con el fin de infundir temor al pueblo de Dios. Era la encarnación de la risa del diablo. Se burlaba de ellos y les decía: "Los voy a aniquilar, voy a convertirlos en escarnio, y voy a destruir todo lo que hay en su casa."

¿Ha recibido su carta del diablo? Esos documentos de divorcio que recibió pueden ser la forma en que Satanás le dice: "¡Lee esto, fracasado! ¿De qué te aprovecha servir a Dios y negarte a ti mismo? Eso no salvó tu matrimonio. Todo es culpa tuya. Se pudo haber evitado. ¡Hipócrita! ¡Fracasado! ¡Renuncia a todo eso!"

La boleta de despido en el empleo también puede ser portadora de la voz del diablo. “Conque eso es lo que uno consigue cuando sigue a Cristo, ¿eh? ¿Un despido rápido? Nadie quiere tus servicios. Estás demasiado viejo, llevas demasiado pasado encima. Vas cuesta abajo, lo vas a perder todo. No vas a tener dinero para la jubilación ni vas a poder atender a tu familia. ¡Hasta aquí llegaste!”

O, ¿qué decir de esa radiografía? Allí está, bien clarito: Usted tiene una enfermedad incurable. ¡SIDA! ¡Cáncer! ¡Lupus! No hay esperanza. Y Satanás dice: “Así que tú crees que Cristo cura, ¿no? Pues bien, ¿dónde está El? ¿Por qué tienes que seguir sufriendo? Tú le entregaste todo, y mira lo que pasó. No te dio nada a cambio, excepto continuos sufrimientos.”

Un amigo mío que es empresario recibió hace algún tiempo una carta del diablo. Era un informe de contabilidad que mostraba que un empleado de confianza había malversado cientos de miles de dólares de su compañía. Esto fue lo que le dijo el diablo: “Date cuenta: ser honrado no paga. Eso es lo que consigues por entregarle todo al Señor. Oras, das ofrendas, caminas por la senda angosta y estrecha, y terminas estafado. ¡Ja! Bonito negocio. ¿Por qué no te olvidas de todo?”

Entonces ¿qué hacer cuando se vea confrontado por un mensaje procedente del diablo? En primer lugar, tiene que extender la carta del enemigo ante el Señor, como hizo Ezequías: “Y tomó Ezequías las cartas … y las extendió … delante de Jehová. Y oró Ezequías” (2 Reyes 19:14-15).

Ore y busque al Señor. Jamás hable con el diablo ni razone con él. Limítese a mantener la calma, como hicieron las personas ante el mensajero jactancioso: “Pero el pueblo calló, y no le respondió palabra; porque había mandamiento del rey, el cual había dicho: No le respondáis” (2 Reyes 18:36).

¡Observe que la reacción de Dios ante la carta del diablo es leerla y echarse a reír! “Esta es la palabra que Jehová ha pronunciado acerca de él [el rey de Asiría]: La virgen hija de Sión te menosprecia, te escarnece; detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén” (2 Reyes 19:21). En otras palabras, esa carta Dios la toma *como personal.* Dice: “Diablo, esa carta no se la mandaste a mi hijo. ¡Me la mandaste *a mir* Porque “¿a quién has vituperado y blasfemado? ¿y contra quién has alzado la voz, y levantado en alto tus ojos? Contra el Santo de Israel” (2 Reyes 19:22).

Quien se atreva a tocarlo a usted, está tocando la niña de los ojos de Dios. El Señor dice que sus amados están a salvo y que el diablo no puede hacerles daño:

Por tanto, así dice Jehová … No entrará en esta ciudad, ni echará saeta en ella; ni vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte … Porque yo ampararé a esta ciudad para salvarla, por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo.

2 Reyes 19:32,34

Esa misma noche, Dios le mostró a Ezequías que basta un solo ángel del Señor para destruir un ejército entero:

Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Jehová, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos.

2 Reyes 19:35

Recuerde que “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Salmo 34:7).

No importa cuántos demonios invadan, no importa cuan fieramente nos amenace el reino de las tinieblas, el pueblo de Dios está a salvo. Que eso se le grabe profundamente en lo más íntimo del corazón: *Usted está a salvo. El Señor está decidido a defenderlo y a librarlo.*

El Señor le envía su propia carta al diablo

El Señor ha escrito su propia carta al diablo en el Salmo 46. Es tan poderosa que cuando usted la lea en voz alta, todos los demonios del infierno se estremecerán y se encogerán de terror. Es la respuesta que debe darle al diablo y a todos sus ataques. Dice así:

Estimado "hombre de pecado":

"Dios es nuestro pronto auxilio en las tribulaciones" (v. 1). Nuestro Dios está presente ahora mismo. El es nuestro amparo no sólo en tiempos pasados sino que es nuestro pronto auxilio *ahora*, hoy, en medio de cualquier tribulación.

"Por tanto, no temeremos" (v. 2). No tenemos por qué temer. Nuestro Dios es fuego devorador, defensor y escudo para sus hijos. En 2 Timoteo 1:7 se nos dice: "No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio." El es completamente veraz y fiel a su Palabra.

"Dios está en medio" de este templo; yo no puedo ser conmovido (v. 5). Mi cuerpo es templo del Espíritu Santo; y El dice que está en medio de ese templo. Cristo mismo pone su morada, su habitación, dentro de mi corazón. ¡Y no puedo ser conmovido ni estremecido! "Bramaron las naciones, titubearon los reinos" (v. 6). Que las naciones bramen, que todos los reinos de la tierra titubeen y sean conmovidos. Nuestro Dios destruirá por completo a todas las fuerzas demoniacas.

"[El] hace cesar las guerras … quiebra el arco, corta la lanza, y quema los carros en el fuego" (v. 9). El es mi ejército contra mis enemigos, contra los que me hacen la guerra. Y El mismo aniquilará por completo todas las armas enemigas que están enfiladas contra mí: "Ninguna arma forjada contra [los servidores del Señor] prosperará" (Isaías 54:17).

El dice: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" (v. 10). Permaneceré quieto y descansaré por completo en la certeza de que *El es Dios.* El es mi Dios, mi Redentor, mi Defensor; el Señor soberano sobre todas mis actividades. Estoy a salvo, rodeado por su presencia en el pabellón de su amor. ¡Me mantendré firme, y contemplaré su majestad y su gloria!

Estimado hijo de Dios, el Señor provee esa carta para todos los ataques de Satanás contra la fe que usted tiene. Léala, medítela, *créala.* Es la respuesta celestial a la carta que mandó el diablo.

9
Andar en el Espíritu

El apóstol Pablo manda: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). Dice también: “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (v. 25). Como cristianos, a lo largo de toda nuestra vida hemos escuchado la expresión: “Andar en el Espíritu.”

Muchos creyentes me dicen que andan en el Espíritu; pero no saben decirme qué significa eso en realidad. Así que permítame preguntarle: ¿Anda y vive *usted* en el Espíritu? ¿Qué significa eso para usted?

Dudo de que haya muchos de nosotros que tengamos siquiera la más leve noción de lo que significa ese andar en el Espíritu. Para muchos cristianos — incluso ministros — sigue siendo un concepto vago. Pero Pablo deja claro lo importante que es vivir y andar en el Espíritu.

Creo que “andar en el Espíritu” se puede definir en una sola oración: significa *permitirle al Espíritu Santo hacer en nosotros lo que Dios le mandó a hacer.* Creo que uno no puede permitirle al Espíritu Santo hacer esa obra hasta que uno comprenda por qué lo envió Dios.

Dice Jesús refiriéndose al Padre:

> Os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.
>
> Juan 14:16-17

El Espíritu Santo ha sido enviado a nosotros por el Padre para lograr un propósito eterno, y solamente uno. A menos que comprendamos su misión y su obra en nosotros, cometeremos uno de dos errores. En primer lugar, nos contentaremos con sólo una pequeña porción de su obra — por ejemplo, algunos de los dones espirituales —, pensando erróneamente que ese es el objetivo completo del Espíritu y perdiéndonos la grandiosa obra de su propósito eterno en nuestra vida. O, en segundo lugar, apagaremos el Espíritu dentro de nosotros y haremos caso omiso de El por completo, creyendo que El es misterioso y que por lo tanto su presencia es algo que debemos tomar por fe y no comprender jamás.

La triste verdad es que la Iglesia suele ser culpable de *esos dos* gravísimos errores. Pensamos: “Debo estar andando en el Espíritu, porque sus dones actúan en mí.” Pero podemos actuar con los dones sin andar en el Espíritu. Pablo dice que podemos profetizar, sanar y hablar en lenguas; pero que si no tenemos amor, no somos nada: no estamos actuando en el Espíritu.

En la actualidad hay muchos cristianos que están convencidos de que andan en el Espíritu simplemente porque oran en lenguas. Su razonamiento es: “¿Cómo podría orar en lenguas y no estar andando en el Espíritu?” Pero orar en lenguas no equivale necesariamente a orar en el Espíritu. Muchos que desean orar en el Espíritu se ponen inmediatamente a orar en lenguas, mientras que su mente está por completo en otro lado. La Biblia dice que si uno habla en lenguas, su entendimiento queda sin fruto. El Señor desea que hablemos en lenguas y *también* que oremos con el entendimiento. El orar en el Espíritu puede incluir el orar en lenguas, pero

es muchísimo más que eso.

Muchos creyentes se han quedado atrofiados en su crecimiento espiritual porque se concentraron sólo en uno o dos dones específicos del Espíritu, y no fueron más allá. Quién sabe por qué, están convencidos de que la única obra del Espíritu Santo consiste en distribuir dones.

Y muchísimos otros cristianos experimentan el segundo error: dentro de ellos el Espíritu Santo está apagado; casi nunca se le reconoce; rara vez se le consulta, y no logra realizar en ellos lo que Dios lo envió a que hiciera.

Nosotros reconocemos la obra de Jesucristo en la cruz, creemos que El habita en nosotros y conocemos su presencia. Pero no reconocemos la obra ni el ministerio del Espíritu Santo dentro de nosotros. ¿Se pregunta usted lo que eso significa? Simplemente esto: ¿Le habla usted al Espíritu Santo como le habla a Cristo? ¿Lo reconoce cada día?

Admito que esto ha sido un problema para mí. Pero recientemente tuve una experiencia en la cual el Espíritu Santo me habló en mi aposento de oración. Me dijo: *David, reconóceme. No me mantengas en un rincón oscuro de tu mente y tu corazón. Reconoce que me estoy manifestando a ti ahora mismo.*

Debe llegar un momento en que usted piense seriamente por qué le fue dado el Espíritu Santo. Usted debe ser capaz de decir: “Espíritu Santo, la Biblia dice que tú me fuiste enviado como don del Padre celestial. La Palabra dice que tú vives en mí. Dime, ¿por qué has venido? ¿Cuál es tu propósito eterno? ¿Qué estás tratando de realizar en mí?”

Su propósito eterno

El propósito eterno del Espíritu Santo en nosotros es llevarnos a Jesucristo, como su eterna e inmaculada esposa.

El Espíritu Santo ha venido a habitar en usted y en mí para sellarnos, santificarnos, prepararnos y darnos poder … todo lo que necesitamos para nuestra condición de esposa de Cristo. ¡El ha sido enviado a nuestro mundo para preparar a la esposa para las bodas!

En Génesis 24 encontramos una prefiguración veterotestamentaria de esa relación entre los creyentes y el Espíritu Santo. Abraham envió a su siervo de más edad, Eliezer, para que buscara una esposa para su hijo Isaac. El nombre Eliezer significa “ayudador poderoso o divino”; es un tipo del Espíritu Santo. Del mismo modo que ese poderoso ayudador regresó con Rebeca para presentarla como esposa a Isaac, así también el Espíritu Santo no se quedará sin llevar una esposa para nuestro Señor Jesucristo.

Dios escogió a Rebeca como esposa para Isaac, y el Señor condujo a Eliezer directamente hacia ella. La misión y propósito del criado se concentró en una sola cosa: llevar a Rebeca donde Isaac; lograr que ella dejara todo lo que tenía, se enamorara de Isaac y se desposara con él. Así lo reconoció la familia de Rebeca; le dijeron a Eliezer: “Vemos que esto viene del Señor. Llévatela y vete; que sea la esposa del hijo de tu amo” (véase Génesis 24:50-51).

Lo mismo ocurre con usted y conmigo. Dios nos eligió. Nuestra salvación — nuestra elección en Cristo — fue realizada por el Señor. Él envió al Espíritu Santo para que nos llevara hacia Cristo; y si confiamos en Él, el Espíritu nos llevará a casa a salvo, como la esposa eterna de Cristo.

No piense ni por un momento que usted eligió primero a Cristo. Usted era un extranjero, un forastero: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16). “Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (v. 19). “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4). “Debemos dar siempre gracias … de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Tesalonicenses 2:13).

Moisés le dijo al pueblo de Israel que ellos eran un pueblo especial, escogido: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra” (Deuteronomio 7:6). ¡Ay, cuánto amaban los israelitas ese mensaje! Atesoraban el hecho de ser elegidos, de ser especiales a los ojos de Dios.

Pero el problema de Israel fue que quisieron disfrutar de los beneficios de su elección *sin asumir la obligación y la disciplina de hacerse dignos de su Amo.*

Observemos, Eliezer le había dicho a Rebeca: “Tú has sido elegida. Ahora te bendeciré con muchas bendiciones.” Y Rebeca se puso los brazaletes y aretes de oro, las piedras preciosas, la plata y las ropas finas que Eliezer había traído para ella. Entonces Eliezer dijo: “Vamos, ven conmigo.”

Supongamos que Rebeca hubiera contestado: “Gracias por elegirme, y por todas estas bendiciones. Pero por ahora no puedo irme; estoy disfrutando demasiado de mi situación actual.”

Yo pregunto: ¿no es así como respondemos hoy? Tomamos todas las bendiciones — todo

el oro y la plata — y aceptamos la condición de ser elegidos. Pero viene el momento cuando debemos levantarnos y ponernos en camino. Tenemos que irnos con nuestro Eliezer, el Espíritu Santo. Él nos dice: “Yo tengo un propósito divino. Vine con una misión de parte de Dios, ¡y la voy a cumplir!” Así como Eliezer regresó a casa trayendo una esposa para Isaac, también el Espíritu Santo no regresará con las manos vacías. La nación de Israel jamás se levantó para seguir el impulso del Señor que la llevaría a la Tierra Prometida. Los israelitas nunca se decidieron a seguir al Espíritu Santo al costo que fuera. Permanecieron en su terca rebeldía, en sus recaídas en el pecado, en la prostitución espiritual y la idolatría. Habían sido escogidos, pero no purificados. Eran especiales, pero nunca se prepararon para Dios. Y cuando fue la hora de entrar en Canaán, no estaban listos. Más bien fueron desechados, por no haber aprendido nada en el desierto. Estaban tan descarriados como lo habían estado al principio. ¡Qué tragedia! Todo ese tiempo viviendo sólo para sí mismos …

Esa es una verdadera descripción del cristianismo de nuestra época. Nos jactamos de haber sido escogidos y llamados por Dios, pero no queremos la disciplina del Espíritu Santo que nos prepare para la santidad de nuestra condición de esposa de Cristo. Tomamos todas sus bendiciones, su oro, su plata y su gran provisión. Pero cuando el Espíritu Santo dice: “Levantémonos y vamonos, es hora de prepararse como esposa para el Amo”, entonces las cosas cambian.

Si usted me dice que es salvo, que ha sido elegido en Cristo y que lo ama, tendría que preguntarle: “¿Tiene usted un ‘corazón de Rebeca’? ¿Es Cristo el Amante de su alma? ¿Su amor por Cristo va creciendo y le está consumiendo el corazón? ¿Tiene más hambre que nunca de agradarle, de seguirlo adondequiera que Él lo conduzca?” A Rebeca se le preguntó: “¿Irás tú con este varón?” Y ella respondió: “Sí, iré” (Génesis 24:58).

Su misión

Todo lo que el Espíritu Santo hace en nosotros está relacionado con su misión.

El Espíritu Santo no realiza su obra en nosotros en una forma desarticulada o al azar. Él no existe sólo para ayudarnos a hacerle frente a la vida, para sacarnos de las crisis y para cuidarnos en noches de soledad. No está presente en nosotros únicamente para recogernos e infundirnos un poquito más de fuerza antes de volver a colocarnos en la carrera.

Todo lo que el Espíritu Santo hace está relacionado con su razón de haber venido, que es llevarnos a casa como una esposa preparada. El sólo actúa en consonancia con esa misión. Sí, es nuestro Guía, nuestro Consolador, nuestra Fuerza en tiempos de necesidad. Pero El se sirve de cada acto liberador — cada toque, cada manifestación suya en nosotros — para hacernos más adecuados como esposa.

Tampoco está aquí el Espíritu Santo solamente para darles dones a los creyentes. Todo don suyo tiene un propósito específico. Si usted profetiza, esa profecía tiene un solo propósito: glorificar a Cristo y hacer que el mundo y su iglesia se enamoren de El. Cada vez que alguien es sanado, el Espíritu Santo está diciendo: “Miren bien. ¡Ese es Cristo! ¿No es maravilloso? El *hace realidad* la sanidad. ¡Ustedes están viendo la manifestación de quién es El!”

En efecto, esos dones son nuestro Eliezer que dice: “¿Aman a Jesús? ¡Miren lo que ha hecho por ustedes!” Todo lo que hace el Espíritu Santo señala hacia Cristo, porque el Espíritu “no hablará por su propia cuenta” (Juan 16:13). “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre … *él dará testimonio acerca de mí”* (Juan 15:26).

El Espíritu Santo tiene solamente un mensaje; todo lo que El enseña conduce hacia una sola verdad central. El puede brillar en nosotros como una gema de múltiple esplendor, pero cada rayo de la verdad trata de acercarnos a una única verdad, que es esta: “Tú no te perteneces; has sido comprado por precio. Has sido elegido para desposarte con Cristo. Y yo, el Espíritu de Dios, he sido enviado para revelarte la verdad que te hará libre de todo otro amor. Mi verdad romperá toda cadena del pecado y resolverá toda incredulidad. Porque no eres de este mundo; estás caminado hacia un glorioso encuentro con tu Desposado, estás siendo preparado para su banquete de bodas. Ya todo está listo, ¡y te estoy preparando a ti! Quiero presentarte sin mancha, llevando en tu corazón un amor apasionado por Él.”

Esa es la obra del Espíritu Santo: manifestar a Cristo a la Iglesia para que nos enamoremos de Él. ¡Y, mejor aún, ese amor nos guardará! Dice la Biblia que si caminamos en ese espíritu, no satisfaremos las concupiscencias de la carne. ¿Por qué? Porque el Espíritu está volviendo nuestro corazón hacia Cristo. Él viene a manifestarnos a Jesús, a mostrarnos la belleza de su santidad.

Hablamos mucho de ser guiados por el Espíritu Santo. Clamamos: “Condúceme, Señor. Muéstrame por dónde ir.” Pero no siempre accedemos a la guía que Él nos da. Más bien pasamos nuestro tiempo tratando de decidir: “¿Escuché la voz correcta? ¿O la pasé por alto? ¿Fue sólo mi carne? ¿Por qué no funcionó como pensé que debía?” Nos preocupamos tanto por “hacer lo correcto” que terminamos por no confiar en el Espíritu Santo en absoluto. No creemos que Él mora en nosotros, que Él tenga un propósito eterno, que con sólo disponernos a obedecerle, *El nos guiará hacia el plan de Dios.*

Le pregunto: ¿Por qué se dan las manifestaciones y dones del Espíritu? Pablo dice que es para nuestro provecho: “A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho” (1

Corintios 12:7). El don de sabiduría no tiene nada que ver con la sabiduría de este mundo. Más bien es sabiduría en las cosas de Cristo. La fe, la sanidad, los milagros, la profecía, el discernimiento de espíritus, las lenguas, las interpretaciones … ¿Cuál es el provecho de todos estos dones? Es el llevarnos a Cristo como una esposa.

Todo lo que hace el Espíritu Santo apunta hacia esa dirección. Aunque podamos olvidarlo, el Espíritu nunca lo olvida. Ninguno de esos dones tienen sentido si se les separa del propósito eterno del Espíritu Santo. Más bien se convierten sólo en "címbalo que retiñe". Las operaciones de los dones espirituales sólo tienen sentido en la medida en que nos conforman a la semejanza de Jesucristo.

¿Alguna vez ha asistido a un culto de milagros o de sanidades? ¿Se sintió humillado por lo que vio? ¿Sirvió eso para mostrarle la "tremenda maldad del pecado"? ¿Inundó su alma con amor hacia Cristo? ¿Le hizo anhelar el retorno de Cristo? Si no, entonces el Espíritu Santo no estaba presente, porque ésa es la obra que Él hace. Su propósito es acercar más a la esposa al Esposo. Si eso no pasó, entonces lo que vio era de la carne. El Espíritu Santo no viene para presentarnos un espectáculo, para producir señales y prodigios simplemente para que nos entusiasmemos o nos sintamos bien. No; cada una de sus acciones tiene este propósito divino: "Estoy preparando a la esposa."

La obra, ministerio y misión del Espíritu Santo es singular: *Consiste en apartarnos de este mundo … en crear en nosotros un anhelo por la pronta aparición de Jesús … en convencernos de todo lo que pudiera contaminarnos … en alejar nuestros ojos de todo excepto de Cristo … en adornarnos con los ornamentos de un deseo apasionado por estar con Cristo como su esposa.*

¡Cómo debe sufrir el Espíritu Santo al contemplar que hay pastores y evangelistas que convierten el ministerio del Espíritu en un circo! El Espíritu no puede soportar las manipulaciones y el espectáculo carnal que se hacen en su nombre. Recientemente me he enterado de trucos fenomenales que se han usado para tratar de fabricar una sensación de la presencia del Espíritu. ¡Qué doloroso debe resultar eso para el corazón de Dios! Más aún, es una blasfemia contra el Espíritu de Dios.

Si el Espíritu Santo está en acción en una iglesia, entonces cada canto, cada palabra de alabanza, cada nota de cada instrumento recibe la unción del Espíritu para exaltar a Cristo. El Espíritu está haciendo lo que está llamado a hacer: presentarnos a nuestro Esposo en toda su gloria y majestad. En toda curación, profecía y manifestación de la gloria de Dios en su casa el Espíritu Santo está en acción, diciéndonos: "Este es el amor de su Desposado; así es El. ¿No es maravilloso? ¿No es amable, gentil, considerado, misericordioso? ¡Y sólo están viendo un *vislumbre* de Aquel hacia quien los conduzco!"

Ahora permítaseme mostrar una de las más gloriosas obras del Espíritu Santo.

Su obra

El Espíritu Santo ha sido enviado para que podamos saborear por anticipado a Cristo.

Ese gustar o captar por anticipado la Biblia lo llama *arras:* “las arras de nuestra herencia” (Efesios 1:14). Significa tener un gusto del todo antes de tener el todo como tal. Nuestra herencia es Cristo mismo; y el Espíritu Santo nos lleva a su misma presencia para que saboreemos lo que será ser recibido por El como su esposa para gozar de eterno amor y comunión con Él.

Pablo describe a un pueblo de Dios con sus miembros “sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13). Esto nos habla de un pueblo especialmente marcado por obra del Espíritu. El Espíritu Santo ha producido en ellos una marca distintiva, una obra interior gloriosa, algo sobrenatural que los ha transformado para siempre. Ya no son creyentes cualesquiera. Ya no son “de este mundo”; han puesto sus afectos en las cosas de arriba, no en las cosas de esta tierra. Los sucesos del mundo no los conmueven; son inconmovibles. Ya no son tibios ni mediocres. Más bien, sus corazones claman día y noche: “Ven pronto, Señor Jesús …”

¿Qué les ocurrió que hizo posible ese cambio? ¿Qué hizo el Espíritu Santo en esos creyentes? ¿Qué fue lo que los marcó y los selló para siempre como propiedad del Señor? Sólo esto: *¡El Espíritu Santo les hizo saborear por adelantado la gloria de su presencia! Vino a ellos, les abrió el cielo, y experimentaron una manifestación sobrenatural de su formidable grandeza.*

Por eso resulta tan necesario que la casa de Dios sea santa: que nuestro corazón y nuestras manos estén limpias, que no tengamos en nosotros nada que obstaculice la acción del Espíritu. Por eso el Espíritu de Dios se deleita en quitar el velo y hacernos saborerar algo de lo que ha de venir.

Actualmente el Espíritu Santo les está abriendo los ojos a sus elegidos; está “alumbrando los ojos de [nuestro] entendimiento” (Efesios 1:18). El Espíritu Santo llega a una iglesia que lo anhela y que está orando … a pastores que están quebrantados en la presencia de Dios … a creyentes que no tienen otro interés sino ver el cuerpo de Cristo conformado a la imagen del cielo. ¡Y a esas personas Dios, ahora mismo, las está sellando! Uno puede asistir a reuniones en las que Cristo es tan real que uno prueba un poquito del cielo en su alma. Uno sale de allí con tal sensación de la *realidad eterna* que los problemas ya no le molestan, la crisis económica ya no lo estremece y, especialmente, ya no le tiene miedo al diablo. Dios le pone en el alma un fuego santo, y uno dice: “Esto es sobrenatural. Este no soy yo; ¡es el Espíritu de Dios actuando *en* mí!”

El nos da “un cielo pequeñito” con el cual llegar al cielo; un estímulo a nuestros apetitos. Abre las ventanas del cielo y nos permite asomarnos a la gloria que será nuestra. Obtenemos una prueba de su santidad, su paz, su reposo, su amor; y quedamos para siempre desilusionados de esta tierra, porque ansiamos la plenitud de lo que ya hemos gustado.

Su misión consumada

La misión del Espíritu no queda consumada hasta que El produce en nosotros un anhelo apasionado y siempre creciente por Cristo.

¿Qué clase de esposa cree que el Espíritu le presentará a Jesucristo en aquel día que nos describe el Apocalipsis? ¿Una esposa que se entrega a medias? ¿Una cuyo amor es tibio, o frío? ¿Una que no está consagrada a Cristo, que no quiere la intimidad con Él?

Si uno ama verdaderamente a Cristo, Él no estará nunca fuera de la mente de uno. Estará presente en todo momento. Hay cristianos que piensan: "Eso sucederá después que me muera. Cuando llegue al cielo, todo cambiará. Será en ese momento que me convierta en la esposa especial del Señor." Pero no: ¡la muerte no santifica a nadie! El Espíritu Santo está aquí hoy; está vivo y actuando para producir en usted un amor apasionado por Cristo, ahora, *antes* de la muerte.

En Romanos 8:26 se nos describe una de las obras más poderosas del Espíritu Santo en el corazón del creyente: "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles." ¿Qué son esos gemidos del Espíritu Santo en lo hondo de nuestro corazón? ¿Qué es esa emoción tan profunda que no hay palabras para expresarla?

La palabra hebrea que se emplea para *gemido* significa "añoranza"; un anhelo de tener más de Cristo. Uno puede añorar tanto a Él, que se sienta en su presencia y no le sale nada más que un profundo gemido, algo que no puede articular con palabras. Con ese gemido dice: "Jesucristo, tú eres la única felicidad que hay en este mundo. He gustado y visto que tú eres bueno; y quiero *todo* de ti."

Ese es el profundo clamor interior de quien tiene hambre de santidad y que se angustia por sus propias iniquidades. Pero logra admitir: "No sé cómo orar. No sé qué pedir o cómo pedirlo." El clamor de su corazón es: "¡Ven, Espíritu Santo! Tú conoces la mente de Dios. Tú sabes cómo orar conforme a la voluntad del Padre. Camina conmigo; ¡toma el mando!"

Lo distintivo del que anda en el Espíritu es que tiene un apetito insaciable de Cristo. No es simplemente porque esté asqueado de toda la basura que ve en el mundo: toda la obscenidad, la delincuencia, las drogas y el desempleo. No; más bien es algo muy positivo. Como Pablo, sólo ansia partir y estar con el Señor. El Espíritu lo está moviendo a buscar a Cristo con tal pasión y emoción, que queda sobrecogido. Su corazón anhela a Cristo de tal manera que no hay palabras que puedan expresar su hambre y su amor. Es una experiencia maravillosa, poderosa; ¡pero también es dolorosa, porque la persona no puede todavía entrar a la plenitud que le aguarda!

Es triste que hoy día pocos son los que tienen ese anhelo de Cristo. Hay poca hambre o sed, y muy poca pasión. Cada domingo las iglesias están abarrotadas de cristianos *que nunca cuestionan o examinan su amor por Cristo.*

Pero el Espíritu Santo ha encontrado a su pueblo. Está compuesto por personas que le permiten al Espíritu tomar el mando. Están comenzando a darle campo de acción; y cuanto más lo hacen, más brota el gemido interior del Espíritu. Le pregunto: ¿Qué ha sucedido en su vida desde que se convirtió? ¿Está simplemente cumpliendo con los ritos? ¿Está tibio? ¿Le da miedo "arder" por el Señor porque cree que lo van a considerar fanático?

Pídale al Espíritu Santo que le revele a Cristo de tal modo en su corazón, que quede apartado por completo de este mundo. Eso fue lo que le ocurrió a Abraham. El dijo: “Aquí sólo estoy de paso.” Andaba en busca de una ciudad cuyo arquitecto y constructor era Dios. Tenía una visión, y tenía la vista puesta en la eternidad.

¿Puede decir ahora mismo que está listo para ir con Cristo, que lo quiere a Él más que a su vida misma? Tal vez diga eso con frecuencia; pero ¿está hablando en serio cuando canta “Él es más que la vida para mí”? ¿Está más apasionadamente enamorado de Cristo que cuando se encontró con Él por primera vez?

En este mismo momento, es posible que el Espíritu Santo esté atizando las vacilantes ascuas de su amor. Él desea encender su corazón en llamas de amor por el Esposo. ¿Le está permitiendo al Espíritu de Dios convencerle de su pecado y su falta de fe? ¡Si es así, regocíjese! Él quiere que sea purificado de toda mancha o arruga en aquel día en que llegue al encuentro del Esposo. Ríndase al impulso del Espíritu. Déjelo realizar su obra en usted a cabalidad; y entonces sabrá de verdad lo que significa andar en el Espíritu.

10
Manifestando la presencia de Cristo

Si le pregunta a cualquier cristiano si ama a Cristo, lo más probable es que la respuesta sea: “¡Sí, por supuesto!” ¿Qué creyente respondería de otro modo?

Pero ante la santa luz de la Palabra de Dios no bastan las palabras. Jesús dijo que hay dos evidencias que revelan el amor que uno tiene por El. Y si esas dos no están definidas con claridad en su vida, entonces su amor por Cristo es sólo de palabra, no de hechos y en verdad. Esas dos evidencias son: (1) Su obediencia a todos los mandatos de Cristo; y (2) la manifestación de la presencia de Cristo en su vida.

Este versículo lo dice todo: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama … y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21). Sabemos lo que significa guardar los mandamientos de Cristo. Pero ¿qué significa eso de que Él se “manifestará” a nosotros?

Manifestarse significa mostrarse; en otras palabras, hemos de convertirnos en un instrumento o canal que irradie la presencia de Cristo. La iglesia acostumbra a orar así: “Oh Señor, mándanos tu presencia. Ven en medio nuestro, derrámate sobre nosotros, muévete sobre nosotros, revélatenos.” Pero la presencia de Dios no es simplemente algo que “baja”. No es algo que cae de repente y que sorprende a la congregación o la abruma. Parece que tenemos el concepto de que la presencia de Cristo es como un humo invisible que Dios rocía en la atmósfera, como la nube de gloria del Antiguo Testamento que llenaba de tal modo el templo que los sacerdotes no podían mantenerse de pie para oficiar.

Con demasiada facilidad olvidamos que ahora nuestro cuerpo es el templo del Señor: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros?” (1 Corintios 6:19). Y si su gloria viene, debe aparecer en nuestro corazón y llenar nuestro cuerpo. Cristo no habita en edificios o en un determinado medio; en realidad, ni siquiera los cielos pueden contenerlo. Más bien se manifiesta por medio de nuestro cuerpo obediente y santificado, que es templo suyo: “Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo” (2 Corintios 6:16).

Pero ¿por qué en medio de nuestras iglesias hay tan poca o ninguna presencia de Cristo? ¿Por qué tantas congregaciones están muertas? ¡Porque el pastor o las personas — o el pastor y las personas a la vez — están espiritualmente muertos! Para experimentar la presencia de Cristo en una iglesia no es tanto un asunto comunitario como individual. Cierto es que un pastor sin oración, sin vida espiritual, puede difundir la muerte por toda la congregación. Pero cada miembro es un templo y es personalmente responsable de obedecer a Dios y de estar a su disposición como instrumento de su presencia. Su iglesia podrá estar muerta, y aun así usted puede estar lleno de la presencia de Cristo.

Hace unos años cuatro muchachos adolescentes me dijeron: — Usted predicó en nuestra iglesia el año pasado, y estaba muerta. Entonces comenzamos una reunión de oración sólo para nosotros. Queríamos ponernos en una relación correcta con Dios, arrepentimos y ser antorchas encendidas por Cristo. Nuestro grupo creció hasta tener diez miembros, y guiábamos a otros muchachos a encontrar a Cristo. Ahora estamos invitando a los diáconos y a los pastores para que vengan a orar con nosotros. En realidad tenemos una iglesia transformada. ¡Ahora el Señor está allí!

Un verdadero avivamiento, a mi modo de ver, es una restauración de este tipo de intenso amor por Cristo. Ese amor se distingue por un nuevo deseo de obedecer toda palabra suya, una actitud del corazón que dice: “Lo que El diga, yo lo haré.” En efecto, un avivamiento es un regreso al amor obediente por parte de un pueblo cuyos miembros individualmente han confesado y abandonado todo pecado, y sólo desean convertirse en canales de la presencia de Cristo. El verdadero avivamiento se encarna en personas así. Ellas llevan consigo la gloria y la presencia de Cristo, porque la vida de El fluye a través de ellos en todo momento.

Hay pastores de iglesias grandes que me han dicho: “Usted debe venir y ver lo que Dios está haciendo. Miles de personas están llegando; ya no cabemos. ¡Nuestro culto es realmente algo que hay que ver!” He llegado a algunas de esas iglesias con grandes expectativas, pero rara vez he percibido o experimentado la verdadera presencia de Cristo en sus asambleas masivas. Esas congregaciones no mostraban verdadero arrepentimiento. Y creo que si un profeta se hubiera levantado y hubiera denunciado el divorcio, el adulterio, la fornicación y el uso de música maligna que hay en esas iglesias, la mitad de la congregación se habría ido.

Salí de esos cultos sabiendo en mi corazón que Cristo no estaba entre esas personas. Resultaba claro que no vivían en obediencia a El, de modo que en realidad no podían estar amándolo. Cristo *no* se manifestará a quienes dicen que tienen amor por El, pero no le obedecen. Dondequiera que uno encuentre la presencia de Cristo, siempre hallará por lo menos cinco claras manifestaciones entre su pueblo:

1. El pueblo de Dios manifiesta una profunda e impactante convicción de pecado.

Dondequiera que haya vasos santos que encarnan la presencia viva de Cristo con corazón obediente, la persona que alberga pecado en su vida hará una de dos cosas: ¡o caerá de rodillas para confesarlo, o saldrá corriendo para esconderse! Está llegando el día en que Cristo se manifestará en plenitud a la humanidad malvada. Cuando eso suceda, como lo predice el libro del Apocalipsis, las personas tratarán desesperadamente de esconderse de su presencia tremenda: “Se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono” (Apocalipsis 6:15-16).

Durante un culto de un martes por la noche en la *Iglesia Times Square*, me sentí sobrecogido cuando la presencia de Cristo se hizo real por medio de los piadosos adoradores que estaban esperando en Él. Las personas empezaron a acercarse al altar, algunas de ellas llorando. El temor del Señor inspiraba reverencia. Me sentí como Isaías cuando dijo: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque [soy] hombre inmundo de labios, y [habito] en medio de pueblo que tiene labios inmundos” (Isaías 6:5). En nuestra iglesia frecuentemente predicamos contra el pecado, y muchos pueden decir: “He sacado todo lo que el Espíritu ha expuesto en mí que no es como Cristo.” Pero escuchar sermones convincentes no va a provocar por sí ese odio por el pecado que tantas personas necesitan en nuestros días. Se necesitan manifestaciones profundas y penetrantes de la santa presencia de Dios. Es cuando estamos en su santa presencia que aprendemos a aborrecer el pecado y a andar en el temor de Dios.

Oigo a cristianos que se jactan así: “En aquel día del juicio, yo no tendré que caer postrado. Me mantendré en pie con confianza, con todo y mis defectos, porque yo estoy confiando en su salvación y no en mis obras.” Es cierto que no nos salvamos por las obras. Pero si no obedecemos los mandamientos de Cristo será porque nunca lo hemos amado en realidad, y entonces Él no se ha manifestado a nosotros (Juan 14:21).

El apóstol Juan, nuestro “hermano y copartícipe en la tribulación” (Apocalipsis 1:9), aquel que una vez se recostó sobre el pecho de Jesús, vio a Cristo en su gloriosa santidad. Juan testifica:

Y me volví … y … vi … a uno semejante al Hijo del Hombre … sus ojos [eran] como llama de fuego … y su voz como estruendo de muchas aguas … Y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas.

Apocalipsis 1:12-17

Usted podrá ser como era Juan, un hermano o hermana de mucha rectitud en el Señor, un siervo que ha soportado muchas tribulaciones. Pero ¿podrá alguno de nosotros mantenerse de pie delante de la presencia que brilla como el sol en toda su fuerza? Así como ahora no podemos ver el sol sin anteojos oscuros, tampoco podremos mirar directamente esa santidad. En ese día será necesario que El nos capacite, que nos toque y nos infunda confianza para que no temamos. El “es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24).

2. El pueblo de Dios manifiesta el poder para destruir el pecado.

Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen. Como es lanzado el humo, los lanzarás; como se derrite la cera delante del fuego, así perecerán los impíos delante de Dios.

Salmo 68:1-2

Ese pasaje es una descripción de lo que debería pasar cuando usted está a solas con Dios en su aposento de oración. La presencia sobrecogedora y manifiesta de El es como un huracán que se lleva la suciedad y el humo de la lujuria. Como un ardiente fuego, derrite toda dureza. La maldad desaparece en la presencia de Dios.

"Los montes se derritieron como cera delante de Jehová" (Salmo 97:5). En ese salmo los montes representan los bastiones satánicos y las montañas de terquedad, todas se derriten ante los que están a solas con Dios. Podemos orar hasta agotarnos: "¡Oh Dios, manda a todas nuestras iglesias tu poder que saca a la luz el pecado y lo destruye!" Pero no servirá de nada hasta que el Espíritu levante en esas iglesias un remanente santo y de oración, que con corazones puros atraigan la presencia de Dios hacia el santuario. Usted no experimentará la presencia real de Cristo hasta que tenga dentro de sí un creciente aborrecimiento por el pecado, una profunda convicción de sus propias faltas, y una sensación cada vez más honda de la tremenda maldad del pecado. Los que no tienen la presencia de Cristo estarán cada vez menos convencidos de pecado. Y cuanto más se alejen de su presencia, se volverán más descarados, más arrogantes y más cómodos en la componenda con el mal.

Aun así, no basta con que comamos y bebamos en presencia de Dios. También debemos ser transformados y purificados por estar con El.

Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad.

Lucas 13:26-27

Los que confiesen que han comido y bebido en presencia de Cristo, en realidad dirán: "Estuvimos en tu presencia, escuchamos tus enseñanzas." Por tanto, serán juzgados por sus propias palabras. Admitirán que estuvieron sentados en su presencia, pero no fueron transformados. Permanecieron ciegos a su propia condición de pecado, endurecidos y sin ser influidos por la presencia de Cristo. Jesús les responderá: "¡No los conozco; aléjense de mí!"

¡Qué peligroso es estar sentado entre los santos de Dios que irradian su gloria y su presencia, a quienes Cristo se les revela con tanto poder, y no ser transformado! ¡Qué fatal es no ver la fealdad del pecado, la enfermedad del corazón! ¿Se atreverá a decirle al Señor: "Yo asistía a una iglesia donde tu presencia era verdadera; estuve sentado ante tu santa presencia"? Eso podrá ser el sello de su propia destrucción. Más le valdría nunca haber conocido la presencia de Dios.

3. El pueblo de Dios manifiesta un espíritu de santidad.

"[Jesús] fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad" (Romanos 1:4).

La verdadera santidad tiene un espíritu que actúa respaldándola. Dondequiera que encuentre la presencia de Cristo operando en su pueblo, descubrirá en los cristianos mucho más que obediencia, separación del mundo y abstención de las cosas impías. Encontrará un *espíritu* de obediencia.

Para esas personas, la obediencia ya no es cuestión de hacer lo correcto y evitar lo incorrecto. El creyente que se deleita en complacer al Señor tiene un espíritu que descansa sobre El y que automáticamente lo atrae hacia la luz.

Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.

Juan 3:20-21

Los que albergan pecados ocultos poseen un espíritu descarriado. Se trata de un espíritu furtivo, que aborrece la reprensión y busca encubrir la corrupción secreta.

Una persona santa no teme a la luz de la presencia de Dios. Más bien *invita* a esa luz deslumbrante, porque lleva dentro un espíritu de santidad que clama: "¡Quiero que todo lo que está oculto salga a la luz! Quiero ser tan parecido a Cristo como es posible para un ser humano en esta tierra." Este siervo corre hacia la luz, y cuando se entrega, la luz de la presencia de Cristo se convierte para él en pura gloria.

Cuando la presencia de Jesús se manifiesta, saca a la superficie todos los secretos y expone todas las cosas ocultas. El pueblo de Dios abandona toda oscuridad y se convierte en libros abiertos, que pueden ser "leíd[o]s por todos los hombres" (2 Corintios 3:2). Escuchemos el modo de hablar del espíritu de santidad: "Guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él" (1 Juan 3:22). En el texto griego el sentido de esas palabras es muy intenso: "Guardamos sus mandamientos, aferrándonos a ellos con *gran fervor*, porque sabemos que eso le agrada."

Es así como creo que actúa este espíritu de santidad en una iglesia en la cual se manifiesta la presencia de Cristo:

Ante todo, los hermanos llegan a la iglesia en victoria, con sonrisas de vencedores. Su testimonio es: "¡Me estoy transformando! El Señor está poniéndome en el corazón un deseo de obedecerle y de andar sin mancha ante su presencia." Cuando uno presencia eso, su espíritu se regocija y dice por dentro: "¡Gracias a Dios que estos siervos suyos lo están complaciendo! Mis hermanos están haciendo que los cielos se gocen." El entusiasmo va *más allá* de la libertad que actualmente disfrutamos, y *más allá* del haber sido rescatados del poder del diablo. Brota del hecho de que, más que ninguna otra cosa, *la iglesia se está convirtiendo en un cuerpo que está aprendiendo cómo agradar a Dios.* No obedece por deber o por temor, sino porque dentro de los creyentes habita un espíritu de obediencia. Se deleitan en el gozo de Cristo, regocijándose en que el corazón de Él se regocije. Esa es la verdadera santidad.

4. El pueblo de Dios manifiesta que comparte la carga del Señor.

Cada verdadera carga que el Señor me ha puesto para soportar, la he llevado gracias a un encuentro profundo y transformador en la presencia de Cristo. Hace casi treinta y cinco años el Espíritu de Dios vino sobre mí en un espíritu de lágrimas. Vendí mi televisor, que dominaba mi tiempo libre, y durante un año me encerré con el Señor en oración. Pasé meses orando en mi estudio y en el bosque, y mientras estaba en su presencia Él me abrió su corazón y me mostró todo un mundo que sufría. De allí vino el mandato: *Ve a Nueva York.* Obedecí, y mientras caminaba por esas calles Él me habló de su carga por las pandillas, los adictos y los alcohólicos.

Hace varios años Dios me llamó a una vida en una comunión mucho más profunda. Pasé meses a solas con Cristo, siendo purificado, deponiendo toda ambición, buscando sólo agradarle. Luego vino su mandato: *Regresa a Nueva York.* Ahora nuestro ministerio se mueve sólo mediante la oración y el permanecer en la presencia de Dios. La carga que tenemos debe ser *su* carga, o todo será en vano.

Cuando era niño eran populares los campamentos. En esa época no habían terrenos dedicados a campamentos cristianos ni a retiros; todo lo que las iglesias podían costear eran carpas y pequeñas cabanas. En años después Gwen y yo íbamos a un sitio llamado “Campamento Agua Viva” en Cherry Tree, Pensilvania. Las personas llegaban a ese lugar llenas de la presencia de Dios. No teníamos televisores, y nadie se atrevía siquiera a pensar en ir al teatro. ¡Cristo era todo para nosotros!

Las reuniones duraban hasta tarde en la noche. Fue precisamente en una reunión así que, cuando tenía ocho años, Cristo se manifestó tan poderosamente que todos corrimos hacia el altar. Me acuerdo de haberme arrodillado sobre la paja, y mientras estaba en la presencia de Dios, Él llegó a mi vida. Me habló, diciendo: *¡Entrégame tu vida!* Ahí me quedé tendido durante horas, llorando y temblando en aquel altar de un campamento. Cuando me puse de pie, Dios tenía su mano puesta sobre mi vida y su carga estaba en mi alma. Dudo que hoy día estuviera ministrando a no ser por los santos que llegaban a esos campamentos tan llenos de Cristo. Ellos manifestaban su gloria.

Nadie compartió la carga del Señor tan profundamente como el apóstol Pablo. Cristo puso sobre los hombros de Pablo el yugo de su propio corazón. Pero ¿cómo recibió él esa carga? Por un encuentro con el sol radiante de la presencia de Cristo: “Repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz …” (Hechos 9:3-4). Era la presencia misma de Jesús, y el ministerio de Pablo brotó de ese encuentro. Fijémonos en que el mandato “Levántate y entra” (v. 6) vino a continuación. Cuando uno tiene la presencia verdadera y viviente de Cristo, no necesita de comités, estrategias ni talleres de capacitación para recibir dirección. El Espíritu Santo viene y dice: “Ve allí … ve allá … hazlo así …” El dice cuándo, dónde y cómo.

Uno puede escuchar a dos ministros, sinceros ambos, predicando cada uno el mismo mensaje. Quizás la doctrina de ambos sea correcta, y cada uno de los dos puede predicar con entusiasmo. Pero resulta que las palabras de uno de ellos carecen de vida y caen en oídos sordos; no sucede nada. Por el contrario, las palabras del otro parten el corazón como espadas. Este predicador comparte y revela la verdadera carga del Señor, porque ha estado encerrado con Cristo y puede hablar de lo que está en el corazón del Señor. La presencia de

Dios por medio de él trae convicción de pecado y además trae vida.

Muéstreme un ministro que pase tiempo encerrado con Cristo, esperando en su presencia, y le mostraré a alguien que nunca pasa por alto la mente de Cristo. Si da un solo paso fuera de la línea, el Señor lo hace volver. Asimismo, muéstreme una iglesia que obedece la Palabra de Dios y manifiesta su presencia, y le mostraré una congregación que escucha a Dios, que conoce sus cargas y que sólo hace lo que a Él le agrada. Una congregación así deja que la multitud apurada pase de largo. Los miembros de esa congregación podrán oír mil voces de buenas causas y promociones que dicen: "¡Vengan, ayudennos!";

pero no se moverán sino hasta que *Él* así lo ordene. Esa iglesia no llevará adelante causa alguna si la presencia de Dios no está en ella.

5. El pueblo de Dios manifiesta un exuberante y muy grande gozo.

"Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia" (Hechos 2:28). ¿Alguna vez se ha preguntado cómo era Jesucristo día tras día? ¿Cómo eran su corazón y su actitud? ¿Se veía aplastado por todas las cargas que llevaba? ¿Lloraba mucho? ¿Había en su presencia una solemne pesadez?

Sí lloraba, y sí soportaba pesadas cargas. En Getsemaní sudó gotas de sangre, y en otras ocasiones gemía y suspiraba por la incredulidad de los demás. Pero la Palabra de Dios nos da a entender que Cristo era una persona alegre.

Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua … Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia.

Hechos 2:25-28

Al hablar ante el consejo de los judíos, Esteban citó una profecía del Salmo 16. Se trataba de una visión de Cristo con un corazón gozoso, una lengua que expresaba alegría y un rostro lleno de regocijo a causa de la presencia del Padre. Asimismo, nosotros debemos gozarnos, alegrarnos y regocijarnos por las mismas razones — específicamente cuatro — por las que Jesús está gozoso.

La primera razón es que El sabía que era imposible que la muerte lo retuviera. *¡Y con nosotros es igual!* El saber eso destruye la maligna doctrina que dice que Jesús fue colocado en manos del diablo y que tuvo que luchar para salir del infierno. Jesús sabía, estando en la tierra, que la muerte no podría retenerlo; y nosotros también lo sabemos.

La segunda es que el Señor está a nuestra derecha en todos nuestros problemas. Podemos descansar confiados y expectantes, sabiendo que El está a nuestro lado en todo momento.

La tercera razón: "Porque no dejarás mi alma en el Hades [la muerte]." Hemos de resucitar a una nueva vida en un nuevo cuerpo y en un nuevo mundo.

Y la cuarta es que *¡su presencia misma nos inunda de alegría!* ¿Cómo podemos hacer otra cosa sino gritar y alegrarnos cuando hemos sido librados del infierno, hemos recibido la promesa de la vida eterna, se nos ha infundido confianza en medio de todas las dificultades que hemos tenido aquí en la tierra, y tenemos su presencia manifestada ante nosotros?

Hay ocasiones en que debemos estar quietos y conocer que Él es Dios. A veces el Espíritu hace surgir dulces y melodiosas canciones de amor a Cristo. Pero en toda la Palabra de Dios, en cada caso en que Él obtuvo la victoria sobre los enemigos, el pueblo siempre lanzaba un gran grito, un fuerte clamor de alabanza al Señor. Al séptimo día en que Israel marchó alrededor de Jericó, corrió la orden siguiente: "Todo el pueblo gritará a gran voz, y el muro de la ciudad caerá" (Josué 6:5). "El pueblo … gritó con gran vocerío, y el muro se derrumbó" (v. 20).

En Esdras descubrimos que tuvo lugar otro gran clamor cuando se pusieron los cimientos del templo.

Y cuando los albañiles del templo de Jehová echaban los cimientos, pusieron a los sacerdotes vestidos de sus ropas y con trompetas, y a los levitas hijos de Asaf con címbalos,

para que alabasen a Jehová … Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo, alabando a Jehová … y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro; porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta de lejos.

Esdras 3:10-11, 13

La palabra hebrea que aquí se traduce *gritos* significa “romper los oídos”. El llanto de los israelitas era tan gozoso, y sus alabanzas tan fuertes, que rompían los oídos.

Dios quiere que conozcamos su palabra sobre este asunto. En hebreo, *clamor/aclamar* sugiere “truenos, chispas, fuego”. Los salmos nos mandan: “Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra” (Salmo 66:1); “Cantad con gozo a Dios, fortaleza nuestra; al Dios de Jacob aclamad con júbilo” (Salmo 81:1).

Cantad alegres a Jehová, toda la tierra; levantad la voz, y aplaudid, y cantad salmos … Aclamad con trompetas y sonidos de bocina, delante del rey Jehová … Los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo.

Salmo 98:4, 6, 8

El pueblo de Dios experimenta un gozo tremendamente grande cada vez que se manifiesta la presencia de Cristo. Y si no estamos dispuestos a gritar sus alabanzas, lo harán los árboles en lugar de nosotros.

Si usted tiene hambre sólo de Cristo, sin duda experimentará la manifestación de su presencia.

Sección 2

EL COSTO DE TENER HAMBRE

11
El costo de entregarse por completo a Dios

Uno de los métodos más rápidos para perder amigos es entregarse por completo a Dios. Una vez que uno toma en serio los asuntos espirituales — abandonando todos sus ídolos, apartando los ojos de las cosas de este mundo, volviéndose a Cristo con todo el corazón y teniendo hambre de El —, de repente se convierte en “un fanático religioso”. Pronto experimentará el peor rechazo de su vida.

¿Por qué ese cambio?

Cuando usted era un cristiano tibio, no le causaba molestias a nadie; ni siquiera al diablo. No era ni muy pecador ni muy santo. Era simplemente uno de tantos creyentes mediocres, y su vida era tranquila y sin dificultades. Las personas lo aceptaban. Pero después usted cambió. Le dio hambre de Cristo, y ya no pudo seguir tomando a la ligera las cosas de Dios. Se arrepintió y se volvió al Señor con todo el corazón. Se derrumbaron sus ídolos del dinero, la fama, el placer, los deportes … todo lo que pudiera ser más importante para usted que Cristo. Comenzó a buscar en la Palabra de Dios. Dejó de buscar las posesiones materiales y se obsesionó por buscar a Cristo. Entró en una nueva dimensión de discernimiento y comenzó a ver en la iglesia cosas que nunca antes le habían molestado. Empezó a oír en el pulpito cosas que le partieron el corazón. Vio a otros cristianos transigir como antes lo había hecho usted, y le afligió. En resumen, se le abrieron los ojos, se volvió quebrantado y contrito de espíritu, y Dios le dio carga por su iglesia.

¿Resultado? Ahora sus amigos y sus parientes piensan que está loco. En lugar de regocijarse con usted o de animarlo, lo ridiculizan, se burlan y lo llaman fanático. Le dicen: “Pero ¿qué te ha pasado? Ya no te conocemos. ¿Por qué no vuelves a ser como eras antes?”

Si ha experimentado eso, no se desaliente: está en buena compañía. Fijémonos en varios fieles del Antiguo y del Nuevo Testamentos que experimentaron exactamente lo que está sintiendo.

Moisés, por ejemplo, fue tocado por Dios de un modo maravilloso, y tuvo en su corazón un despertar en lo referente a la esclavitud de su pueblo. En efecto, Moisés se emocionó tanto por esta gran revelación de la liberación, que corrió a contarla: “Le vino al corazón el visitar a sus hermanos … El pensaba que sus hermanos comprenderían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así” (Hechos 7:23, 25).

Moisés y su visión fueron objeto de desprecio. Pero ¿por qué? Moisés era el hombre más manso de la tierra, consumido de celo por Dios. No estaba dándoselas de santurrón; estaba actuando proféticamente, según la voluntad de Dios. Sólo quería que sus hermanos escucharan y vieran lo que Dios estaba por hacer. Pero su espiritualidad les resultó ofensiva. Lo rechazaron, diciendo: “¿Quién te puso como jefe y juez sobre nosotros? ¿Quién te crees que eres?”

Hace unos años, el Espíritu Santo me despertó y comencé a abrazar el llamado de Dios a la santidad. Tomé en serio lo de andar en la verdad de Dios, y su Palabra cobró vida para mí. Empecé a ver cosas que nunca antes había visto, y quise contárselas a todo el mundo. Me

puse a llamar por teléfono a algunos pastores y a explicarles lo que Dios me estaba diciendo. Muchos llegaron a mi oficina a verme. Les abría mi Biblia, llorando, y les señalaba las gloriosas verdades de entrega total y de pureza de corazón.

Pensaba que esos ministros de Dios iban a ver esas verdades, al igual que yo; que iban a fascinarse por la Palabra y a caer de rodillas conmigo para orar pidiendo un nuevo toque de Dios. Pero en vez de eso, la mayoría de ellos se limitaron a pestañear y a mirar con perplejidad. Decían cosas como: “¿Está seguro que no se está pasando un poco de la raya?” o “A mí eso me resulta un poco pesado.” Cuanto más buscaba a Dios, menos los veía a ellos. Era como si me estuvieran tirando agua fría en la cara. No querían oír nada que el Señor me hubiera mostrado.

Qué esperar

Una vez más, si esto le ha pasado a usted desde que Dios lo despertó, usted no está solo. La Palabra de Dios le advierte qué esperar si está decidido a entregarse a El por completo. Puede esperar cualquiera de estas tres reacciones, o todas ellas: 1. Será rechazado. 2. Será expulsado. 3. Será apedreado.

1. Será rechazado

Jesús advirtió: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece" (Juan 15:19). Muéstreme un creyente que se haya convertido en amante y hacedor de la verdad y le mostraré a uno que ha sido rechazado y perseguido por toda la iglesia tibia. Tenga la seguridad de que si desecha a este mundo, el mundo lo desechará a usted enseguida.

Jesús tuvo muchos seguidores … bueno, hasta que la palabra que predicaba se percibió como demasiado dura y exigente. La turba que gustaba de los milagros, oyó sus pretensiones y lo abandonó, diciendo: "Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?" Entonces Jesús se volvió a sus discípulos y les preguntó: "¿Queréis acaso iros también vosotros?" En otras palabras: "¿También para ustedes es demasiado dura mi palabra?" Pedro respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Juan 6:68). No, Pedro y los demás discípulos no se iban a ir. Ellos amaban esa palabra que a la mayoría de las personas les parecía ruda y exigente; sabían que en ellos se estaban produciendo valores eternos. Querían seguir la verdad, sin importar el costo.

Esa es la pregunta que todo cristiano debe plantearse en estos últimos días: ¿Vamos a volverle la espalda a esa verdad que nos redarguye, que señala nuestros pecados y nos ordena derribar nuestros ídolos? ¿Vamos a hacer caso omiso de esa verdad que nos dice que apartemos los ojos del materialismo, de las cosas de este mundo y de nosotros mismos? ¿Vamos a dejarnos sondear y exponer por el Espíritu Santo?

Todo el que ama la verdad y la practica desea acercarse a la luz, para que toda acción secreta quede manifestada. Dijo Jesús: "Todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios" (Juan 3:20-21).

La auténtica verdad siempre saca a la luz todo lo que está oculto. Cuando Cristo comenzó a derramar su luz sobre los pecados ocultos de los judíos piadosos, ellos procuraron matarlo. Jesús dijo: "Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros" (Juan 8:37). "Ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad" (v. 40). "El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios" (v. 47).

Hoy día, muchos cristianos no aman la verdad. Dios dice que es porque están escondiendo su pecado y en secreto se deleitan en la iniquidad. Esos amantes del placer, que le hacen el juego al pecado, están engañados; sin embargo, al igual que los judíos en la época de Jesús, están convencidos de que ven con claridad. Creen que son hijos de Dios, pero rechazan con furia toda palabra que saque a la luz sus profundas e internas codicias. Hay algo distinto de la verdad que les tiene aprisionado el corazón; no abrazan la Palabra de Dios como una perla de gran precio. Más bien, miman esa cosa, sea lo que sea: un placer oculto, un ídolo, un pecado o una falsa doctrina que les complace la carne.

Pero se acerca el día de arreglar cuentas. Dice la Biblia que los que prestan oídos sordos a la verdad, pronto la perderán de vista por completo:

Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás,

con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.

2 Tesalonicenses 2:8-12

Debe entender que los que lo rechazan y lo abandonan a causa de la verdad tienen una buena razón: lo ven a usted como una amenaza hacia algo que les es muy querido. La vida separada que usted lleva es un reproche a la transigencia y tibieza de ellos.

Eso lo experimentó Pablo numerosas veces. A Timoteo le escribió: “Me abandonaron todos los que están en Asia” (2 Timoteo 1:15). El apóstol lo había dado todo por esas personas, declarándoles todo el designio de Dios. Se portó entre ellos sin mancha, santo e irreprochable. Pero las iglesias de Asia lo rechazaron, y sus propios hijos espirituales comenzaron a esquivarlo. ¿Por qué? Porque ahora Pablo estaba preso. Estaba sufriendo: en profunda aflicción, cargado de cadenas, “prisionero del Señor”. Entretanto, un nuevo maestro había adquirido popularidad; uno que transmitía un mensaje agradable al oído de las personas que Pablo había instruido. “Alejandro el calderero me ha causado muchos males — escribe el apóstol —; el Señor le pague conforme a sus hechos” (2 Timoteo 4:14).

Alejandro e Himeneo estaban enseñando un evangelio falso que complacía a la carne. Sus doctrinas negaban todo sufrimiento y dificultad. El nombre de Alejandro significa “complacedor de hombres”. Himeneo llevaba el nombre del dios de las bodas; representaba un evangelio del amor, las bendiciones, la alegría, la celebración y el agradar a los hombres, pero sin santidad. La Biblia dice que Pablo entregó a esos hombres a Satanás para que aprendieran a dejar de blasfemar (1 Timoteo 1:20). Eso tenía como propósito la destrucción no de sus cuerpos, sino de sus doctrinas carnales.

Pablo dice que esos dos hombres naufragaron a la verdadera fe al excusar el pecado, porque ellos mismos no tenían una conciencia pura, y el resultado eran doctrinas que sólo agradaban a las personas. Alejandro e Himeneo habían rechazado a Pablo porque él estaba en la cárcel, cosa que consideraban una pérdida espiritual de libertad. Creían que sus cadenas eran señal de falta de fe; creían que era el diablo el que tenía prisionero a Pablo. Pensaban: *Si Pablo es tan santo, y si predica a Dios como todopoderoso, ¿entonces por qué está sufriendo?* Para los que creían que los cristianos no tienen que sufrir, la permanencia de Pablo en la prisión era vergonzosa.

Todavía hoy día tenemos entre nosotros a esos que se ocupan de complacer a las personas. Muchos cristianos lo van a rechazar a usted y se van a avergonzar de usted cuando esté soportando pruebas, tribulaciones y enfermedad. Van a pensar que todo eso está sucediendo porque no tiene suficiente fe, o porque no ha recibido la “revelación” que tienen ellos acerca de la enfermedad y el sufrimiento.

2. Será expulsado

Jesucristo advirtió a sus discípulos de los rechazos ulteriores que iban a enfrentar: "Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios" (Juan 16:2). Jesús quería decir: "Les estoy diciendo todo esto para que no tropiecen. No se sorprendan cuando la iglesia tibia los eche fuera, porque esas personas no conocen al Padre ni a mí."

Una vez Cristo curó a un joven que había nacido ciego. Cuando se le abrieron los ojos, quedó lleno de alegría: ¡podía ver! Los religiosos fariseos hicieron traer a ese joven para interrogarlo. Pero todo lo que él decía era: "Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo" (Juan 9:25). En respuesta a las preguntas de ellos acerca de Jesús, añadió una revelación más: "Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer" (Juan 9:33). ¿Se regocijaron los líderes religiosos porque ese joven había adquirido la vista? ¡No! Les parecía absurdo que alguien que "nació del todo en pecado" se pusiera a instruirlos con su testimonio, y lo expulsaron de la sinagoga (Juan 9:34).

Ese joven que fue curado de su ceguera representa al santo remanente cuyos ojos están siendo abiertos ahora a la santidad de Dios. Dé un paso adelante y testifique como él lo hizo, dándole gloria a Dios: "¡Antes fui ciego, y ahora puedo ver!" Pero sépalo de antemano: los que no quieran oír nada de su nueva visión le expulsarán también a usted, diciendo: "¿Quién te hizo nuestro maestro?"

Si usted decide entregarse por completo a Cristo, debe estar preparado a soportar los sufrimientos de Cristo: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros … Todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado" (Juan 15:18, 21). ¿Quiénes reprocharon a Jesús, amontonaron vergüenza sobre su cabeza y escarnecieron su nombre como inmundo? ¡Fue la turba religiosa centrada en los hombres! Así como Cristo caminó en este mundo y recibió el rechazo de ellos, lo mismo le ocurrirá a usted. Si el mundo lo persiguió y lo criticó a El, harán lo mismo con todos los que mueran a sí mismos por causa de Cristo.

Esa es una reacción de la "turba religiosa". Pero también puede encontrar exactamente lo contrario por parte de otro sector de la vida eclesial: si usted está en una iglesia tibia, es probable que las personas no critiquen *nada* de lo que otros piensan.

He escuchado a cristianos hambrientos que dicen: "Mi iglesia está muerta. ¿Qué puedo hacer?" La respuesta a su pregunta se encuentra en Hechos de los Apóstoles. El apóstol Pablo llegaba a cada nueva sinagoga que encontraba y trataba de persuadir acerca de Cristo a todos los practicantes religiosos tibios, con la esperanza de que oyeran. Pero la reacción de ellos era expulsar a Pablo de la región.

Escuche esta advertencia: ¡Haga lo que hizo Pablo, y vayase! El "sacud[ió] contra ellos el polvo de sus pies" (Hechos 13:51). Pablo les dijo a esos judíos religiosos: "A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis … nos volvemos a los gentiles" (Hechos 13:46).

Si está en una congregación o iglesia que ha escuchado la verdad y le ha dado la espalda, salga de ahí. Usted no va a cambiar nada … ¡Por el contrario, ellos pueden cambiarlo a usted! "¿Qué comunión [tiene] la luz con las tinieblas? … Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré" (2 Corintios 6:14,17).

3. Será apedreado

Si se mantiene firme en su compromiso con Cristo, incluso ante la amenaza de ser rechazado y expulsado, la misma mayoría concentrada en lo humano estará preparada para apedrearlo: '? apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu" (Hechos 7:59). ¿Quién apedreó a Esteban? El más prestigioso consejo religioso de su tiempo (véase Hechos 6:12). ¡Esteban se enfrentó a todo el sistema religioso!

Allí estaba Esteban, un hombre que tenía sus ojos fijos en Jesús pero que era odiado por hombres que supuestamente amaban a Dios. Escuchemos el veneno de esos dirigentes religiosos: "Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él" (Hechos 7:54). "Se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él" (v. 57). ¿Qué tenía ese justo, que tanto airaba a las multitudes religiosas? Era que predicaba una verdad que les llegaba hasta el fondo del corazón: "¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros" (v. 51). "Vosotros … recibisteis la ley … y no la guardasteis" (v. 53).

Los corazones de esos dirigentes se mantenían apegados al mundo, atados por la codicia. Conocían la ley de Dios pero se negaban a obedecerla. Ahora la espada de la verdad, una espada de dos filos, había penetrado hasta lo más profundo de sus corazones. El testimonio que dio Esteban de un cielo abierto fue lo que provocó finalmente la ira de ellos contra él:

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon.

Hechos 7:55-58

No es probable que esa lapidación se dé en forma literal en su vida. Véalo de este modo: hoy día, en esta era de gracia, si un hombre mira a una mujer con lujuria, a los ojos de Dios está cometiendo adulterio. Si alguien odia, es un homicida. De igual manera, si en su contra se lanzan palabras maliciosas porque se ha entregado por completo a Dios, usted está siendo apedreado: "Afilan como espada su lengua; lanzan cual saeta suya, palabra amarga" (Salmo 64:3).

Jesús narró una parábola de un propietario que poseía una viña. Al tiempo de la cosecha, este dueño envió a sus siervos para que le trajeran el fruto; pero el que estaba al mando de la viña tomó a los siervos: a uno lo golpeó, a otro lo mató y a otro lo apedreó (véase Mateo 21:35). Así pasa también hoy. Dios ha enviado sus santos vigías a que recojan el fruto de su viña. Pero en vez de ser escuchados y aceptados, esos vigías han recibido sólo insultos verbales, odio y apedreamiento con punzantes palabras.

No fue diferente lo sucedido a Josué y Caleb en la historia de los espías que se nos narra en Números 13-14. Los israelitas querían apedrearlos porque estaban invitando al pueblo a que se entregaran por completo a Dios entrando a la tierra de Canaán. Josué y Caleb declararon abiertamente: "¡Subamos de una vez y tomemos posesión de la tierra, porque bien capaces somos de vencer a sus habitantes!" Pero los otros espías no querían oír eso. Decían: "Hay demasiados gigantes, demasiadas murallas altas. Escojamos un jefe y volvamos a Egipto."

Mientras Moisés se postraba rostro en tierra, apesadumbrado ante esa expresión de falta de fe, Josué y Caleb advirtieron al pueblo que no se rebelaran contra el Señor ni les temieran a los habitantes de la tierra. Afirmaron con certeza que el Señor iba a estar con ellos. Sin embargo, esta fue la reacción del pueblo: “Entonces toda la multitud habló de apedrearlos. Pero la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo de reunión a todos los hijos de Israel, y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo?” (Números 14:10-11).

¿Por qué un llamado a la obediencia provoca en ellos semejante reacción? Porque la componenda y la falta de fe siempre van juntas. Una vez que el corazón queda cautivo por un ídolo o una codicia, la incredulidad prevalece. Una vez que eso sucede, toda predicación contra la componenda va lastimando la conciencia; la persona termina luchando contra Dios, aun cuando ciegamente siga confesando su nombre.

Creo que, como Esteban, podemos decir: “¡Veo el cielo abierto!” Como Josué, Caleb y Moisés podemos advertir: “¡No se rebelen contra el Señor!” Podemos tener una visión clara de Cristo — una afilada palabra de verdad — y podemos estar seguros de que provocará el enojo de los incircuncisos de corazón.

¡Cuál es nuestra reacción?

¿Cómo vamos a reaccionar cuando seamos rechazados, expulsados y apedreados? Vamos a seguir el ejemplo de nuestro Maestro, Jesucristo, el Cordero que "no abrió la boca". Su manera de actuar nos dice que no debemos hacer bajar fuego del cielo sobre los que nos insultan. "Orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44). "Nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos" (1 Corintios 4:12).

A mí no me caen bien esos profetas arrogantes y presumidos que se desquitan, amenazan o andan echando maldiciones. En el Antiguo Testamento, Simei se paró en una loma y comenzó a lanzarle piedras a David, cuando el rey se alejaba de Jerusalén, huyendo de su hijo rebelde, Absalón. El capitán del ejército de David dijo: "¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza." Pero David respondió: "Dejadle que maldiga … Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy" (2 Samuel 16:9-12).

Dice la Biblia que cuando Moisés subió a la montaña y se aisló con Dios, su rostro brillaba. Aunque los demás lo veían, Moisés no lo sabía. En cierto momento se puso un velo sobre la cara, pero ni se había dado cuenta del reflejo de la santidad de Dios sobre él. Y, como Esteban, Moisés no se jactó de haber sido tocado por Dios. Eran hombres que no se daban aires, presumiendo de profetas; no amenazaban. No hablaban de tener una revelación "nueva" o "especial". No armaban un despliegue de falsa piedad. La humildad es el distintivo del alma que depende totalmente de Cristo. Una persona así no tiene orgullo espiritual, no tiene rastro alguno de exclusividad.

Es que por entregarnos por completo a Cristo tenemos que pagar un precio, pero también recibiremos una recompensa: *Es sencillamente la bendición de tener a Cristo de nuestro lado.* Hay muchas otras recompensas también (véase Mateo 19:29), pero menciono ésta porque es todo lo que realmente necesitamos.

Cuando a Pablo lo apresaron en Jerusalén, todo el sistema religioso quería destruirlo. Lo acusaron de contaminar el lugar santo y de predicar falsas doctrinas. Su vida estaba en peligro; hasta los soldados temieron que lo hicieran pedazos. Entonces se llevaron por la fuerza a Pablo y lo encerraron en un castillo. A la noche siguiente, el Señor le habló. Veamos qué clase de mensaje le dio: "¡Anímate! ¡Todavía te esperan más dificultades!"

El costo de seguir a Cristo era obvio en la vida de esos hombres de Dios; y si queremos ser como nuestro Maestro, entonces debemos aceptar también ese costo. Soportarlo se convierte en un gozo, ya que Cristo promete estar con nosotros en toda situación. Y podemos hacerle frente a cualquier cosa o a cualquier persona cuando sabemos que el Señor está con nosotros.

Así que calcule el costo y tenga presente que su recompensa, en todas las cosas, es la presencia poderosa de Jesucristo.

12
Vendrán las pruebas

De esto puede estar seguro: los que queremos andar rectamente delante del Señor enfrentaremos pruebas. En efecto, cuanto más profundo sea nuestro caminar con Cristo, más intenso será el fuego de nuestras pruebas. La Biblia nos dice cuál es la razón: es porque el Señor quiere quemar las impurezas de nuestro corazón y conformarnos a la imagen de su Hijo.

El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará. Y los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo. Y en su caída serán ayudados de pequeño socorro … También algunos de los sabios caerán para ser depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo.

Daniel 11:32-35

Esta profecía nos dice que sobre "los sabios" vendrá un gran tiempo de prueba. ¿Quiénes son esos sabios que van a ser puestos a prueba? *Son los justos*, los que hacen cosas grandes por el Señor, que caminan con Dios y tienen la sabiduría de Cristo.

Tal vez usted se encuentre ahora mismo en circunstancias que le hagan preguntarse: "¿Por qué mi fe está siendo puesta a prueba? ¿Por qué me está pasando todo esto?"

Nos ayudará a entender por qué permite Dios esas pruebas si recordamos nuestros tiempos en la escuela. Cuando le hacían un examen, sus respuestas revelaban cuánto había aprendido en realidad de lo que se había enseñado. En el Nuevo Testamento, Pablo se refiere a una escuela diferente, una en la que estamos "aprendiendo a Cristo" y "hemos sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús" (Efesios 4:20-21). Si usted pertenece a Cristo, está en su escuela. Quizás pensó que ya se había graduado … ¡pero ninguno de nosotros se gradúa sino hasta que llegue a la gloria!

Cuando estaba en la escuela aborrecía las pruebas sorpresa, esos molestos exámenes que no se anunciaban. Pero el Señor nos ha dicho que estemos listos para ser puestos a prueba en cualquier momento … y esas pruebas continuarán hasta que el Señor regrese. Todos los que tienen hambre de Cristo van a pasar por esas pruebas de fuego y ser purgados de todo aquello que no sea semejante a Cristo, en preparación para la inminente boda del Cordero.

Eso quiere decir que no hemos de rechazar el tiempo de la prueba. Más bien debemos estar de rodillas, suplicándole a Dios que Cristo sea formado en nosotros. Debemos anhelar en nuestra alma el hacernos verdaderos seguidores de Dios. Debemos estar *obsesionados* con el deseo de ser hombres o mujeres de Dios. Nuestro corazón y nuestros labios deben exclamar: "¡Jesús, transfórmame a imagen tuya! ¡Haz que me convierta en tu esclavo!"

Hay una cosa que deseo más que ninguna otra en este mundo, y es llegar a ser un verdadero hombre de Dios. Quiero que mi vivir y mi morir le den gloria a Cristo. ¿Siente usted también de la misma manera? Entonces todos debemos estar preparados para ingresar en la escuela de Cristo.

No puedo enumerar tan siquiera todas las formas en que el Señor pone a prueba a sus hijos,

pero hay cuatro pruebas que son comunes a todos nosotros, y quiero concentrarme en ellas. Pero primero quiero decir una palabra a los que puedan estar pasando dificultades por otra razón. Esas personas no están pasando pruebas escogidas por el Señor, sino que están sufriendo a causa de sus propias opciones. Una razón de esto es el pecado, y la otra, son las malas decisiones.

Si quiere tener hambre de Cristo, pero sabe que tiene pecado en su vida, entonces toda situación de pecado puede parecerle como olas inesperadas del mar que le barren el alma, y no puede comprender por qué se ve inundado de nuevo. Entonces clama: “Oh Dios, esto es demasiado para mí. Ya no puedo tratar con esto.” Se siente herido al saber que tiene la corrupción espiritual por dentro, y eso le repugna tanto a su mente que puede comenzar a afectarle su cuerpo. Está agobiado por la depresión y el temor.

Sepa que, como Dios lo ama, El obrará para purificarlo. El trae su ira y su castigo sobre la maldad obstinada. Pero se trata de un castigo *amoroso* sobre los que se arrepienten y se vuelven a Él. Tal vez sienta las flechas de Dios en su alma por causa de sus pecados pasados y presentes, pero si tiene un corazón arrepentido y quiere apartarse del error, puede invocar el amor purificador de Dios. Será corregido, pero con la gran misericordia y compasión de Dios. No experimentará la ira de Dios como la experimentan los paganos, sino más bien la vara de su disciplina, aplicada por su mano amorosa.

Quizá su sufrimiento provenga de haber tomado decisiones incorrectas. ¿Cuántas mujeres están sufriendo porque se casaron con el hombre que Dios les advirtió que no se casaran? Ahora están siendo objeto de abusos, y sienten como si estuvieran viviendo en el infierno. ¿Cuántos hijos les están rompiendo el corazón a sus padres, llevándolos hasta el colmo de su paciencia? Pero muchas veces eso sucede porque en el pasado los padres vivieron en pecado, negligencia y condescendencia con el mal.

Usted sabe que está tocando fondo. Es hora de buscar al Señor con quebrantamiento, arrepentimiento y fe. Es hora de recibir una nueva infusión de la fortaleza del Espíritu Santo. Es hora de ser renovado y refrescado, de que haya una fuerza espiritual que rebose dentro de usted.

Observe que cuando clame a Dios, Él derramará su fortaleza en usted:

El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma … Si anduviere yo en medio de la angustia, tú me vivificarás; contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano, y me salvará tu diestra. Jehová cumplirá su propósito en mí; tu misericordia, oh Jehová, es para siempre; no desampares la obra de tus manos.

Salmo 138:3, 7-8

Supongamos ahora que hemos purificado nuestra vida según la luz que tenemos. No estamos siguiendo senderos de pecado conocido, y estamos confiando en que el Señor obrará con nosotros y mediante nosotros en medio de las dificultades que nos hemos acarreado a nosotros mismos. No es sino hasta que ya no vemos otra salida que nos lanzamos por completo en los brazos del Señor. Entonces estamos listos para estudiar en la escuela del Espíritu Santo. Veamos, pues, cuatro pruebas que Dios puede emplear para purificar a sus hijos.

1. Somos probados mediante las aflicciones, tanto las nuestras como las de los demás.

Una de las cosas que más le cuesta a un cristiano aceptar es el sufrimiento de los justos. Hasta la época de Cristo, los judíos asociaban la prosperidad y la buena salud con la piedad. Creían que si uno tenía riquezas, buena salud y otras bendiciones, era porque Dios le mostraba en esa forma que estaba complacido con uno. Por eso a los discípulos les costó tanto entender la afirmación de Jesús que “es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mateo 19:24). Los discípulos preguntaron: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?”

De modo parecido, en nuestros días hay una doctrina errónea que dice que si uno está en un pacto con Dios, nunca va a sufrir; basta con que invoque a su socio en el pacto y El vendrá corriendo para resolverle todo de inmediato. ¡Pero ese no es el evangelio! Los héroes de la fe que se enumeran en Hebreos 11 caminaron todos en un pacto con Dios, y sin embargo sufrieron lapidaciones, burlas, torturas y muertes violentas (w. 36-38). Pablo mismo, que caminaba tan cerca de Dios, naufragó, fue apedreado, azotado, dado por muerto, asaltado, encarcelado y perseguido. Perdió muchísimas cosas materiales. ¿Por qué? Eran pruebas de su fe para la gloria de Dios.

No sé cuál podrá ser el campo de prueba para usted; pero sí sé que muchos hijos de Dios han orado durante años para ser liberados, y particularmente para obtener sanidad, y todavía están esperando. Creo que tendremos aflicciones, y creo también en la curación. Pero Dios permite *aflicciones curativas.* Dijo David: “Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra” (Salmo 119:67).

A veces he tenido que soportar un sufrimiento físico durante años. En todas esas ocasiones le he pedido a Dios que me sane; pero mediante el sufrimiento pude sentir que Dios estaba actuando en mi vida, acercándome a Cristo y manteniéndome de rodillas. Después de pasado cada episodio de sufrimiento, pude decir que había sido bueno para mí. ¿Quiere ser un hombre o una mujer de Dios? ¿Quiere ver la mano de Dios en su vida? Entonces beba su copa de sufrimiento y moje su lecho con lágrimas. Pídale a Dios no solamente la sanidad, sino también que El le muestre lo que quiere que usted aprenda por medio de esa prueba.

Quizá su sufrimiento no sea físico; a veces un sufrimiento de otra clase se siente mucho más. El dolor de ser maltratado y rechazado por los amigos, el dolor que sienten los padres cuando sus hijos adolescentes les pisotean el corazón y se vuelven unos extraños para ellos. Es ese dolor que llena el corazón de los esposos cuando se levantan muros de silencio y desaparece el primer amor. Qué trágicas resultan la agitación interior, las dificultades en el hogar, las noches de inquietud y de desvelo … sabiendo que Dios es real, que uno está andando en el Espíritu y amando a Cristo con todas sus fuerzas. Y aun así sigue la aflicción. Le digo que se mantenga firme: Dios promete librarle.

El apóstol Pedro da estas palabras de aliento acerca de nuestras pruebas y dificultades:

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gózaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.

1 Pedro 4:12-13

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloría y honra cuando sea manifestado Jesucristo.

1 Pedro 1:6-7

Creo que tenemos que aprender la lección antes que nos sea quitado el sufrimiento. Nosotros mismos ponemos esto en práctica cuando disciplinamos a nuestros hijos. Una de las peores cosas que puede hacerle un padre o una madre a su hijo cuando lo disciplina, es manifestarle solidaridad, consuelo y bienestar antes que el niño aprenda la lección. ¡Eso puede destruir al niño! Si no se aplica la vara y la lección nunca se aprende, la rebeldía va echando raíces. El niño creerá que puede hacer algo incorrecto y salirse con la suya. Eso no sólo afectará su relación con sus padres, sino que se extenderá a todos los aspectos de su vida … incluyendo su fe.

Cristo es nuestro padre confiable, y mientras somos disciplinados podemos clamar a El cuanto queramos. Pero El no se moverá hasta que hayamos aprendido lo que quiere enseñarnos. No permitirá que el destructivo pecado se adueñe de nuestro corazón; por eso no quitará la vara hasta que nos rindamos.

No debemos olvidar que durante todo el tiempo en que somos probados y disciplinados, estamos bajo la protección de Dios. Pedro continúa diciendo que los que son probados por muchas aflicciones y tentaciones son “guardados por el poder de Dios mediante la fe” (1 Pedro 1:5). Cuando Jesús permite en nuestra vida el sufrimiento y las pruebas, está tratando de lograr una sola cosa: lo mismo que buscaba cuando le pidió a Abraham que sacrificara a su amado hijo Isaac. Dios dejó que Abraham condujera a Isaac durante todo el trayecto hasta la cima de la montaña, y que levantara sobre él el puñal. Sólo entonces el Señor dijo: “¡Detente!” ¿Qué buscaba Dios? Sencillamente esto: “Abraham, ¿significo yo para ti más que el objeto de tu más profundo afecto terrenal?” Abraham mostró que estaba dispuesto a entregar hasta lo que más amaba — incluso el hijo que era el objeto único de la promesa hecha por Dios —, y a poner su futuro por completo en las manos de Dios. Le dio todo al Señor.

Durante ese tiempo de prueba debemos revisar nuestras actitudes. ¿Todavía nuestro corazón está agradecido hacia Dios por su amor y su misericordia? ¿Seguimos alabando su perfecta bondad? ¿O murmuramos y nos quejamos de que El se ha olvidado de nosotros, de que en realidad no le interesamos mucho?

Nada revelará lo que hay en nuestro corazón como el sufrimiento. ¡Asegúrese de que si se manifiesta en usted un espíritu de queja se arrepienta del mismo! Dios aborrece la murmuración y la queja. En realidad, permitió que los hijos de Israel sufrieran todo tipo de penurias en el desierto porque se habían vuelto murmuradores habituales. ¡El origen de sus penurias se podía rastrear desde sus lenguas!

Los israelitas murmuraron porque no tenían agua; entonces Dios les dio agua de una roca. Se quejaron porque no tenían pan; entonces Dios les dio pan del rocío de la tierra. Después se quejaron porque no tenían carne, y Dios les dio carne del cielo. El Señor les dio todas esas cosas, y ¿cuál fue la reacción de ellos? Dice la Biblia que las personas llegaron a aborrecer lo que recibieron. ¡Siguieron quejándose después de conseguir lo que querían!

Hoy día hay cristianos que se quejarían de lo recibido si Dios contestara sus oraciones, porque los murmuradores nunca quedan satisfechos. Si uno hace lo que ellos piensan que uno debe hacer, salen con un montón más de exigencias. La lista nunca termina, porque su espíritu está fuera de control; no son gobernados por el poder del Espíritu Santo. De ellos dice la Biblia: “Estos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos” (Judas 16).

La murmuración comienza en los pensamientos: pensamientos de descontento, de que el Señor no los trata bien, de que el pueblo de Dios los malentiende. La Escritura nos advierte hoy: “Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor” (1 Corintios 10:10).

Otra forma de ser probados en esta parte de la aflicción, es presenciar el sufrimiento de siervos de Dios que son rectos y santos. Este tipo de prueba es quizás el más difícil de entender. Leemos en la Biblia que “muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará Jehová” (Salmo 34:19). Aun así, vemos a muchos cristianos dedicados que mueren ante nuestros ojos. Algunos de ellos sufren dolores tremendos.

La verdad es que no deberíamos sorprendernos al ver sufrir a los piadosos. Dice Pedro: “También Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 Pedro 2:21), y: “Los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador” (1 Pedro 4:19). Jesús mismo dijo: “En el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33). La palabra griega que aquí se traduce *aflicción* es *thlipsis*, que significa “angustia, cargas, persecución, tribulación”. Jesús nos advirtió además acerca de las dificultades de los últimos días: “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre” (Mateo 24:9). Note que dice “todas las gentes”, es decir, todas las naciones: ¡y algunos creen que en los Estados Unidos estamos exentos de dificultades porque estamos “volviendo a Dios” al trabajar en la evangelización del mundo y al apoyar a Israel!

Faith, la hermana de mi secretaria, pasó los últimos veinticinco años de su vida ayudando a los niños en los ghettos. Era una piadosa, solícita y humilde discípula de Jesucristo que hacía todo lo que El le mandaba hacer. Hace poco tiempo murió de cáncer en los huesos, y mientras yo oraba por ella, poco antes de su muerte, sentí que Cristo la tomaba por la mano derecha y la conducía hacia prados verdes y apacibles.

Sé que hay quienes se ofenden y se confunden si digo algo así; sin embargo, como dijo David, “estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos” (Salmo 116:15). *Estimada* significa en hebreo “valiosa, necesaria”. Significa que Él los necesita, que la muerte de ellos es necesaria para sus designios eternos. Pablo se atreve a decir: “Será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte” (Filipenses 1:20). Después añade: “[Estad] firmes … y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación” (Filipenses 1:27-28). Pablo nos quiere decir con eso que, aun cuando el sufrimiento y la muerte son para el mundo señales de pérdida, de ruina o de desastre, para los que conocen a Dios son liberación.

Estoy convencido de que no comprendemos la clase de liberación maravillosa que el Señor tiene en mente para sus hijos. Sus caminos están muy por encima de los nuestros. He visitado en hospitales a creyentes que estaban sufriendo, y tenían más fe y esperanza que todos los

cristianos que a su alrededor oraban por sanidad. En algunos casos, los que sufrían terminaban orando por los otros. Cuando uno tiene dentro esa clase de esperanza, ya no está viviendo para este mundo; está viviendo para la eternidad. Quienes han sufrido y muerto aferrándose con fuerza a su fe, han recibido una verdadera sanidad; para ellos esta ha significado a Cristo mismo. Pedro dijo que son “participantes de los padecimientos de Cristo”, para que también en la revelación de su gloria se gocen con gran alegría (1 Pedro 4:13). Su fe, que allí se pone de manifiesto, le traerá gran honor a Dios *en la gloria.*

Dios quiere sembrar algo en nuestro corazón por medio de todas nuestras pruebas y dificultades. Quiere que podamos decir: “Señor Jesús, tú eres mi Protector, y creo que tú gobiernas todos los acontecimientos de mi vida. Si algo me sucede, es sólo porque lo has permitido, y confío en tu propósito al hacerlo así. Ayúdame a entender la lección que quieres que aprenda de eso. Si camino en rectitud y tengo tu gozo en mi corazón, entonces mi vivir y mi morir te darán gloria a ti. Confío en que tú tienes alguna gloria preparada, algún propósito eterno que mi mente finita no es capaz de comprender. Pero sea como sea, digo: ‘¡Jesús, soy tuyo en la vida o en la muerte!’”

2. Somos probados por la demora en las respuestas a nuestras oraciones.

La mayoría oramos como lo hacía David: “Apresúrate a responderme el día que te invocare” (Salmo 102:2). “Estoy angustiado; apresúrate, óyeme” (Salmo 69:17). El término hebreo que se traduce *apresúrate* da la idea de “ahora mismo, apúrate, hazlo en el mismo momento en que te invoco”. David estaba diciendo: “Señor, pongo mi confianza en ti; ¡pero, por favor, date prisa!”

Dios no tiene prisa. El no salta ante nuestras órdenes. En realidad, hay ocasiones cuando uno puede preguntarse si alguna vez responderá. Uno clama, llora, ayuna y espera … pero pasan los días, las semanas, los meses y hasta los años, y no se recibe ni la más leve señal de que Dios le oye. La primera pregunta que uno se hace es: “Debe haber algo que obstaculiza mis oraciones; algún pecado oculto. Tal vez he pedido mal. Quizás mi fe es demasiado débil.” Uno queda perplejo, y al pasar el tiempo su actitud hacia Dios llega a ser algo así: “Señor, ¿qué es lo que tengo que hacer para lograr que me contestes esta oración? En tu Palabra prometiste darme una respuesta, y he orado con fe. ¿Cuántas lágrimas debo derramar?”

¿Por qué Dios retrasa las respuestas a oraciones sinceras? Es seguro que no es por falta de poder. Bastaría con que El guiñe un ojo o conciba un pensamiento, y su obra estaría completa. Está completamente dispuesto — aún más que nosotros — para que recibamos de El. La respuesta está en este versículo: “Les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1).

La palabra griega que se traduce *desmayar* significa “perder fuerza, debilitarse o fatigarse en la fe, dejar de luchar, no esperar que algo sea completado”. Gálatas 6:9 dice: “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.” El Señor está buscando un pueblo que ore, que no pierda su fuerza ni se fatigue de acercarse a El. Esas personas van a esperar en el Señor, sin rendirse antes que la obra del Señor quede completa. Y cuando El traiga la respuesta, las encontrará esperando.

Pensaba que mi fe era inconmovible, y que confiaba plenamente en el Señor. Pero algunas de mis oraciones más importantes quedaron sin respuesta durante largo tiempo; de hecho, algunas no han sido respondidas todavía. Me puse a razonar con el Señor: “Si sólo respondieras a mis oraciones, se edificaría mi fe. Llegaría al santuario y podría jactarme de tu fidelidad, tal como lo hizo David. Piensa en cómo habrá otros que se sientan muy animados.” Pero durante todo ese tiempo el Señor me estaba diciendo: *No edifico tu fe sobre la base de mis respuestas; ¡la edifico sobre la base de mis demoras!*

Cualquiera puede tener fe cuando las respuestas a la oración llegan a raudales. Pero ¿quién va a tener fe después de uno o dos años? Al pasar el tiempo, dejamos atrás nuestras oraciones y también la fe en que Dios va a contestar, y pasamos a otro asunto. Le decimos a Dios: “Voy a ser fiel a ti. Pero no esperes que tenga ya más fe como para esperar respuesta a las oraciones.” En realidad, Dios sólo quiere estar seguro de que no descansará en su perseverante oración. Quiere que su corazón esté decidido a perseverar, sin que importe cuánto demore en llegar la respuesta de El.

Cristo nos dio una parábola para mostrarnos que El espera que nos atrincheremos y nos determinemos a no rendirnos. Se trata de la parábola de la angustiada viuda que iba adonde el juez buscando que le hiciera justicia (véase Lucas 18:2-8). Por fin el juez le concedió lo que

solicitaba, sólo porque estaba cansado de sus constantes súplicas: “Porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia” (v. 5). Jesús añadió a esta parábola: “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia” (w. 7-8).

Usted dirá: “Pero ¿no parece que en ese versículo Jesús está diciendo una paradoja? Primero se pregunta si Dios ‘se tardará’, y luego dice que ‘pronto nos hará justicia’.” La mayoría malinterpreta este pasaje por completo. El Señor no está hablando de tardarse mucho tiempo. El dice que Dios *quiere* respondernos pronto, pero está *soportando* algo. Dios está sobrellevando algo que exige paciencia de su parte. Dice: *Te soportaré con esa cosa que veo en tu corazón; tendré paciencia contigo, hasta que estés dispuesto a asirte de mí para la respuesta, de la manera en que deseo que lo hagas.*

Al mirar atrás y recordar algunas de las cosas por las que he orado durante un largo período, oigo al Señor decir: *David, estoy sosteniendo ante ti esta petición, como un espejo. Y por medio de esto te voy a mostrar lo que hay en el fondo de tu corazón.* Lo que he visto reflejado en ese espejo es la duda … el temor … la falta de fe … cosas que me han hecho tirarme a los pies de Cristo y gritar: “¡Oh Señor! Ya no me interesa la respuesta, sino sólo saca de mí este espíritu. No quiero dudar de ti; ¡no quiero estar orando y llorando por una respuesta, y aun así tener semillas de incredulidad en mi corazón!”

Es verdad que la parte más difícil de la fe es la última media hora. Cuando parece que Dios no va a responder, nos rendimos; dejamos todo atrás y pasamos a otro asunto. Cuando hacemos eso, pensamos que nos estamos entregando a la providencia de Dios, a su soberana voluntad. Decimos: “¡Señor, haz lo que tú sabes que es lo mejor!”, o “Bueno, seguro que Dios no quería eso.” ¡Pero eso *no es* lo que Dios se había propuesto! Cuando oramos por algo que obviamente es la voluntad de Dios — por ejemplo la conversión de un familiar — tenemos todo el derecho de mantenernos firmes y nunca rendirnos hasta que Cristo nos responda. Tenemos toda la razón para no hacerle caso al diablo. Tenemos todo el derecho de pedirle a Dios que siembre la fe de Jesucristo en nosotros y que no nos deje descansar hasta que veamos que la petición se cumple.

En cambio, con demasiada frecuencia desmayamos; no pasamos la prueba. Si no hubiéramos desmayado, todavía estaríamos aferrándonos, más decididos que nunca, hasta ver la respuesta. Pero el Señor ve en todo momento nuestro desfallecido corazón. Una descripción de esa experiencia humillante nos la da en 2 Reyes 6-7.

Samaria estaba sitiada por Ben-adad y su gran ejército sirio. La ciudad estaba muñéndose de hambre; una cabeza de burro costaba ochenta piezas de plata, y medio litro de estiércol de paloma costaba cinco. El profeta Elíseo le había profetizado al rey de Samaria que Dios iba a librar al pueblo de un modo sobrenatural. Había dicho que era necesario mantenerse firmes: esperar, orar, arrepentirse y confiar en Dios, sin importar lo mal que se pusieran las cosas.

Mientras el rey se paseaba por la parte superior del muro de la ciudad, probablemente pensó: *¿Cuánto más durará esto? No podemos aguantar mucho más. Si Dios no responde pronto, tendremos que salir con una bandera blanca y rendirnos.* En eso una mujer vio al rey y gritó: “Ayer mi vecina y yo cocinamos a mi bebé y nos lo comimos. Nos pusimos de acuerdo en que hoy nos comeríamos el de ella, pero ahora resulta que ella lo escondió. Majestad, eso no es justo; ¡hágala entregar su bebé también!”

¡Esa fue la gota que colmó la copa! El rey se rasgó el cilicio que llevaba puesto, y enfurecido vociferó: "¡Elíseo, eres hombre muerto! Nos has hecho creer que Dios iba a responder nuestra oración. Nos dijiste que iba a ocurrir un milagro." Cuando el rey encontró a Elíseo orando en medio de los ancianos, gritó: "¿Por qué voy a seguir esperando en el Señor?" En otras palabras: "¡Es demasiado tarde! Se ha acabado el plazo, y Dios no cumplió su palabra. La oración no va a servir de nada. Es hora de que tomemos las cosas en nuestras propias manos."

Mientras el rey desfallecía — mientras abandonaba su fe — la respuesta estaba casi a las puertas. Elíseo le dijo: "Mañana a estas horas valdrá el seah [como treinta y dos litros] de flor de harina un siclo, y dos seahs de cebada un siclo, a la puerta de Samaria" (2 Reyes 7:1). ¡Qué lástima que el rey no esperó veinticuatro horas más antes de estallar en ira! No sabía que Dios estaba en acción, creando un milagro. En el campamento de los sirios, un ruido milagroso llenó la atmósfera: el sonido de un enorme ejército de carros que retumbaban al avanzar hacia ellos. El pánico se apoderó de los sirios, dejaron caer todo y huyeron para salvar la vida. Fue así como los samaritanos pudieron traer a su ciudad carretas llenas de la comida del enemigo. A las puertas de la ciudad había abundancia de verduras, harina fina y barriles de cebada. Al contemplar aquello, el rey se debe de haber sonrojado cuando se acordó de que había dicho: "¡Dios no cumplió su palabra!"

Algo parecido me ha sucedido a mí por lo menos diez veces. Me he rendido y he dicho: "Qué vamos a hacer; eso seguro no era la voluntad de Dios. Es una situación imposible." Y a veces la respuesta llegó en cosa de una hora después que yo dijera eso. ¿Es eso lo que le está sucediendo? ¿Se ha rendido y ha dejado de presionar? Debe darse cuenta de que Dios ya está en acción, y de que su respuesta está a punto de llegar. Es cuando esperamos en fe y aguardamos hasta ver la respuesta, que crecemos en la fe y damos mayor gloria al nombre de Dios.

3. Somos probados por nuestras fallas.

Al decir esto, no quiero decir que los cristianos que recaen en sus antiguos pecados y se vuelven al mundo estén siendo probados. No; esos creyentes están *naufragando.* Pedro hace esta advertencia a los creyentes que están creciendo en santidad y están decididos a seguir al Señor: “Guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza” (2 Pedro 3:17).

Somos probados por nuestras fallas cuando caemos a pesar de todo el adelanto que hemos logrado con el Señor. Diversas cosas pueden ser causa de esa caída; por ejemplo, una raíz de ira. Si le pregunta a alguien qué fue lo que causó que cayera en la ira, tal vez le responderá algo así: “Fui provocado por mi propia familia y estallé. No puedo comprenderlo; pensé que me estaba volviendo un poco más dulce de carácter, un poco más parecido a Cristo. Pero alguien oprimió el botón equivocado y me descontrolé.”

Si hay una raíz de ira, de amargura, de orgullo o de cualquier otro tipo con la que Dios está trabajando en nuestra vida, Él hará que nuestro hogar sea un campo de pruebas. Seremos provocados una y otra vez, hasta que toda la culpa oculta quede expuesta y sea arrancada por el Espíritu Santo.

Tal vez pensemos: *Sólo soy un ser humano. ¿Cuánto se supone que debo aguantar?* No importa que seamos provocados, o incluso que podamos tener razón. La provocación simplemente afirma que necesitamos ser liberados en ese aspecto. Dice la Escritura: “Quítense de vosotros *toda* amargura, enojo, ira, gritería [pleitos] y maledicencia, y toda malicia [rencores]” (Efesios 4:31). Dios va a seguir probándonos hasta que digamos: “¡Tengo en mí un espíritu que debe salir!” No veremos ningún crecimiento en Cristo, ninguna paz en nuestro hogar ni en nuestro trabajo, sino hasta que podamos decir: “Tienes razón, Señor: ¡sácalo!”

A veces, cuando somos probados, tenemos la tendencia a sentirnos indignos. Hasta nos preguntamos si el Señor sigue amándonos. Permítame asegurarle que si de verdad nos hemos arrepentido, Dios nos envuelve a cada uno en sus brazos amorosos y nos dice: “He permitido que eso sucediera para que pudieras ver lo que hay en tu corazón. Pero estás avanzando, estás creciendo de verdad en los aspectos que a mí me importan. Has dicho que quieres caminar conmigo, y yo te estoy enseñando. Sé lo que hay dentro de ti, y voy a permitir que seas provocado hasta que te deshagas de todo eso. Pero lo importante es que estoy aquí contigo. ¡Permaneceré junto a ti en medio de todas tus pruebas!”

Nuestra respuesta es: “Señor, has puesto tu dedo en algunos aspectos de mi vida. Arranca esas cosas de mi corazón. Anímame, oh Señor, asegurándome que no estoy retrocediendo, sino que más bien estoy avanzando hacia ti.”

4. La prueba del aislamiento.

Sé lo que es encontrarse con el silencio de Dios, el pasar un tiempo sin oír su voz. He atravesado por períodos de completa confusión sin recibir aparentemente ninguna guía, cuando la delicada y apacible voz del Señor ha estado en completo silencio. Hubo ocasiones en que no tenía ningún amigo cercano que me diera una palabra de consejo. Todos mis esquemas de guía de tiempos anteriores habían salido mal, y había quedado en completa oscuridad. No podía ver el camino, y cometía un error tras otro. Quería decir: "Oh Dios, ¿qué es lo que ha pasado? ¡No sé qué camino tomar!"

Se pudiera decir que esa es una confesión positiva. Todos nos encontramos con ese tipo de confusión cuando Dios comienza a poner a prueba nuestro compromiso con El. Gracias a Dios que esa es sólo "la noche oscura del alma", y quedará atrás porque el Señor desea iluminar nuestro sendero. Las siguientes palabras brotaron de los labios de Jesús, el Hijo mismo de Dios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46).

La hora del aislamiento viene cuando parece que Dios ha ocultado su rostro, y ninguno de nuestros amigos comprende de verdad lo que estamos experimentando. Pero nos preguntamos: ¿De veras Dios esconde su rostro de quienes ama? ¿No es posible que retire su mano por un momento para enseñarnos a confiar y a depender de Él? La Biblia responde con claridad: "Dios lo dejó [a Ezequías], para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón" (2 Crónicas 32:31).

Puedo decir con sinceridad que Cristo nunca ha sido más real para mí de lo que es hoy. Pero también puedo decir que hay ocasiones en que parece que puedo hacer muy poco por penetrar los cielos, ocasiones en que me pongo de rodillas y descubro que el cielo parece de bronce. ¿Le ha pasado a usted? La oración no llega y sólo siente vacío y derrota. Entonces el corazón clama: "Oh Dios, ¿dónde estás?"

Dios dice: "Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento" (Isaías 54:8). Pero también es "el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias" (Salmo 103:4). El promete que en nuestros tiempos de aislamiento nos mostrará una tierna y amorosa misericordia.

En cierta ocasión, después de mis reuniones evangelísticas en San Francisco, un joven entró a la sala de oración. Lo había conocido años atrás cuando asistió a una de mis cruzadas, donde lloró arrepentido y oró pidiendo ser salvo. Aquella noche salió de la sala de oración con verdadero gozo en su corazón. Pero ahora se veía completamente desolado; nunca en mi vida había visto un rostro joven tan triste. Me dijo:

—Señor Wilkerson, no sé hacia dónde encaminarme. No tengo gozo, y Dios parece estar muy lejos. Me siento tentado, y temo que voy a caer en el pecado y perder mi contacto con Dios. ¡No siento nada más que temor y temblor!

Le puse la mano en el hombro y le dije:

— Hijo, esta es tu hora de prueba. Dios te está probando para ver qué hay en tu corazón. ¿Estás dispuesto a arrepentirte, aceptar su perdón y seguir acercándote a la Luz? Dios no te ha abandonado.

De repente empezaron a correrle lágrimas por las mejillas:

— ¿Quiere decir que en realidad Dios no está enojado conmigo?

— No — respondí.

— Y este desasosiego y desesperanza que tengo, ¿será resultado de algún hábito terrible en mi vida? — me preguntó.

Le dije que eso sólo él podía contestarlo.

— Pues no, no lo creo — replicó él.

Entonces, de pronto, comenzó a ver la luz: ¡después de todo no era culpa de Dios! Era su descuido de la oración y del hambre por la Palabra, durante su temporada de sufrimiento, lo que le había hecho temer y tropezar. En ese momento el Espíritu del Señor comenzó a dispensarle esperanza; levantó sus manos y alabó al Señor: “Ayúdame a salir de esto, Señor. ¡Restaura mi fe!”

Cuando me despedí de él, le estaba dando gracias a Dios por hacerlo retornar a un compromiso sólido. El Espíritu Santo estaba comenzando a resplandecer de nuevo en él.

He sabido lo que significa orar por el dinero necesario para sostener nuestro ministerio, y después recibirlo. He sabido lo que significa recorrer un año entero con Cristo conduciéndome a cada paso del camino, con su voz susurrando detrás de mí: *David, este es el camino, sigúelo.* He sabido lo que significa sacar una libreta y un lápiz para apuntar preguntas y dejar que Él me las responda. Entonces he dado vuelta de inmediato para encontrarme con noches de profunda y oscura confusión en que no sabía qué rumbo tomar. He cometido múltiples errores que me sumían en la desesperanza, y he clamado: “Oh Dios, ¿dónde estás?” Me he encerrado en el aposento de oración durante tres o cuatro semanas seguidas, diciendo: “Dios, tengo que tocarte. ¡Quebrántame!” No he sentido nada más que mi propio dolor, el frío del corazón y el pesado silencio del cielo. Pero en medio de todo eso he percibido que Dios estaba en acción. He oído al Espíritu decir: *Solamente mantente firme. Domina tu propia tormenta. Cuando el enemigo llegue como una inundación, el Espíritu del Señor levantará un estandarte contra él* (véase Isaías 59:19).

Conozca en quién ha creído

Quizás esté pasando ahora mismo por un torrente de pruebas. Usted me entiende cuando digo que el cielo parece de bronce. Usted sabe bien lo que son las caídas repetidas. Usted ha esperado y esperado por respuesta a sus oraciones. Le han servido un cáliz de aflicción. ¡Nada ni nadie puede alcanzar esa necesidad de su corazón!

Una vez, después de predicar acerca de las pruebas y las dificultades, se me acercó una mujer y me dijo:

— Esta mañana cuando llegué a la iglesia, entré aparentando felicidad y despreocupación. Pero cuando usted habló del cáliz del sufrimiento me puse a llorar. Me di cuenta de que simplemente era una fachada. Mi esposo me abandonó, y mi hogar está en gran angustia. He tenido que encubrirlo todo. Pero ahora sé: ¡estoy siendo invadida!

Aquella mujer estaba quebrantada delante del Señor. Oré con ella para que Dios mantuviera fuerte su fe, y ella salió con verdadero gozo del Señor en su corazón.

Cuando un hombre o una mujer tiene hambre de Dios, las fuerzas enemigas se abalanzarán con gran furia contra esa persona. En realidad, hay para los hijos de Dios un tiempo difícil de zarandeo. Pero ese creyente puede ponerse de pie y decir: "Aunque esté pasando pruebas y dificultades, aunque todas esas fuerzas se preparen contra mí, 'yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día' (2 Timoteo 1:12)."

¡Ese es el momento de tomar su lugar! No es necesario que esté en condiciones de reír o de regocijarse, porque puede ser que en ese momento usted no tenga ninguna felicidad. En realidad, quizás en su alma no haya sino confusión. Pero puede saber que Dios todavía está con usted, porque la Escritura dice: "Jehová preside en el diluvio, y se sienta Jehová como rey para siempre" (Salmo 29:10).

Pronto escuchará su voz: *No te asustes, no tengas pánico. Solo mantén tus ojos fijos en mí. Entrégamelo todo a mí.* Y tendrá la certeza de que sigue siendo objeto del increíble amor del Señor.

13
Santos zarandeados

Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.

Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.

El le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte.

Y él le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.

Lucas 22:28-34

Quizás haya oído hablar de la ya fallecida Kathryn Kuhlman, de Pittsburgh, muy renombrada por su ministerio de sanidad en el cual Dios la empleó poderosamente. El Señor me concedió la gracia de ministrar con ella en esa ciudad durante más de cinco años; durante esa época, mi esposa Gwen y yo llegamos a conocerla bien.

Algo que recuerdo con claridad de Kathryn es la voz apenas de susurro que usaba cada vez que hablábamos de Satanás y las fuerzas de las tinieblas. En cierta ocasión comencé a contarle acerca de nuestra labor con drogadictos y alcohólicos en Nueva York. Debe de haber pensado que yo tomaba el tema demasiado a la ligera en cuanto a la actividad demoniaca, porque mientras yo hablaba ella tomó un aspecto muy sombrío. Con voz muy callada finalmente me dijo:

— David, nunca tomes con ligereza el asunto de las batallas espirituales o las potestades satánicas. Es un tema muy serio.

Que yo sepa, Kathryn jamás tuvo miedo a Satanás ni a los demonios. Pero el tema de los principados y potestades de las tinieblas no era para ella asunto liviano. Dios le había dado ojos espirituales para ver precisamente una parte de la guerra que se estaba librando en los cielos por las almas de los seres humanos.

Cuando Jesús anduvo en la tierra, conocía demasiado bien la fiereza del poder de Satanás, el cual llega con todas las armas del infierno para zarandear al pueblo del Señor. No creo que ninguno de nosotros pueda tener una noción exacta del tremendo conflicto que ahora mismo ocurre en la esfera espiritual. Tampoco nos damos cuenta de lo resuelto que está Satanás a destruir a todos los creyentes que han decidido firmemente, con un corazón anhelante, llegar hasta el final con Cristo. Pero la verdad es que en nuestro andar cristiano, en cierto momento llegamos a cruzar una frontera — la “frontera de la obediencia” de la que traté con anterioridad en la historia de Rut — que hace sonar todas las alarmas en el infierno. Cuando cruzamos esa línea para pasar a una vida de obediencia a la Palabra de Dios y de dependencia sólo de Cristo, nos convertimos en una amenaza para el reino de las tinieblas, y en blanco favorito de

los principados y las potestades demoniacas. El testimonio de cada creyente que se vuelve al Señor con todo su corazón, incluye la repentina arremetida de dificultades y pruebas extrañas e intensas.

Si usted ha cruzado la frontera de la obediencia, entonces está causando repercusiones en el mundo invisible. Todos hemos experimentado algún tipo de hostigamiento del infierno.

La congregación de la *Iglesia Times Square*, localizada en la sección central de la ciudad más grande de los Estados Unidos, representa la más variada gama de personas, y todas ellas experimentan ese tipo de hostigamiento. Un domingo por la noche tuve que interrumpir el culto para hacer este anuncio: “Alguien está tratando de entrar por la fuerza a un automóvil amarillo que está estacionado exactamente frente a nuestra puerta. ¡Si ese auto es suyo, salga de inmediato!” Ya los ladrones se habían robado el radio y estaban en proceso de robarse el auto. Gracias a Dios salieron corriendo y el auto se pudo rescatar.

La dueña resultó ser una mujer muy comprometida con la obra del Señor. Unos días después llamó a mi oficina y me dijo:

— Pastor, yo supe inmediatamente que ese hostigamiento venía de Satanás. El estaba tratando de impedir que escuchara la predicación del evangelio. ¡Pero eso no me va a desanimar!

A otra mujer de Nueva Jersey le dañaron el guardabarros del auto, y en otra ocasión le robaron el auto. Sabía lo que estaba sucediendo: también esa mujer estaba cambiando y creciendo en el Señor. Había cruzado la línea a favor de Cristo, y ahora Satanás la estaba acosando, tratando de disuadirla de asistir a la iglesia.

“¡Simón, Simón! … Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo.” Aquí introduce Jesús este tema del zarandeo de los santos. En la época de Cristo, los que trabajaban con el trigo tamizaban el grano antes de meterlo en sacos. A paladas echaban el trigo en un cajón cuadrado cubierto de una malla, y luego daban vuelta al cajón y lo agitaban violentamente. La tierra y los residuos caían a través de la malla hasta que quedaban solamente los granos de trigo.

En este versículo, *zarandear* significa sacudir y separar; ser conmovido por la agitación de pruebas repentinas. Jesús se sirvió de esa analogía para decirle a Pedro: “Satanás piensa que tú no eres más que tierra y residuos, que cuando te ponga en el tamiz y te sacuda, vas a caer al suelo.”

Están las pruebas y dificultades, y también está él *zarandeo.* Considero el zarandeo como una arremetida satánica específica, de grandes dimensiones y totalmente abierta. Habitualmente viene comprimida en un período de tiempo breve pero muy intenso. Para Jesús fueron cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, cuando Satanás se acercó a El con todos los engaños del reino de las tinieblas. Para Pedro, el zarandeo iba a durar sólo unos días. Pero esos días habían de convertirse en los más estremecedores de su vida, en que su fe se sacudiría con más fuerza que nunca; serían días que le ocasionarían más remordimiento.

Fijémonos en que el Señor no oró para que Pedro fuera eximido del zarandeo de Satanás. Más bien oró para que su fe no desfalleciera. Ese es el blanco principal de Satanás: nuestra fe. Estudiemos este ejemplo en relación a nuestra fe, y al zarandeo de nuestra vida por parte del diablo.

Cuando viene el zarandeo

Lo primero que aprendemos de este relato es que el zarandeo de Pedro vino *inmediatamente después de una gran revelación.*

Pedro y los otros discípulos acababan de recibir de Jesús una promesa de un ministerio fructífero. Les había dicho: “Yo os asigno un reino”, para que ellos comieran y bebieran a su mesa y se sentaran en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

La palabra griega que se traduce *asignar* viene de una raíz que significa “canalizar”. Jesús les había hecho a sus discípulos una promesa increíble. En esencia les había dicho: “Yo voy a canalizar mi reino por medio de ustedes, así como el Padre ha hecho de mí un canal de su gloria.” Esos hombres no sólo iban a ser canales de la majestad de Cristo, sino que además iban a sentarse a la mesa del Señor para gozar de una eterna intimidad con El. ¡Iban a convertirse en príncipes, que gobernaran y reinaran junto con El!

Pero poco sospechaba Pedro que, mientras Jesús declaraba esas promesas gloriosas, su corazón estaba orando en agonía por lo que veía en el mundo espiritual invisible. Satanás estaba ante el trono del Padre, acusando a Pedro y pidiendo permiso para echarle mano, como lo había hecho con Job. Debe de haber dicho algo así: “El Hijo de Dios llama ‘roca’ a ese hombre, a Pedro, y dice que va a edificar su iglesia sobre la clase de fe que él tiene. Pero yo digo que él no es ninguna roca de fe; ¡es paja, y es indigno de ser un canal de tu gloria! Déjame sacudirlo, déjame ponerlo a prueba. Tiene un rasgo maligno, y no va a durar. ¡Va a caer!”

Hay que entender que Satanás busca zarandear sólo a los que son una amenaza para su actividad. Anda en busca del árbol con mayor potencial de dar fruto. Pero ¿por qué quería el diablo zarandear a Pedro en ese momento? ¿Por qué estaba tan deseoso de ponerlo a prueba? Bueno, es que durante tres años Pedro había estado expulsando demonios y sanando enfermos. Satanás había oído a Jesús prometer a los discípulos otro bautismo, un bautismo con el poder del Espíritu Santo y con fuego … ¡y eso lo hizo temblar! Ahora, el diablo había oído del plan definitivo de Dios de que Pedro gobernara en el nuevo reino. Estaba consciente de que los últimos tres años no serían nada en comparación con las obras mayores que Pedro y los demás discípulos iban a realizar como preludio de aquel día. Después de haber seducido a Judas, iba a tener que buscar en Pedro un lado de corrupción del cual aprovecharse, para hacer que la fe de Pedro fallara.

Tal vez, como Pedro, usted se encuentra ahora mismo en el tamiz, siendo sacudido y zarandeado. Y se pregunta: ¿por qué yo? ¿Y por qué precisamente ahora? ¡Ante todo, debería regocijarse de tener tal reputación en el infierno! Satanás nunca habría pedido permiso a Dios para zarandearlo, si usted no hubiera cruzado la frontera de la obediencia. Si no, ¿por qué iba él a invertir sus esfuerzos en acosarlo y atribularlo, hiriéndolo y sacudiendo todo lo que usted tiene? Lo está zarandeando porque usted desempeña una parte importante en la Iglesia de Dios en estos últimos días. Dios está volviendo a hacer algo nuevo en este último y gran avivamiento, y lo ha apartado a usted para que sea un testigo poderoso para muchos. Lo ha liberado, y lo está preparando para sus propósitos eternos. Cuanto mayores sean sus dones, cuanto mayor sea su potencial, cuanto mayor sea su entrega a la voluntad de Dios … más fuerte será su zarandeo.

El zarandeo puede quitar el orgullo

Pedro no tenía conciencia de que hubiera en su vida debilidades demasiado grandes. Escuchemos su testimonio: “Señor, ¡estoy dispuesto a irme contigo! He pasado tres años maravillosos con la mejor capacitación posible. He estado en el oficio. Tengo experiencia. He visto huir a los demonios, y he hecho que grandes multitudes se acerquen a Dios. ¡He crecido muchísimo! No soy el que era hace tres años. Gracias a Dios que estoy listo, y voy a seguirte hasta el final.”

Ni siquiera la advertencia del Señor conmovió la confianza de Pedro en sí mismo. Jesús estaba tratando de sacudir a su discípulo, de hacerlo despertar al peligro que tenía enfrente, pero parece que Pedro no oyó ni una palabra. Lo que Jesús le dijo no le hizo la menor mella, porque no tenía discernimiento. Pedro se hallaba en grave peligro, a sólo unas horas de cometer un pecado inconcebible. Y aun así seguía su camino con toda seguridad, ufanándose: “Estoy listo; no voy a fallar. ¡Si hay alguien que va a llegar hasta el final, ése soy yo!”

Quizás también usted se haya encontrado a veces en la misma situación de Pedro. Dios tiene su mano puesta sobre usted. Ha crecido en el Señor y lo ama con todo su corazón; pero no piensa que pueda fallar. No tiene conciencia de que Satanás está a punto de zarandearlo, de que va a ser golpeado fuertemente por el embate del enemigo.

De inmediato me viene a la mente un ejemplo concreto de esto: el de un evangelista joven, lleno del poder de Dios, a quien el Señor usaba grandemente para sanar a los enfermos. Tenía una unción especial y recibía revelación de la Palabra. La mano de Dios estaba posada sobre él con poder.

En cierto momento él y su esposa comenzaron a distanciarse, y se separaron. El evangelista puso sus ojos en una joven. Sabía que era incorrecto cortejarla, de modo que decidió que serían “sólo amigos”. Empezó a llamarla por teléfono dos o tres veces al día y todas las noches, “sólo para hablar de Cristo”, según él. Por fin terminó divorciándose de su esposa y casándose con la otra mujer.

Cierto, él todavía tiene su ministerio, pero es apenas una fracción de lo que debió haber sido. No debemos engañarnos: ese hombre perdió de vista a Dios. Su ejemplo debe servirnos de seria advertencia a todos. Que Dios arranque de nuestro corazón todo orgullo espiritual, y que hagamos caso de sus advertencias.

En cuanto a Pedro, en cosa de veinticuatro horas después de su jactancia se convirtió en un paralítico moral: se puso a maldecir, se dejó llevar por la cobardía, y negó tres veces a Cristo. Hizo algo tan malo y perverso que nunca habría podido pensar que fuera posible. Sin embargo, Jesucristo no podía ni quería interrumpir el proceso de zarandeo de Pedro. Había algo dentro de ese discípulo que tres años de pura instrucción no podían tocar, algo que los milagros, señales y prodigios no podían sacudir, algo que las advertencias de Jesús no podían arrancar. Lo único que le quedaba al Señor era dejar que Pedro pasara por el fuego, que quedara directamente en manos de Satanás y que fuera tentado de modo abrumador.

Pedro necesitaba ser quebrantado y humillado. Tenía que ver el orgullo que acechaba en su corazón. En todos los casos en que hay esa falta de discernimiento y esa ceguera respecto a la confianza en uno mismo, la mano de Satanás que zarandea es la única alternativa que queda para limpiar el vaso, para que pueda ser empleado por Cristo.

La función de la oración

Cuando alguien está pasando por el fuego del zarandeo, ¿qué deben hacer los que están a su alrededor? ¿Qué hizo el Señor ante la inminente caída de Pedro? Jesús dijo: “Yo he rogado por ti, para que tu fe no falle.”

Cuando miro este maravilloso ejemplo del amor de Cristo me doy cuenta de que no sé casi nada acerca de cómo amar a los que caen. Sin duda Cristo es ese “amigo … más unido que un hermano” (Proverbios 18:24). Él veía tanto lo bueno como lo malo en Pedro, y llegó a esta conclusión: “Vale la pena salvar a este hombre. Satanás lo desea, pero yo lo deseo todavía más.” Judas no podía ser salvado; no tenía un corazón dispuesto para el Señor. Judas se había vendido a la codicia y a la envidia, y eso lo convirtió en puerta abierta para Satanás. Pero Pedro amaba verdaderamente al Señor, y Jesús le dijo: “Yo he rogado por ti.” Cristo había visto venir el conflicto desde mucho antes. Pasó probablemente muchas horas frente a su Padre hablando acerca de Pedro: de cómo lo amaba, de lo necesario que era en el reino de Dios, de cómo lo valoraba como amigo.

¡Señor, danos a todos ese tipo de amor! Cuando vemos a hermanos que transigen con el mal o que se encaminan hacia la dificultad o el desastre, concédenos amarlos lo suficiente como para advertirles con tanta firmeza como lo hizo Cristo con Pedro. Entonces diremos: “Estoy rogando por ti.”

Necesitamos decir eso con amor, no de un modo acusador. Con demasiada frecuencia reaccionamos así: “Andas tan mal, le haces tanto el juego al pecado. ¡Necesitas tanta oración como puedas conseguir!”, o “Voy a orar por ti. ¡Sin duda lo necesitas!” Pero Jesús no se puso a sermonear a Pedro. No le dijo: “¡Si tan sólo me escucharas! ¡Si tan sólo te hubieras quedado despierto y hubieras orado conmigo en el huerto! ¡Si no fueras tan orgulloso!” Más bien, el Señor se limitó a decir: “Yo he rogado por ti.” También nosotros debemos llevar a esos hermanos ante el trono de Dios, y suplicar que salgan airosos de esas pruebas, con su fe intacta. Y ojalá ellos respondan en la misma forma cuando nosotros nos hallemos en la misma situación.

Aunque Jesús le habla a Pedro, su interés y su oración es por todos los discípulos … y también por nosotros hoy:

> Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son … Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre … No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.
>
> Juan 17:9, 11, 15

Cuando Jesús se enfrentó en el desierto con las artimañas del diablo, las derrotó con la Palabra de Dios: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). “Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios” (Mateo 4:7). “Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mateo 4:10).

Hoy tenemos uno más de esos “escrito está” con el cual podemos batallar contra Satanás. Es éste: “Yo he rogado por ti, para que tu fe no falle.” Usted puede decirle al diablo: “Podrás haber obtenido permiso para zarandearme, para tratar de derribar mi fe. Pero tienes que


saber esto: ¡Mi Jesús está rogando por mí!”

Después del zarandeo

Cuando Pedro fue zarandeado, falló de un modo miserable … pero no en su fe. Usted puede estar pensando: “¿Cómo puede ser eso? Tres veces ese hombre negó conocer a Jesús. ¡Maldijo y lo juró!”

Pero es que si Pedro fallara, entonces la oración de Jesús no habría servido de nada. Sé que la fe de Pedro no falló, porque en el mismo momento en que juró y parecía como si el Señor hubiera perdido un amigo y un discípulo ungido, Pedro miró los ojos de Jesús … y se derritió. Recordó cómo el Señor había dicho: “Me negarás tres veces”, y entonces “Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (Lucas 22:61-62). *Lloró amargamente*, en el texto griego, sugiere que lloró con “un llanto penetrante, violento”. Me imagino a Pedro caminando hacia las colinas de Judea, cayendo rostro en tierra con las manos extendidas, y gritando: “¡Oh Padre, El tenía toda la razón! No le hice caso. Él me advirtió que Satanás iba a tratar de destruir mi fe. ¡*No estoy* listo! ¿Morir por Jesús? ¡Si ni siquiera pude defenderlo ante una criada! Perdóname, Señor … ¡yo lo amo! ¿A quién más podría ir?” En eso la fe de Pedro se agarró de algo más que Jesús había dicho: “Y tú, una vez vuelto [a mí], confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). Cuántas veces debe de haber repetido Pedro esas palabras en su mente, pensando: “¿Acaso no dijo Jesús que yo iba a volver a Él, que iba a ser traído de regreso? ¿No dijo que todavía tenía un ministerio? Después de lo que he hecho, ¿de veras podré ayudar a otros?”

Sí, Dios respondió la oración de su Hijo. Puedo ver a Pedro de pie, con el Espíritu de Dios fluyendo a través de él, con las manos elevadas al cielo, gritando: “¡Vete, Satanás! Le fallé, pero todavía lo amo. Él prometió, o de hecho profetizó, que yo iba a volver y servir para los demás de fortaleza, ser una roca. ¡Ahora vuelvo a mis hermanos!” En efecto, Pedro fue el primer discípulo que llegó al sepulcro cuando se enteró de que Cristo había resucitado. Estaba junto con los demás discípulos cuando el Señor se apareció en medio de ellos más tarde. Estaba allí adorando cuando Cristo fue trasladado a la gloria. Fue Pedro el que se levantó como portavoz de Dios el día de Pentecostés … ¡y vaya sermón el que predicó!

Hoy día hay toda una multitud de nuevos convertidos que están regresando al Señor, judíos y gentiles por igual, y también muchos que se habían descarriado. ¿Dónde hallarán fortaleza en los tiempos difíciles que se acercan? La encontrarán en esos santos *zarandeados*, que les pueden decir con autoridad: “No confíe en usted mismo. Cuando crea estar de pie, fíjese bien, no sea que caiga” (véase 1 Corintios 10:12).

¿Percibe una fuerza seductora de tentación en su vida? ¿Se está gestando ahora en su corazón alguna clase de dificultad profunda? Entonces escuche las palabras de Cristo y comprenda que tal vez a Satanás se le dio permiso para zarandearlo. No tome el asunto a la ligera. No es necesario que usted falle como Pedro; más bien debemos leer su historia y escarmentar con ella. Pero incluso, si ha fallado y ha ofendido al Señor Jesús, usted puede mirar al rostro de Cristo, como lo hizo Pedro, y recordar que El está orando por usted. Arrepiéntase, vuelva, y luego testifique de su experiencia a otros que están siendo zarandeados.

Le he pedido al Señor que me ayude a darles a los creyentes caídos la misma palabra de esperanza que les dio Cristo. El no dijo: “*Si* vuelves”, ni “*Si* te conviertes”, sino “*Cuando* vuelvas”. Quiero poder mirar a esas ovejas que lloran, que están quebrantadas, que fallan, y decirles con esperanza y seguridad: “Cuando haya pasado este zarandeo, cuando tu fe esté

más fuerte, cuando te hayas restaurado … ¡Dios te va a usar!”

De manera que si usted es uno de los “santos zarandeados” de Dios, ánimese. Yo lo sé, y usted también debe recordarlo: Satanás no va a venir contra usted a menos que vea en su corazón un vestigio de santidad y de obediencia.

14
La escuela de la compasión

Un médico amigo mío me contó una vez el proceso que había usado Dios para reclutarlo en la escuela de la compasión. Los médicos ven tanto sufrimiento, que a menudo se vuelven inmunes a él, y hubo un tiempo en que ese amigo mío no era diferente de otros. Tenía muy poca empatia por las personas que sufrían. No podía comprender, por ejemplo, por qué los pacientes con piedras en el riñon gritaban de dolor. Pensaba: *No es posible que sea tan grave. Deben estar exagerando un poco; tal vez para que se les administre medicamentos.* Pero un día se despertó él mismo con piedras en el riñon, y el dolor era peor de lo que sus pacientes le habían dicho. ¡Era terrible! Necesitó analgésicos para poder sobrevivir. Hoy día mi amigo tiene verdadera compasión por el dolor de sus pacientes.

Mi esposa me ha enseñado algunas de las cartas que ha recibido de mujeres a quienes se les ha practicado la mastectomía o que han ido a ser examinadas porque tenían un nodulo en la mama. Ellas saben que Gwen ha sobrevivido a muchas operaciones de cáncer, y que ella conoce el sufrimiento de despertarse con la terrible sensación de estar desfigurada. Las mujeres que le escriben a Gwen claman por compasión y esperanza, y mi esposa conserva sus cartas como joyas. Esas mujeres que pasan dolor son para ella como estudiantes que sufren. Ella ha recorrido la escuela de la compasión de Dios, y ahora puede ofrecerles consuelo, esperanza y fortaleza.

Asimismo, hoy día hay una “escuela de compasión” del Espíritu Santo, que está compuesta por santos probados y zarandeados. Han sido sacudidos de un lado a otro, han sido tentados, puestos a prueba, maltratados. La Biblia habla de una “participación de sus padecimientos” (Filipenses 3:10). Es una participación o comunión con Cristo, un compartir pruebas profundas, misteriosas, insondables. Porque también El sufrió gran angustia mental y física. Cristo fue rechazado, fue objeto de desconfianza, de insultos, de burlas y de risas. Estuvo solo, con hambre, pobre, sin recibir amor, víctima de calumnias, avergonzado y hecho motivo de burlas. Se le llamó mentiroso, impostor, falso profeta. Fue humillado por otros. Su familia misma lo malentendió. Sus amigos más cercanos perdieron la fe en El. Sus propios discípulos lo abandonaron y huyeron. Por último fue escupido, escarnecido y ejecutado. Sí, Cristo se solidariza con todas nuestras heridas y sufrimientos porque El mismo pasó por ellos: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

Puede tener la seguridad de que Dios tiene un propósito detrás de cada prueba específica que esté soportando ahora. Y creo que, en última instancia, ese propósito consiste en levantar consoladores en el cuerpo de Cristo.

El sufrimiento produce consoladores

Tal vez usted no entienda por qué ha pasado por pruebas tan duras. En efecto, su vida puede haber resultado a veces tan difícil que estuvo a punto de rendirse. Pero entonces vino el Espíritu Santo y trajo la paz a su corazón.

El, como Consolador nuestro, viene en nuestra pena más profunda, y nos fortalece, nos ayuda y nos anima. Detrás de su labor hay un propósito eterno: “Para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2 Corintios 1:4-5). Pablo explica que a algunos se les permite soportar mucha aflicción, no sólo para que aprendan, sino para beneficiar y enseñar a otros: “Si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación” (2 Corintios 1:6).

Sin embargo, ¿quién de nosotros puede mirar por lo que está pasando y decir: “Esto va a consolar, bendecir y salvar a otros que pasarán por la misma situación”? ¡Prácticamente nadie! Si bien es difícil de creer y de aceptar durante el tiempo de la prueba, la Palabra de Dios aun así lo afirma como verdad: “La tribulación produce paciencia” (Romanos 5:3).

Por medio de su escuela de sufrimiento, Dios está capacitando compadecedores. El ve las grandes tribulaciones que le aguardan a la Iglesia: sufrimientos increíbles y persecuciones dolorosas. Y Dios no quiere dejar a su pueblo sin testigos probados y veraces en este último tiempo. Usted ha estado en la escuela de la compasión del Espíritu Santo porque Dios tiene para usted un ministerio de consolación. Usted está aprendiendo grandes lecciones, todo con el propósito de infundir esperanza y consuelo a otros que ahora están comenzando a pasar por el fuego.

Hoy día el cuerpo de Cristo necesita personas que no hayan sido agraviadas ni destruidas por sus sufrimientos; que no estén abatidas, descorazonadas o llenas de preguntas, sino que más bien se mantengan firmes en el amor de Dios, demostrando que El es fiel en todas las cosas. Deben ser personas pacientes, capaces de aguantar, fuertes en la fe. Deben ser un ejemplo para los débiles, una fuente de verdadero alivio y consuelo. Para los que no han sufrido es fácil dirigir palabras de consuelo a los que sufren. Pero a menos que ellos mismos hayan pasado por el fuego y hayan muerto a su propia sabiduría y doctrinas, sus palabras son frases muertas. No tienen verdadero consuelo para ofrecer a los que de verdad lo necesitan.

Tenemos posibilidad de elegir

Nuestros sufrimientos pueden equiparnos o destruirnos. Fijémonos en esta descripción de Hebreos:

Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.

Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.

Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.

Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados.

Hebreos 12:6-15

Todo es asunto nuestro. Podemos permitir que nuestro sufrimiento se convierta en una escuela de compasión para ayudar a otros, o se convertirá en un campo de exterminio que nos destruya y contamine a los que nos observan.

Si soportamos grandes sufrimientos porque estamos siendo disciplinados por el Señor, podemos consolarnos al saber que El nos disciplina en su gran amor, para producir en nosotros su santidad. Es para provecho nuestro, y si estamos dispuestos a que se nos capacite así, más tarde producirá en nosotros un fruto apacible de justicia.

Por otro lado, si una semilla de amargura echa raíces, nos destruirá y contaminará. Pero hay una forma segura para detener esa raíz y esa contaminación: ¡Alentarnos a nosotros mismos en el Señor! Levantemos las manos caídas, fortalezcamos las rodillas vacilantes y enderecemos los senderos para nuestros pies, para que lo que está lisiado pueda sanarse. Este es un llamado a que nos despertemos, a que nos sacudamos toda apatía, a que regresemos a servir a Dios y a confiar en El, a ser sanados de toda duda. Debemos deshacernos de todo pensamiento de rendirnos. Debemos tomar cautivo todo pensamiento de “aflojar las cosas”, obedeciendo por completo al Señor.

Las aflicciones o sufrimientos por sí mismos no nos enseñan. Hay muchas personas buenas que no han aprendido nada en sus tribulaciones; algunas hasta han perdido terreno con Dios. Sólo podemos aprovecharnos de los sufrimientos *entendidos* y las aflicciones *aceptadas* como cosas que vienen de la mano de Dios. Nuestra carne se irrita y se deprime ante cualquier clase de sufrimiento. Por eso hoy abundan tantas doctrinas falsas, que nos dicen que los cristianos nunca deben sufrir (¡o incluso que no deben morirse!). Esas doctrinas complacen la carne. De manera que, a menos que comprendamos que Dios permite nuestros sufrimientos y que tiene

un propósito de enseñarnos en todas nuestras aflicciones, nuestro crecimiento espiritual se verá estorbado por esas pruebas. Dijo David: “Al Señor busqué en el día de mi angustia” (Salmo 77:2). Ese es el propósito de Dios: arrancarnos del amor a este mundo y llevarnos hacia la total dependencia de Cristo, quien nos da toda la ayuda que necesitamos.

¡Dios nos conoce! El permite nuestras aflicciones, y nos dice: “Tú eres de los que me olvida en los tiempos buenos. Me descuidas cuando todo sale bien. Pero te amo demasiado como para perderte ante el diablo. Te voy a despertar mediante la aflicción, para recordarte lo breve que es la vida y para hacerte depender de mí.”

He aquí algunos buenos argumentos que usar cuando el diablo le dice que las personas piadosas no sufren:

1. Cristo sufrió muchísimo en la carne; y El era perfecto.
2. Pablo y todos los padres de la Iglesia sufrieron grandes aflicciones, pero Dios los amaba entrañablemente y los usó con gran poder.
3. Para los piadosos, el sufrimiento no es una señal del desagrado de Dios sino de que son hijos. A quienes Él ama, los disciplina.
4. Toda aflicción tiene como propósito mi beneficio y crecimiento espiritual, así como equiparme para que tenga compasión hacia los que están en necesidad.
5. Mi sufrimiento puede ser penoso y doloroso. Pero si lo acepto, después dará el fruto de la santidad y del puro amor a Dios.

El día de la liberación

Anteriormente hemos visto este versículo: “Muchas son las aflicciones del justo” (Salmo 34:19). La palabra hebrea que se emplea en ese pasaje y que se traduce “aflicciones” es *ra*, que significa “mal, calamidad, angustia, infortunio, pena, tribulación, miseria”. Eso abarca prácticamente todo lo que pudiera sucederle a un ser humano. Esas aflicciones son muchas; y, sí, les suceden a los justos. Esa es la Palabra de Dios, simple y llana.

Pero la Biblia dice también: “Claman los justos, y Jehová oye, y los libra de todas sus angustias” (Salmo 34:17). *Librar* significa “arrebatar, sacar, rescatar”.

¿Cómo entenderemos la liberación en este sentido, cuando una prueba puede parecer interminable? Ciertamente nadie duda de que Dios puede intervenir y poner fin a todo nuestro sufrimiento, dolor o angustia. Con sólo pronunciar una palabra, El puede enviar en nuestra ayuda una legión de ángeles, un ejército del cielo. (Ya sabemos que El tiene ángeles que acampan alrededor de cada creyente.) Pero también sabemos que, como un buen padre que disciplina a sus hijos, un Dios omnisciente no nos pondría en el horno para purificarnos, para luego detenerse a medio camino de su proceso de refinamiento y dejarnos así porque nos tenía lástima. Él no nos dejará hasta cumplir su voluntad; ¡si no, todo habría sido en vano!

No siempre somos librados por medio de un alivio de nuestros sufrimientos, sino por la intensificación de los mismos, porque Dios quiere apresurar nuestra salida por nuestro morir a este mundo. No somos liberados cuando somos rescatados del sufrimiento, *sino cuando morimos a nuestra carne. ¿Ha* clamado a Dios pidiéndole que lo libre, para luego ver un aumento de sus problemas? ¿Las cosas se están poniendo peores en vez de mejorar? Entonces regocíjese, porque está a punto de ser entregado a la muerte. Está a punto de perder toda su lucha y morir a su propia voluntad. Esa es su escapatoria: morir a su misma voluntad.

No viene la liberación mediante la resignación sino mediante la resurrección. Cuando Israel llegó al Mar Rojo, con el ejército del Faraón pisándoles los talones, ¿cómo los libró Dios? ¿Eliminando la dificultad? No; no fueron librados sino hasta que bajaron al Mar Rojo. Esa fue una prefiguración de lo que es morir al mundo: morir, en otras palabras, a la confianza en su propia carne.

No es un gran testimonio poder decir: “Dios me dio una fe especial. Yo proclamaba la Palabra, y todas mis dificultades, sufrimientos y enfermedades terminaron. ¡Gloria a Dios, que estoy libre de todo sufrimiento y aflicción!” El testimonio mucho mayor es poder decir: “No importa qué venga en el futuro, no importa cuál sea la prueba o aflicción, Dios ha demostrado ser fiel. En mí Él ha producido vida sacándola de la muerte. Ninguna de esas aflicciones puede conmoverme ahora. Puedo decir con plena confianza en su amor: ‘Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.’ “

Entonces, incluso en medio de nuestro dolor, podremos ofrecer verdadero consuelo a los demás; un consuelo sacrificial que trae deleite al corazón de Cristo.

15
El Dios de nuestros monstruos

No podríamos hablar acerca de sufrimientos y pruebas, ni siquiera del tema del consuelo verdadero frente al falso, sin echar una mirada a la vida del creyente más atribulado, angustiado y desesperado de todos los tiempos. Era un hombre justo, que amaba a Dios; pero cuando la pena y la dificultad lo abrumaron, sus palabras parecían las de un ateo. En el colmo de su sufrimiento, llegó a esta conclusión: “[Incluso] si yo le invocara, y él me respondiese, aún no creeré que haya escuchado mi voz. Porque me ha quebrantado con tempestad, y ha aumentado mis heridas sin causa.”

Probablemente ya se haya dado cuenta de que estoy hablando de Job. El lo perdió todo: su familia, sus riquezas, el favor de los demás, la salud y la esperanza. La cita anterior es del capítulo noveno del libro que lleva su nombre, y es sólo uno de los muchos comentarios desesperados que salieron de sus labios cuando se multiplicaban las penas sobre él.

Todas las calamidades de Job le sobrevinieron de repente. “Dios ni siquiera me da tiempo para respirar entre una y otra de mis amargas pruebas” (véase Job 9:18). En su más absoluta desesperación pronunció estas desesperanzadas palabras: “[Dios] se ríe del sufrimiento de los inocentes” (9:23).

En otras palabras, Job decía: “De nada vale ser santo ni vivir honradamente. Dios trata a los malos y a los puros de la misma manera: unos y otros sufren. Así que, ¿para qué esforzarse por ser honrado?

“Yo era un hombre de oración, que amaba a Dios con todo mi corazón. Estaba arrepentido, y eduqué a mis hijos en el temor del Señor. Era justo y honrado. Era amable y compasivo, y atendía a los pobres y vestía a los desnudos. ¡Y miren lo que me ha pasado! Mi vida no es más que dolor, tribulación, penuria. Nadie se interesa realmente por mí; nadie es capaz de aconsejarme. No tengo quién interceda por mí. ¡Ay, que Dios retire su vara de mi espalda; que deje ya de aterrarme! ¡Todo esto me aplasta! Si Dios está en esto, la verdad es que no lo veo. En efecto, mi vida es una broma de mal gusto, y Dios se está burlando de mí en mis penas.”

El ejemplo de Job debe servirnos de gran consuelo, porque creo que él representa al creyente de los últimos días, quien sufrirá muchas pruebas. Creo que en los días que están por venir, habrá multitudes de creyentes, santos y temerosos de Dios, que pasarán por el mismo fuego que Job. No sé si ya hemos entrado en ese tiempo; lo que sí sé es que rápidamente nos vamos acercando a un tiempo de tribulación que excede toda comprensión, un tiempo que el mundo no ha visto jamás.

Ya hay muchos cristianos maravillosos y rectos que han perdido sus empleos o han pasado semanas o meses sin trabajo. Algunos, como Job, se han quedado sin nada, y muchos dicen que nunca habían enfrentado una penuria tal. Muchos matrimonios están siendo puestos a prueba, muchas familias están experimentando gran pesar. Una dificultad se amontona sobre otra. Hemos perdido a muchos de nuestros jóvenes ante la locura de la época. Nuestras riquezas nacionales y personales se están desvaneciendo. Nuestra salud va cuesta abajo, con nuevas enfermedades que afectan tanto a jóvenes como a viejos. Si echamos una mirada a nuestro alrededor, nos encontramos en el montón de cenizas que caracteriza la desesperanza.

El echar una mirada al futuro puede ser un prospecto aterrador ya que todo lo que vemos es más incertidumbre, temor y crisis. Es posible que nuestro corazón clame: "¿Qué vamos a hacer? ¿Por qué nos está sucediendo esto si hemos sido fieles a Dios? ¿Por qué no interviene Dios para detener todo esto?"

Consideremos este pensamiento: lo que le está pasando a nuestra generación es lo que le pasó a Job. Hay mucho que podemos aprender de su historia.

El acusador

Mentiría si dijera que en los días venideros los cristianos van a ver tribulación a su alrededor pero se van a mantener sanos y salvos dentro de un capullo acogedor de salud y riqueza. Eso no sucederá así. Tal como Dios sacó a Job de su aflicción, también a nosotros nos sacará de la nuestra.

Este es un mensaje que oigo predicar desde muchos pulpitos en todas partes de mi país. Está siendo proclamado por muchos a quienes Dios ha levantado como verdaderas voces proféticas, y ellos están preparando al pueblo de Dios para lo que se aproxima. Cientos de ministros se están reuniendo para orar en diferentes ciudades, y están oyendo la misma confesión: “Nunca ha habido tantos que hayan sido probados tan profundamente. En los meses recientes hay algo que se ha desatado en este país. Una inundación de dificultad, penuria, profunda pena y sufrimiento les ha sobrevenido a los piadosos.”

Esa inundación tiene un responsable: Satanás. El fue el que le causó problemas a Job, y es el que nos los causa ahora a nosotros. ¿Será posible que nuevamente esté de pie ante Dios, lanzando grandes acusaciones contra la Iglesia de los últimos tiempos? ¿Podrá estar desafiando a Dios con palabras como las que siguen? “Es cierto que es la última hora, pero tú no tienes una verdadera iglesia. No tienes una esposa sin mancha. No son vírgenes prudentes. ¡La verdad es que la mayoría de los creyentes están dormidos! Míralos: son materialistas, egocéntricos, y andan a la caza de riquezas y de lujos. Escucha cómo sus maestros les dicen que no tienen por qué sufrir, que todas las cosas son suyas con sólo pedirlas. Quita tu muro protector, Dios, y permíteme ponerlos a prueba. ¡No te quedará un remanente santo! Los voy a atacar con penas, los voy a inundar de tentaciones, y voy a derramar sobre ellos un espíritu de temor y de desaliento. Los voy a arrastrar a la pobreza. Ya verás quebrarse a esa generación mimada. Se derrumbarán y te abandonarán. En esa iglesia no hay hombres como Job … ¡son unos debiluchos espirituales!”

Por esta clase de escena es que la Escritura dice: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo” (Apocalipsis 12:12).

Como Job, tal vez gritemos de confusión. Simplemente no tenemos noción de lo importante que es para Dios que confiemos en Él en medio de todas las inundaciones que se nos vienen encima. Sabemos que el diablo no puede tocarnos a menos que primero Dios baje el muro y lo permita; y creo que ahora, para todos nosotros, el muro se está bajando. La Biblia es bien clara en advertirnos que en estos últimos días, Dios nos hará pasar a través de un fuego purificador.

Ese no fue, desde luego, el consejo que escuchó Job. Mientras Job estaba en su más profunda desesperación, se vio acosado por críticos que hacían gala de consejeros. Lo desanimaron todavía más al presionarlo a que renunciara al pecado oculto de su vida. Más tarde Dios le dijo a Job que todas las palabras de esos consejeros eran pura tontería.

Tengo una advertencia para los que no están sufriendo pero que conocen a un hermano o a una hermana que sí sufre. Tal vez usted tenga un amigo cristiano que está desempleado y no tiene posibilidades de trabajo, o que ha sido atacado por una repentina calamidad en su hogar, o para quien ha estado apareciendo un problema tras otro. Cuando usted ve a una persona así, desalentada por las pruebas, no la juzgue. Sólo Dios puede conocer su corazón, y saber si

hay o no pecado en él. Más bien, abrace a esa persona y dígale: “Yo me intereso por ti.” Llore con quien llora, sufra con el que sufre. Ese es un consejo auténtico, porque procede directamente de la Palabra de Dios.

Es una cosa malvada tergiversar a Dios ante los que están sufriendo. No intensifique las penas de su hermano; levántele la carga, apóyelo, llore con él, comparta su pesar. Pídale a Dios que le dé a usted su corazón de compasión y de solidaridad, porque bien pudiera ser el próximo que se encuentre en el fuego de la aflicción.

Si está sufriendo, y la razón no es porque Dios está tratando con el pecado en su vida, entonces reconocerá el auténtico consejo que proviene de personas de oración, nombradas por Dios y que tienen la compasión de Jesucristo. Esos ministros de consolación vendrán a usted con el estímulo y la edificación de la Palabra de Dios, y ella confirmará lo que Dios ya le ha dicho. Usted se alegrará y dirá: “¡Gracias a Dios! Sí, eso confirma lo que hay en mi corazón. ¡Me ha infundido la seguridad de que Dios me ha escuchado!”

La revelación

Nuestro sufrimiento actual acabará por producirnos una de dos cosas: un endurecimiento del corazón y un espíritu de falta de fe, o una visión gloriosa del dominio que tiene Dios sobre todo lo que está relacionado con nosotros. Job, por su parte, descubrió en medio de su sufrimiento que, a pesar de todo su conocimiento de Dios, él en realidad no conocía al Señor. Confesó: "De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:5-6).

En ese momento Job tenía por lo menos setenta años de edad, y había pasado toda su vida oyendo acerca de Dios. Había pasado muchas horas reverentes alabando a Dios y dándole culto ante un altar levantado en su honor. Sus amigos consejeros le habían predicado acerca de las profundidades y misterios de Dios. Le habían enseñado acerca de las consolaciones de Dios, su santidad, su carácter y naturaleza, y su ira. Le habían hablado de la majestad de su poder, su sabiduría, su tremenda grandeza. ¡Pero en medio de una crisis que le confundía la mente, Job no veía a Dios en lo absoluto! Dios se había convertido en un nebuloso término teológico, en una serie de sermones, en una palabra muerta, en un dato que no tenía vida ni poder. Job había oído acerca de Dios con sus oídos, pero no había visto a Dios con los ojos de su corazón.

Eso era lo que Dios tenía que sacar a flote en Job. Dios quiere más que un hombre santo o una mujer santa de rodillas ante un altar, postrándose ante El, cantando y exaltando sus alabanzas. Dios quiere un creyente que lo pueda ver a El en todo lo que experimente; no como un Dios de la letra muerta en el Libro, sino como Aquel que todo lo conoce y que siempre está cerca, Aquel que lo tiene todo bajo su dominio.

Es triste que muchos cristianos en nuestros días han construido la casa de su fe sobre las arenas de la comodidad y la facilidad. Cuando vengan los vendavales de la prueba, van a ser destruidos. Ya los veo desmoronarse. No entienden las pruebas y dificultades que el Señor les da. Creen que como han buscado a Dios con todo su corazón, lo han amado y lo han anhelado, deben tener derecho a la prosperidad y a una existencia sin dolor. Piensan que toda oración suya debe ser contestada de inmediato, sin la menor prueba.

Sin embargo, como hemos visto, la Biblia no dice que el Señor nos vaya a eximir de las aflicciones; dice que El *nos va a librar de ellas.* Eso fue lo que hizo Dios con Job. En medio de un torbellino (que representa la prueba y la aflicción), Dios se le apareció a Job para mostrarle cómo levantarse por sobre sus dificultades. Y lo hizo haciendo que Job mirara la cara de dos temibles monstruos: el potente hipopótamo, y el cocodrilo que parecía una serpiente: "He aquí ahora behemot [el hipopótamo]" (Job 40:15). "¿Sacarás tú al leviatán [cocodrilo] con anzuelo?" (41:1).

¿Por qué quiso Dios dar inicio a su revelación haciendo que Job considerara esos dos monstruos enormes?

Primero, le plantea a Job este problema: "Aquí viene el hipopótamo. ¿Qué vas a hacer: luchar con él hasta derribarlo? ¿Convencerlo con palabras dulces? Y mira al cocodrilo. ¿Puedes ponerle una argolla en la nariz? ¿Puedes jugar con él, amansarlo como una mascota, controlarlo bajo tu propio poder? ¿Vas a abrirle las mandíbulas a la fuerza y hacer que se le vean los dientes? El tiene un corazón de piedra; no tiene misericordia alguna. Es el rey de todos los hijos del orgullo."

Aquello era algo más que un sermón acerca de la fuerza y ferocidad de dos criaturas temibles. Dios le estaba diciendo algo a Job acerca de los "monstruos" de la vida: que el hipopótamo y el cocodrilo representaban los problemas monstruosos que se agitaban en la vida de Job. Le estaba diciendo: "¡Si tú tratas de combatir a esas dos criaturas, jamás olvidarás la batalla!"

El hipopótamo pisotea todo lo que se le pone a su alcance. Es un problema demasiado grande de tratar. ¿Cómo puede usted abatir a un hipopótamo? ¿Lo va a enlazar, o a sobornarlo con un montón de maíz? No, no puedes medir tus fuerzas con él. Sólo Dios sabe detenerlo.

Dios le estaba diciendo a Job, y a todos los que hoy quieran oírlo: *Enfrenta la realidad acerca de los monstruos que hay en tu vida. Tú no puedes con ellos. Yo soy el único que puede.*

Me imagino que una luz se encendió de pronto en la cabeza de Job: "Esos monstruos de los que me hablas … enormes, sobrecogedores, que a nada le temen … esos son mis problemas. ¡Y nunca podré con ellos! He estado sentado sobre este montón de cenizas, tratando de averiguar por qué Dios ha permitido que me ataquen esos problemas monstruosos, y cómo puedo luchar contra ellos y hacerlos huir. Pero me he olvidado que mi Dios puede hacerlo todo." Ahora las palabras de Job cambiaron de tono: "Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti" (Job 42:1-2).

De pronto, Job pudo ver con claridad: "Dios es todopoderoso. Mi vida no está deshecha. Dios *sí* tiene un plan detrás de todos mis sufrimientos. El está de pie detrás de mí, espada en mano, para librarme en el momento que vea que es conveniente. Ningún hombre ni ningún monstruo puede hacerle cambiar de idea ni afectar su plan. Mi Dios logrará su propósito. Yo no puedo enfrentarme a un hipopótamo ni a un cocodrilo; pero sí puedo permanecer quieto y ver la salvación del Señor."

Esa lección la aprendí hace años, cuando trabajaba con Desafío Juvenil, y después de recorrer las calles de la ciudad de Nueva York desgastado, y quebrantado de alma y de cuerpo. Tenía mononucleosis. Terminé internado en el hospital durante seis semanas, y se me formó una excrecencia en la garganta. No podía beber ni tragar, y a veces no podía ni siquiera respirar. Pronto mi peso bajó a menos de cincuenta y dos kilos. No podía viajar, y en poco tiempo se acabó el dinero de nuestro ministerio. Aquello parecía el fin de Desafío Juvenil. ¡El cocodrilo estaba mostrando sus dientes! Me mantuve acostado en el hospital, irritado con Dios. Llegaban personas a visitarme, pero solamente lograban que me pusiera nervioso. Más de tres consejeros llegaron para darme "una palabra del Señor" que sólo sirvió para deprimirme.

Pero me acuerdo de la noche en que, desesperado, le dije: "Señor, me rindo, no puedo luchar contra esto. Todo es tuyo; yo sólo voy a confiar en ti. Sólo tengo una cosa que pedirte. Si quieres que se cierren las puertas de Desafío Juvenil, eso es asunto tuyo. Pero por favor, Señor, ¡sácame esto que tengo en la garganta!" En alrededor de una hora tosí, y expulsé una excrecencia del tamaño de una nuez grande; y eso fue lo que demoré en quedar bien de nuevo. Poco después salí del hospital, y comencé a recuperar fuerzas. Lo más importante fue descubrir que durante mi ausencia Desafío Juvenil había sobrevivido. No sé cómo lo logró el Señor; ¡ciertamente no fue por un milagroso cheque por una gran suma! Pero mientras estuve

enfermo, el personal del ministerio comenzó a confiar en el Señor en lugar de mirarme a mí. Eso era lo que Dios estaba tratando de lograr desde el principio.

Nuestras dificultades no son accidentes imprevistos. No importa qué estemos experimentando, no importa lo profundo que sea el dolor, Dios está avanzando hacia su objetivo y en su tiempo, en su lucha contra nuestros monstruos. Tal vez tengamos la tendencia a pensar que el diablo llegó e interrumpió el plan de Dios, pero no es así. Si estamos escuchando la guía del Señor, con hambre de una profunda comunión, despojando nuestra vida de todo lo que a El le desagrada, entonces aprovecharemos todo lo que se proponía causarnos mal y lo convertiremos en bien.

No mire atrás. No se concentre en sus errores del pasado. ¡Deje de mirar esos monstruos! No permita que ni la amargura ni la autocompasión lo destruyan. Anímese con estas palabras: “Mi Dios puede hacer cualquier cosa. No se ha olvidado de mí. Nadie puede tergiversar sus planes. No importa lo mal que parezcan estar las cosas, Dios lo tiene todo bajo control.”

Se preguntará: “¿Alguna vez voy a salir de esta prueba de fuego? ¿Habrá un final feliz, o continuará mi sufrimiento hasta que Cristo venga? ¿Me alegraré de nuevo algún día?”

Esta es la respuesta que le da Dios:

“Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo” (Santiago 5:11). “Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job” (Job 42:10).

Es posible que nunca llegue a duplicar lo que tenía, monetariamente o en otro sentido, pero sí poseerá algo mucho mayor: tendrá una auténtica certeza en su corazón de que Dios está al mando de su vida. Nunca más volverá a temer a ningún adversario ni dificultad, porque saldrá de sus pruebas sentado en lugares excelsos con Cristo Jesús, más que vencedor. Como Job, es posible que usted conozca a Dios por lo que ha oído de El, y eso es bueno. De ahí es de donde viene la fe. Pero ahora Dios quiere que lo *vea:* que reciba una absoluta confianza de que El tiene un plan para su vida, y en que su propósito eterno no puede ser torcido por ningún demonio del infierno ni por ningún monstruo que se cruce en su camino.

Entonces, en medio de las mayores pruebas de su vida, podrá citar con confianza un versículo más de Job: “Aunque él me matare, en él esperaré” (13:15).

Sección 3

DIOS SATISFACE NUESTRA HAMBRE

16
Dios restaurará nuestros años desperdiciados

Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta, mi gran ejército que envié contra vosotros.

Joel 2:25

Si bien el tener hambre de Cristo nos expone a las pruebas, también nos expone a las grandes bendiciones que provienen de su mano. Al acercarnos más a Él, escucharemos su voz con más claridad, que nos advierte, nos dirige, nos conquista, y encontraremos un gozo que nunca antes habíamos conocido.

Pero ahora pudiéramos preguntarnos acerca de todo ese tiempo que hemos tardado en llegar a ese punto. ¿Cuántos años desperdiciamos antes de arrepentimos y entregárselo todo a Cristo? ¿Cuánto del pasado fue devorado por la oruga del pecado y de la rebeldía? Sabemos que estamos perdonados y que el pasado está olvidado, porque todo está cubierto bajo la sangre de Cristo. Pero ¿no sería maravilloso recuperar esos años perdidos y vivirlos para la gloria del Señor?

En sus últimos días, el apóstol Pablo reflexionó acerca de su vida y dio este testimonio: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia.” Cuando leí ese pasaje, hace no mucho tiempo, el testimonio de Pablo me traspasó el alma. Algo de lo que no podía sacudirme estuvo martilleando mi corazón durante varias semanas.

Por último, en oración, tuve que confesar: “Señor, no creo que pueda decir eso junto con Pablo. ¡No creo que haya peleado una buena batalla de fe!” Tal vez pudiera decir eso acerca de los primeros quince años de mi ministerio y los últimos diez años, pero en el período del medio hay una brecha durante la cual creo que desperdicié el tiempo. No fue cosa de que cayera en algún pecado profundo y tenebroso, sino más bien que estuve a la deriva, simplemente porque no estaba dando lo mejor para Cristo.

También en mi matrimonio puedo mirar atrás con cierta cantidad de vergüenza, porque desperdicié muchas horas valiosas sin alimentar ni disfrutar la relación que he tenido con Gwen. Ahora ya tengo casi cuarenta años de feliz vida matrimonial con ella, y estamos más enamorados que cuando nos casamos. Pero en años recientes he tenido que pedirle a Gwen que me perdone por las ocasiones, a la mitad de nuestra vida, en que fui arrogante y poco bondadoso, y no fui del todo el hombre gentil y amoroso que Dios quería que fuera.

Tal vez, al igual que yo, usted pueda mirar atrás con pesar hacia esos años desperdiciados. Pienso en un empresario de nuestra iglesia que despilfarró largos años bebiendo y abusando de las drogas. Era un adúltero que abandonaba a su esposa por varias semanas seguidas; un hombre salvaje, impulsado por la lujuria y la codicia. Hoy día arde en fervor por Dios, está creciendo en Cristo y quiere reponerle todo a su esposa. Pero todavía siente la vergüenza de los años que la oruga destruyó.

La verdad es que cuanto más se acerca usted al corazón de Cristo más pesar le causan esos años desperdiciados. Mientras más hambre de Cristo tiene, más clama a El desde lo

profundo: “Amado Señor, ¿cómo pude ofenderte así? ¿Cómo pude estar tan engañado? ¡Tomé unos años que eran tuyos y los derroché! ¡Oh Dios, tu Palabra es ahora tan preciosa para mí, y estoy tan entusiasmado al estar creciendo en el conocimiento de ti! ¡Cuánto crecimiento en Cristo desperdicié, cuánta revelación me perdí! ¡Cuánta bendición y unción malogré!”

Pero ahí hay algo asombroso: ¡no importa si usted ha estado caminando con Cristo durante treinta años o durante treinta días, Dios puede restaurar *todos* sus años desperdiciados, y lo hará! La profecía de Joel que cité al inicio de este capítulo iba dirigida a la nación de Israel, pero también es aplicable hoy al cuerpo de Cristo y a los creyentes individualmente. Dios tiene mucho que decirnos en esa profecía, tanto acerca de su carácter como acerca de nuestro futuro.

La vida antes del arrepentimiento

Todo el capítulo dos de Joel habla de un gran ejército y del que lo encabeza. Ya que Joel identifica al comandante como Dios — “Jehová dará su orden delante de su ejército” (Joel 2:11) —, muchos interpretan este pasaje en el sentido de que gran cantidad de soldados piadosos marchan para librar la batalla del Señor contra el enemigo.

Pero no es así en este caso. Ese ejército está compuesto de espíritus de destrucción que Joel compara con orugas, saltones, revoltones y langostas: todos son animales que van devorando. Ese gran y tenebroso ejército es empleado por el Señor como una vara para ejecutar su Palabra, ya que lo convoca para hacer caer la ira de su juicio. Joel dice respecto a ese ejército demoniaco: “¡Toquen la alarma en Sión! ¡Adviertan a las personas! ¡Adviertan al pueblo de Dios que su ejército viene a traer oscuridad y destrucción!” (véase Joel 2:1).

Joel nos da aquí una descripción de un pueblo impenitente, al cual el enemigo tiene permiso de atacar. De modo que los espíritus malignos rugen como llamas y queman todo lo que está a la vista. Esas langostas son guerreros, que escalan todo muro humano de resistencia, que entran por toda ventana de la mente y del corazón. Nada puede destruirlas. El pueblo está indefenso y no puede hacer otra cosa que encogerse de terror, con caras llenas de dolor.

Cualquier persona que haya estado atada por un hábito satánico sabe bien cómo es eso. Su hogar — antes un jardín de vida, lleno de paz y amor — fue pronto devorado y se convirtió en un páramo del desierto. Usted trató de detener el ataque; sin embargo, como jinetes poderosos, los espíritus destructivos se le abalanzaron y fueron demasiado fuertes como para poder oponérseles. Una oruga satánica tras otra fue devorando su vida: “Lo que quedó de la oruga comió el saltón, y lo que quedó del saltón comió el revoltón; y la langosta comió lo que del revoltón había quedado” (Joel 1:4).

Toda película indecente, todo paquete de cocaína, toda botella de bebida, toda novela sensual, todo pensamiento lujurioso se convierte en una langosta, en una oruga. ¿No describe eso lo que le pasa a toda alma impenitente? Satanás tiene los dientes clavados en esa persona, y “sus dientes son dientes de león” (Joel 1:6). Ocasiona desperdicio, ruina y lamentos. Todo se debarata. “La vid está seca, y pereció la higuera … todos los árboles del campo se secaron … se extinguió el gozo …” (v. 12).

Acuérdese de su vida antes de conocer a Cristo. ¿Recuerda esa misma terrible destrucción? Usted estaba muñéndose, tanto física como espiritualmente; estaba desamparado por completo para luchar contra las hordas del infierno. Y entonces se encontró con Cristo.

La restauración completa

"Y os restituiré los años que comió la oruga" (Joel 2:25). *La Biblia de Jerusalén* traduce: "Yo os compensaré de los años en que os devoraron la langosta y el pulgón." ¡Vaya promesa tan increíble!

Después de comprender cómo le había fallado al Señor, quería reponer o compensar esos años a Dios. Pero El dijo: *No, tú no puedes compensarme ni por una sola hora desperdiciada.* ¡Soy yo *quien te lo compensaré* a ti! *Todos esos años en que fuiste desgastado, despojado y acosado por el diablo, te serán restituidos. Camina delante de mí en rectitud, y apártate de tus pecados, y yo compensaré todas las pérdidas, ya fueran tuyas, de tus seres queridos, o mías.*

No necesitamos avergonzarnos de nuestros años desperdiciados, porque cuando Dios aleje de nosotros el ejército maligno, comeremos y quedaremos satisfechos. A todos los pecadores arrepentidos Él les anuncia: "¡No teman! Alégrense y gócense, porque el Señor hará grandes cosas. Nunca jamás serán avergonzados" (véase Joel 2:19-21, 26-27).

Ahora, a causa de Cristo, todo es nuevo, *¡hasta el calendario inclusive!* El Señor se remonta al día en que llegaron las langostas, quita de en medio todos esos años desperdiciados, y comienza a contar otra vez a partir del momento en que nos arrepentimos. Todas aquellas bendiciones que nos perdimos, han quedado almacenadas. Todo el gozo, la paz y la utilidad que parecían muertas para siempre, en realidad fueron guardadas por el Señor. En el infierno, los condenados quizá sean acosados por una visión de lo que su vida pudo ser. El Señor da a entender que pueden ver lo que perdieron (véase Lucas 16:19-31). Pero no es así para los que se arrepienten, porque todo nos será restituido. Nunca más necesitaremos volver a decir: "¡Ay, lo que me perdí, lo que pude haber sido! ¡Oh, cuánto tenía Dios guardado para mí, y lo eché a perder!" ¡Dios puede restituir todas esas bendiciones desperdiciadas!

En el Antiguo Testamento leemos que Dios mandó que cada séptimo año se tuviera un año sabático. Los israelitas debían dejar que la tierra descansara ese año no cultivándola. Pero las personas se preguntaban qué irían a comer. Entonces Dios les dijo: "Y si dijereis: ¿Qué comeremos el séptimo año? He aquí no hemos de sembrar, ni hemos de recoger nuestros frutos; entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años" (Levítico 25:20-21). Bastaba que el Señor de la cosecha dijera una palabra, y la necesidad se convertiría en abundancia.

Lo mismo es cierto hoy para todo creyente. Basta con que Dios pronuncie una palabra y se restaurará toda abundancia. Dios restaura nuestros años desperdiciados, produciéndonos gozo sobrenatural, revelación, paz y victoria mucho más allá de nuestra comprensión humana. El puede lograr más en nosotros, para nosotros y por medio de nosotros de lo que jamás creímos que fuera posible. En este día podemos mantenernos erguidos como si nunca hubiéramos pecado, como si no hubiéramos perdido tiempo alguno, como si estuviéramos exactamente donde debíamos estar si jamás hubiera llegado el devorador. Dios nos vuelve a colocar en su calendario divino. Su propósito eterno y su plan están exactamente en el punto en que El planeó que estuvieran: para El nada se pierde. Y nosotros no necesitamos seguir dándole vueltas al asunto.

El esfuerzo por seguir adelante

Pablo lo expresa de este modo: “Pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:13-14). En otras palabras, Pablo nos da esta instrucción: “¡Olvida tu pasado, y esfuérzate por seguir adelante con Cristo!”

Esta instrucción resulta vital porque el hostigamiento favorito de Satanás es asustarlo, haciendo salir de su ropero los viejos esqueletos de su pasado. El tratará de persuadirlo de que un antiguo hábito, adicción o sensualidad va a volver a tomar fuerza y hacer regresar al devorador. A esto usted puede reaccionar en una de tres maneras: Puede caer de nuevo en la antigua tentación; o puede pensar que no puede caer, y así sucumbir ante orgullo (¡y ya habrá caído!); o, por último, puede hacer lo que es correcto; y si lo hace, ¿quién podrá causarle daño? Puede que siga sintiendo los dolores del remordimiento por su desperdicio durante toda su vida. Y, claro, esos recuerdos le ayudarán a mantenerse humilde. Pero a los ojos de Dios, su pasado es asunto terminado. Por lo que respecta a la condenación y la culpa, Dios dice: “Olvídate del pasado; de eso ya me he encargado. ¡Esfuérzate por seguir adelante, hacia lo que te he prometido!”

¿Está siendo devorado en este mismo instante? ¿Acaso los gusanos del diablo le están carcomiendo la vida? Si es así, usted puede empezar de nuevo ahora mismo. En realidad, la ley de la restauración dada por Dios puede comenzar a renovarlo todo en este mismo momento. Su pasado puede quedar totalmente limpio, y éste puede ser para usted el primer día de una nueva vida en Cristo. La Biblia nos da en el Nuevo Testamento una descripción de ese tipo de restauración, cuando Jesús cura al hombre de la mano seca: “Entonces dijo a aquel hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fue restaurada sana como la otra” (Mateo 12:13).

Cobre ánimo, porque al ser restaurados por Cristo, nuestras antiguas heridas ya no podrán ser encontradas. Así que, preséntele hoy mismo a Dios cualquier preocupación o remordimiento por los años desperdiciados, y permita que El comience su obra restauradora. Esfuércese por seguir adelante, directo hacia la meta, para alcanzar el premio del llamado supremo que ha recibido en El; y luego, contemple asombrado cómo las bendiciones que le fueron quitadas le son restauradas con abundancia desbordante.

17
El Dios de la esperanza

Hace tiempo, una mujer muy atribulada me escribió así:

¡Estoy aterrorizada! Me parece que sería fabuloso si unas bombas de hidrógeno cayeran sobre nosotros, especialmente sobre mí y mi familia. Entonces todo se acabaría para nosotros rápidamente, y estaríamos con Cristo. Soy una viuda jubilada, y no hay ningún hombre en nuestra familia. Mi esposo murió de cáncer. Acabo de salir del hospital y me estoy recuperando de una fractura en la espalda. Tengo dos hijas que no se han casado, una de las cuales tiene problemas de salud y no ha trabajado durante dos años. Durante los últimos dieciséis años hemos sufrido terriblemente. Hay miembros de nuestra congregación que están siendo perseguidos, y todos mis amigos están sufriendo sin clemencia. El temor y la ansiedad son lo que me ha tocado en la vida. ¡Señor Wilkerson, estamos sufriendo! ¿Es que no hay esperanza para la esposa de Cristo? ¡Por favor, respóndame!

Esa mujer es sólo una de los miles de personas que escriben a nuestro ministerio acerca de su falta de esperanza. Nos enteramos de muchos que aman al Señor profundamente, pero viven en situaciones y condiciones que les parecen desesperadas. Hablan de matrimonios que han llegado a un callejón sin salida; hablan de conflictos familiares y de problemas de salud. Usan expresiones como éstas:

"¡No hay manera de salir de esto!"

"Yo mismo me lo busqué. Ahora estoy en la cárcel para toda la vida."

"Parece que Dios no me oye, porque nada cambia. Y si cambia, entonces las cosas sólo van de mal en peor."

"A veces me pregunto si todo esto vale la pena. Ojalá viniera el Señor a sacarme de este abismo."

"De cuando en cuando paso días buenos. Pero a veces me abruma esa sensación de que no valgo nada, de que no sirvo para nada."

Se ha dicho que lo único peor que la locura es la desesperación. ¡Gloria al Señor porque servimos a un Dios que quiere darnos esperanza! La palabra griega para esperar es *elpizo*, que significa "aguardar algo con confianza y expectación que producen agrado". El apóstol Pablo les escribe a los cristianos romanos: "Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo" (Romanos 15:13).

Pablo introduce en este pasaje una idea increíble: que *abundemos en esperanza.* Quiere decir que "tengamos de sobra, un suministro desbordante, excesivo, más allá de toda medida". Algunos de los lectores pensarán: "Eso suena como un chiste cruel. En mi condición actual todo lo que quiero es un rayito de esperanza; ¡apenas una pequeña prueba de una oración contestada!" Pero este pasaje de la Palabra de Dios es tan verdadero como todos los demás. Dios verdaderamente es un Dios de esperanza; una esperanza que es excesiva, desbordante y más allá de toda medida. La oración de Pablo por todos los creyentes es que Dios "os llene de todo gozo y paz en el creer". ¡Ese debe ser el estado normal de todos los cristianos: no

solamente para los creyentes bien ajustados, felices con su suerte, sino para todos! Dios no se mofa de sus hijos que hoy sufren. No; El verdaderamente es *ahora* un Dios de esperanza, que está listo para inundar nuestras almas con un gozo y una paz desbordantes.

Afirma Pablo:

Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

Romanos 8:24-25

Por lo general, nuestra reacción es una exigencia de ver el cambio: "Tendría esperanza si sólo pudiera ver un poquito que Dios está actuando para mi bien; apenas algo de lo que pueda agarrarme. Necesito ver algún cambio. ¿Cómo puedo tener esperanza cuando pasan los meses, y las cosas sólo empeoran más y más?" Pero abundar en esperanza es tener una perseverancia y una paciencia desbordantes; más que suficientes para aguardar las respuestas de Dios. El gozo y la paz vienen sólo cuando usted sabe que Dios lo tiene todo bajo su control.

La confianza mal puesta

La desesperanza es la consecuencia de confiar en lo puramente humano:

Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en lost sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado ¡unto a las aguas, que ¡unto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto.

Jeremías 17:5-8, cursivas añadidas

Jeremías introduce aquí dos leyes inmutables de la vida espiritual. Una de ellas conduce a la muerte y la desesperanza, la otra a la vida y la esperanza. Esas leyes son la clave para comprender por qué algunos cristianos gozan de constante paz y gozo en el Señor, en tanto que otros se debaten en la desesperación.

La palabra hebrea que usa Jeremías para decir *maldito* significa "absolutamente detestable". En otras palabras, la persona que se aparta de Dios y se apoya en el hombre es absolutamente detestable para Dios. ¿Cómo podemos saber cuándo estamos confiando en el hombre en vez de en Dios? Si nos hacemos pedazos cuando alguien nos decepciona, o si las acciones de los demás afectan nuestra relación con Dios, entonces sabemos que nuestra confianza está puesta en el hombre; es decir, en algo o en alguien que no es Dios. Los cristianos que ponen su confianza en el hombre a fin de procurarse seguridad, tienen garantizado el sufrimiento. En algún momento, alguien va a despreciarlos y a decepcionarlos profundamente. "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?" (Jeremías 17:9). Precisamente, cuando piensan que conocen a alguien, están al borde de un impacto negativo. Acabarán por decir: "¡Nunca esperé eso de él!"

Una mujer puede argumentar, por ejemplo: "Mi esposo realmente me ha ofendido. Todo el tiempo me descuida, y ni siquiera trata de entenderme. Sus palabras me hieren; él está matando mi amor. ¡Si tan solo cambiara, yo sería feliz!"

Pues no, temo que esa esposa no sería feliz. Cuando la Biblia habla de "no ten[er] confianza en la carne" (Filipenses 3:3), se refiere a nuestra *propia* carne. Aun si ese esposo llegara a ser el cónyuge perfecto, diciendo cosas amables y tratándola como a una reina, eso no la cambiaría. Ella no vería lo bueno que hay en eso, porque *su corazón* no ha cambiado. Todavía seguiría sin esperanza; en realidad, se sentiría peor porque su problema no es con el esposo ni con nadie más. Es dentro de ella. Es un problema en su relación con Dios. Está confiando en otro que no es Dios para recibir la felicidad y la esperanza.

Jeremías describe esto como un arbusto en el desierto, que sin comprender lo que es el río, habita en los sequedales desolados. Es como estar separado de la verdadera fuente de felicidad y esperanza. Al olvidarse del Señor, esta mujer y quienes son como ella, no están aprovechando el agua viva que Dios ofrece. Se han vuelto como malezas del desierto: ¡estériles y sin fruto!

Una de las grandes maravillas hechas por el hombre en los Estados Unidos es el increíble

acueducto de Nueva York. Se necesitó todo un ejército de inmigrantes italianos para construirlo. Está hecho de ladrillos, es subterráneo y corre por millas y millas desde el norte del estado, para traer el agua hacia la ciudad de Nueva York. ¿Qué sucedería si se cortara ese acueducto, y de repente no hubiera ningún suministro de agua que llegara a la ciudad? Nueva York se convertiría en uno de esos “sequedales … en tierra despoblada y deshabitada”.

Eso es lo que puede ocurrirle a nuestra vida. Hoy día muchos cristianos pierden la esperanza, y se vuelven hacia dentro de ellos mismos en vez de correr hacia el Señor. Pero Dios le está diciendo a su pueblo: “Ustedes están desesperados sencillamente porque no confían en mí. Recurren a otros: a los médicos, a las medicinas, a los amigos, a los consejeros, al dinero. Ustedes no se sienten influidos por mis promesas; y sin embargo, dejan que las palabras de los hombres les causen abatimiento. Ustedes mismos se han puesto bajo maldición, al no acercarse a mí. Están secos, vacíos y solitarios porque no sacan agua de mi pozo.”

Jeremías sigue describiendo “el pecado de Judá” (17:1). El pueblo de Dios pecó en tiempos difíciles al no recurrir a Él con fe, y más bien buscar ayuda en su propia carne:

> Gran fealdad ha hecho la virgen de Israel. ¿Faltará la nieve del Líbano de la piedra del campo? ¿Faltarán las aguas frías que corren de lejanas tierras?
>
> Jeremías 18:13-14

Como las aguas refrescantes que bajan de las nieves que se derriten, Dios le da a su pueblo un suministro incesante de poder. En este pasaje, el agua del Líbano es una corriente constante de fortaleza, siempre disponible y que nunca falla. Pero el pueblo de Dios con frecuencia continúa en su camino de sequedad, vacío y con tristeza, diciendo: “Hemos sido abandonados a nuestra propia suerte. Simplemente seguiremos nuestro camino sin amparo, sin ser amados por nadie.” Esa es una descripción de los cristianos desesperados que han olvidado las promesas de Dios, que permanecen sentados con desaliento al lado del torrente que corre con el amor de Dios, pensando: “El Señor no está actuando en mi vida. Voy a tener que apretar los dientes y hacer lo mejor que pueda. Voy a luchar solo, si tengo que hacerlo. De nada sirve tener esperanza. Haré lo que pueda por sobrevivir.”

¡Ay, cómo debe entristecerse Dios cuando escucha las expresiones de desesperanza que pronuncian tantos cristianos abatidos! Me estremezco cuando oigo a creyentes usar estas palabras de desesperación: “De nada sirve. ¡No hay esperanza!” Es el mismo lenguaje que empleaba Israel en su desesperación: “Y dijeron: Es en vano” (Jeremías 18:12).

Es muy peligroso el permanecer sin esperanza:

> Porque mi pueblo me ha olvidado, incensando a lo que es vanidad, y ha tropezado en sus caminos … para que camine por sendas y no por camino transitado.
>
> Jeremías 18:15

Las calles y los bares de nuestras ciudades están llenos de personas sin esperanza. Son los heridos ambulantes, que derrochan su vida y que tal vez siguen tratando de desquitarse de alguien que les causó sufrimiento. Algunos son personas que se enojaron con Dios porque no les ayudó de determinada manera cuando ellos así lo querían.

Conozco a la esposa de un pastor que se sumió en una profunda depresión. Estaba asqueada de todos los chismes y problemas dentro de su iglesia, y le pareció que Dios no estaba ayudándolos con sus dificultades. Por fin le dijo a su esposo: 'Ta esto no lo aguanto más." Lo abandonó a él y a sus dos hijos, y huyó con un hombre que no era cristiano. Ahora pasa su tiempo en las cantinas bebiendo.

Pudiera escribir un libro acerca de todas las tragedias de personas que conozco, y que han llegado a tal depresión y desesperanza que se han vuelto imprudentes con su vida. Si las personas dejan que el diablo las convenza de que son víctimas sin esperanza — indignas, inútiles, y que a nadie agradan —, él puede hacer que hagan cosas que jamás creyeron posibles (entre ellas el suicidio). Esa depresión también puede conducir a la pereza espiritual. Las personas dan excusas para no hacer nada con respecto a sus circunstancias. "Nada más déjenme solo", dicen. "Me las arreglaré por mi cuenta." Creen que Dios se ha olvidado de ellas. Pero la Biblia dice que sus problemas han ocurrido "porque el pueblo [de Dios] lo ha olvidado [a Él]."

La depresión, la sequedad y la desesperanza son resultados directos del estar separados de nuestro suministro diario de agua viva. Cuando descuidamos la fe, la oración y la Palabra — que son nuestro acceso a las aguas frescas que corren desde el Líbano — el resultado es siempre el mismo: soledad, vacío y falta de fruto.

El que espera

Gracias a Dios, hay otra ley inmutable: ¡la ley de la esperanza y de la vida! "Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas" (Salmo 1:3). Este versículo contiene el secreto para vivir en la constante esperanza, y es la fuente vital para quienes tienen hambre de Cristo. No se encuentra en los intentos de reformarse a sí mismo, ni en tratar de complacer a las personas, ni en hacerle promesas a Dios que no podemos cumplir. La persona que experimenta esta promesa ya no puede ser herida por los demás, porque no tiene puesta su esperanza en ellos. Más bien, sus expectativas están todas cifradas en el Señor. A esa persona no le importa lo que un ser humano diga o haga; sus ojos están fijos sólo en el Señor. Y el Señor nunca le falla ni le causa decepciones.

"Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas." Aquí, para decir *plantado*, se usa una asombrosa palabra hebrea que en realidad significa "trasplantado". La fe arranca de raíz la chamuscada maleza del desierto y la trasplanta junto a la corriente viva de las aguas que fluyen desde el Líbano. David dice lo siguiente acerca del Señor: "Visitas la tierra, y la riegas; en gran manera la enriqueces; con el río de Dios, lleno de aguas … Bendices sus renuevos" (Salmo 65:9-10).

Este río de Dios sana todo lo que toca. Si hundimos nuestras raíces en lo profundo de su río, no temeremos cuando llegue el calor. Porque nuestra "hoja [nuestra apariencia] estará verde". Los días de sequía no nos afectarán, y constantemente daremos fruto. No andaremos continuamente cansados, llorando, solitarios, secos y sintiéndonos abandonados. Más bien seremos refrescados y renovados por descansar sencillamente en la Palabra de Dios.

¿Por qué algunos creyentes siempre se regocijan y abundan en esperanza? ¿Por qué parecen tan llenos de paz y de gozo, e irradian el esplendor de la vida y la salud espiritual? ¿Será que no tienen problemas? No; en realidad, quizás tienen más problemas que la mayoría de las personas. Pero han aprendido el secreto de tener sus raíces en el río de Dios.

Si usted está enraizado en ese río, no estará siempre con la necesidad de un avivamiento. Usted no necesita "lluvias de bendiciones", un derramamiento especial o una oleada repentina de victoria. Si disfruta hora a hora de una corriente de agua viva, no estará pasando constantemente de la sequedad a la bendición, de lo bajo a las altas, de la frialdad al avivamiento. La hambruna espiritual no le afecta, y el calor abrasador de la apoetasía no lo desconcierta, porque está recibiendo agua de la corriente constante del río de Dios, que es río de vida. Si a mí me pusieran a escoger entre el avivamiento y las raíces, yo elegiría siempre las raíces. Porque, mucho tiempo después que el avivamiento ha pasado, mis raíces me abastecerán diariamente de todo lo que necesito.

El profeta Ezequiel recibió una visión de la Nueva Jerusalén y vio una corriente que manaba del templo (véase Ezequiel 47). Mientras la observaba, la corriente creció de un hilo de agua a un rápido arroyo. Entonces vio a un hombre que estaba midiendo ese arroyo de vida que crecía, hasta que se convirtió en un gran río. En las riberas del río habían muchos árboles, todos verdes y dando fruto:

Y ¡unto al rio, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario, y su frufo será para comer, y su hoja para medicina.

Ezequiel 47:12

¿Qué significan esos árboles? Representan a todos los que tienen raíces de confianza en el Señor.

Y toda alma viviente que nadare por dondequiera que entraren estos dos ríos, vivirá; y habrá muchísimos peces por haber entrado allá estas aguas, y recibirán sanidad; y vivirá todo lo que entrare en este río.

Ezequiel 47:9

¡Y ese río es Cristo! Su presencia misma nos refresca y nos renueva. En el momento en que desechemos toda duda y temor, clamando: “¡Oh Señor, en ti tengo abundante esperanza!”, seremos trasplantados a las riberas de ese río por el poder del Espíritu Santo. Es importante que nuestras raíces se afiancen profundamente ahora mismo en la esperanza de Dios, porque lo peor está todavía por venir:

Si corriste con los de a pie, y te cansaron, ¿cómo contenderás con los caballos? Y si en la tierra de paz no estabas seguro, ¿cómo harás en la espesura del Jordán?

Jeremías 12:5

Un gran tiempo de angustia vendrá pronto sobre la tierra, pero si tenemos hambre de Cristo, y ponemos nuestra esperanza en Él, estaremos echando nuestras raíces profundamente junto al río, llegando bien hondo en el depósito secreto de la vida de Cristo. Y hacer esto es la única manera de animar nuestro corazón y mantener la alegría.

A los que con paciencia y expectación esperamos en Dios, “de día mandará Jehová su misericordia, y de noche su cántico estará con [nosotros]” (Salmo 42:8). Cristo convertirá nuestra desesperanza en regocijo, y nos revestirá de alegría … si ponemos en Él nuestra fe y nuestra confianza. “Has cambiado mi lamento en baile; desataste mi cilicio, y me ceñiste de alegría” (Salmo 30:11).

Ya que Dios tiene todo bajo control, nosotros estamos arraigados en el río de su abundancia, y podemos abundar en esperanza.

¡Regocijémonos en el Dios de la esperanza … y *vivamos*!

18
La misericordia del Señor

Sé que si tenemos hambre de Dios, El derramará sobre nosotros su misericordia. Pero este es un aspecto del carácter del Señor acerca del cual sé muy poco. Y creo que pocos cristianos saben al respecto. Durante toda mi vida he experimentado y predicado mucho acerca de los justos juicios de Dios, el santo temor a El, su justicia y su santidad,) su aborrecimiento del pecado. Pero ni he comprendido ni predicado mucho acerca de su amorosa misericordia.

Estando en oración, el Espíritu Santo me habló claramente al corazón acerca de este asunto. Me dijo: *David, en verdad es angosto el camino y estrecha la puerta que lleva a la salvación. ¡Pero no trates de hacer que mi camino sea más estrecho y más angosto de lo que mi Palabra lo hace!*

En realidad, eso me impactó. Busqué mi concordancia y pronto descubrí cuánto dice la Biblia acerca de la amorosa misericordia del Señor. Una y otra vez podemos leer esas maravillosas palabras pronunciadas por Moisés, los profetas y los apóstoles: “El Dios de ustedes es clemente, bondadoso, compasivo, deseoso de perdonar, lleno de misericordia, tardo para la ira” (véanse Éxodo 34:6; Deuteronomio 4:31; Joel 2:13; Jonas 4:2; Romanos 2:4). Debo confesar que en realidad nunca me he imaginado al Señor así. Ese conocimiento de Él está en mi cabeza — siempre lo ha estado—, pero en realidad nunca lo he experimentado en mi corazón.

Moisés profirió enérgicas advertencias proféticas a Israel acerca del juicio inminente, pero tuvo también una gran revelación de la amorosa misericordia del Señor. En la nube de la presencia de Dios, el Señor le reveló su naturaleza:

Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado.

Exodo 34:5-7

A pesar de todas las advertencias de juicio que proclamó Moisés, siempre tuvo presente la misericordia de Dios. Dijo: “Si … te volvieres a Jehová tu Dios, y oyeres su voz; porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios; no te dejará, ni te destruirá” (Deuteronomio 4:30-31).

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios lo abandonó una y otra vez. Pero de nuevo, El los restauraba y les daba increíbles bendiciones. El Señor tenía pleno derecho de desechar a Israel, pero en vez de eso, se mantuvo fiel a su pueblo. Nehemías resume esta maravillosa revelación:

Pero una vez que tenían paz, volvían a hacer lo malo delante de ti … Pero volvían y clamaban otra vez a ti, y tú desde los cielos los oías y según tus misericordias muchas veces los libraste … Poi tus muchas misericordias no los consumiste, ni los desamparaste; porque eres Dios clemente y misericordioso.

Nehemías 9:28, 31

También Isaías predicó con frecuencia acerca de la venganza de Dios contra el pecado. Habló de oscuros días de condenación y desesperación que se cernían sobre los que viven en rebeldía contra Dios. Pero en medio de uno de sus mensajes más aterradores acerca del día de la ira del Señor, Isaías se detuvo y clamó:

De las misericordias de Jehová haré memoria, de las alabanzas de Jehová, conforme a todo lo que Jehová nos ha dado … según sus misericordias, y según la multitud de su piedades.

Isaías 63:7

En medio de todo el pecado, la apoetasía y la rebelión de Israel, Isaías podía mirar hasta lo profundo de su corazón y evocar una revelación de cómo era Dios en realidad. Clamaba: “Oh Señor, nos hemos rebelado contra ti y hemos vejado a tu Espíritu Santo. Pero sálvanos otra vez por tu piedad. Aviva tu misericordia para con nosotros, porque tú eres lleno de compasión.

El profeta Joel advirtió también de los días de oscuridad venideros, llenos de llamas devoradoras, de terremotos arrasa-dores y del ensombrecimiento del sol y la luna. Pero luego, como Isaías, el profeta se detuvo y, en medio de las tremendas advertencias acerca de la ira y el juicio, profetizó:

Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertios a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertios a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo.

Joel 2:12-13

“Se duele” significa que Dios quiere cambiar de opinión acerca del juicio que ha planeado. El no *quiere* ejecutar su juicio; más bien, tiene la esperanza de que hagamos duelo por nuestros pecados y nos convirtamos a El en busca de su perdón.

Como he dicho, durante años he profetizado el juicio al cuerpo de Cristo. Y continuaré profetizando hasta que Cristo vuelva, si Él me lo concede. Pero recientemente, he percibido que el Señor me dice: *Ningún profeta de mi Libro pudo profetizar sino hasta que recibió una revelación de mi amorosa misericordia. También tú debes primero comprender ese aspecto de mi carácter.*

Para entender su amorosa misericordia

Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová.

Jeremías 9:23-24

Jamás he tenido ninguna dificultad en confesar mi pecado. Hasta donde sé, no he tratado de excusar mis faltas ni de esconderlas, y siempre he acudido al Señor de inmediato cuando El ha revelado algún pecado en mi vida. Pero aun así, cada vez que le fallo al Señor y sé que lo he ofendido, me abruma la vergüenza, la culpa, y el sentimiento de condenación y de indignidad. Les predico a los demás que el Señor es bondadoso y perdonador. Pero cuando *yo* le fallo a Dios, de repente el asunto se vuelve diferente.

Se preguntará: "¿No se supone que experimentemos esas sensaciones cuando pecamos?" Claro que sí. Pero no se supone que continuemos durante días y semanas pensando que Dios está enojado con nosotros. Los sentimientos de culpa y de condenación deberían desaparecer con rapidez. Aún después que me arrepiento, siento que tengo que reponerle algo al Señor. Como el hijo pródigo, puede ser que mi Padre me esté echando sus brazos al cuello, me esté besando en la mejilla, me esté poniendo anillos en los dedos y una túnica sobre mis hombros; puede ser que El me diga que me olvide del pasado, que entre a su casa y que goce del banquete que ha preparado para mí. Pero digo: "No puedo entrar; ¡no soy digno! He pecado contra ti. Deja que te lo pague. Deja que sufra y que cargue con mi culpa un poco mas." Me resulta fácil creer que Dios haya perdonado a Israel, a Nínive, a los paganos, al buen ladrón. Pero se me hace difícil entender cómo, en el momento mismo en que me vuelvo a El con todo *mi* corazón, me acepta con prontitud y amor como si no hubiera pecado.

"¿Quién es sabio y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias de Jehová?" (Salmo 107:43). David recibió la revelación sobrecogedora del corazón bondadoso y compasivo de Dios, simplemente dando una mirada a la historia de la relación de Dios con sus hijos amados. David expone en este salmo específico la clave para comprender la misericordia de Dios. Y es sencilla, sin complicaciones: *Entonces clamaron a Jehová …* Esta clave se repite cuatro veces en el Salmo 107.

Los hijos de Israel anduvieron errantes en el desierto, con hambre y con sed, lejos del Señor, perdidos a causa del pecado. *"Entonces clamaron a Jehová* en su angustia, y los libró de sus aflicciones" (v. 6). Pero otra vez se rebelaron y cayeron. Llegaron tan bajo que estaban a las puertas del infierno. *"Luego que clamaron a Jehová* en su angustia … los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompió sus prisiones" (w. 13-14). Una vez más se hallaron sufriendo grandemente, afligidos y sin poder comer a causa de sus transgresiones. *"Pero clamaron a Jehová* en su angustia … Envió su palabra, y los sanó" (w. 19-20). Cada vez que el pueblo de Dios no sabe qué hacer, cuando rugen las tormentas y la angustia le derrite el alma, *"Entonces claman a Jehová* en su angustia, y los libra de sus aflicciones. Cambia la tempestad en sosiego" (w. 28-29).

He aquí lo que el Señor le estaba enseñando a David: "Basta con que eches una mirada a mi modo de tratar con los hijos de Israel. Ellos me fallaron una y otra vez. Pero cuando clamaban

a mí, yo los escuchaba. Mi naturaleza se deja conmover por las lágrimas de mis hijos,! y me muevo a compasión cuando ellos se vuelven a mí. El dolor por sus debilidades me toca el corazón."

En respuesta a esa revelación, David nos dice lo siguiente en este salmo: "Vean con cuánta facilidad se conmueve el corazón de Dios, cuan rápidamente responde a los clamores de sus hijos. ¡Sus misericordias no tienen fin!" No tenemos que continuar experimentando agonía y culpabilidad; no tenemos que correr en busca de un consejero o llamar a un amigo. Sencillamente podemos buscar al Señor y clamar a El confesándole nuestros pecados. El es un Padre tierno, y nuestras necesidades lo tocan.

Creo que David apreciaba mucho más esa revelación del Señor por sus propias experiencias de pecado. Como su corazón era tan tierno para con el Señor, debe haberse sentido sumamente mal después de cometer adulterio y homicidio. Creo que David lloró de dolor la noche misma que cayó en adulterio. Un hombre de Dios tan lleno del Espíritu no podía seguir funcionando, día tras día, sin llevar una carga fatal de vergüenza, culpa y temor.

Recuerdo las ocasiones en que he estado en una sala donde pastores o miembros de la iglesia que verdaderamente aman a Dios han sido confrontados con su pecado. Los que están cerca del Señor casi siempre han llorado diciendo: "¡Sí, sí, es verdad! ¿Cómo pude haberlo hecho? Mi pecado ha estado en todo momento delante de mí. Oh Dios, perdóname; ¡necesito ayuda!" Indudablemente fue eso lo que sucedió cuando Natán confrontó a David. Por medio del profeta, Dios le dijo al rey de Israel: "Tú has traído descrédito a mi nombre." Luego, mientras David todavía estaba llorando, Natán le aseguró: "Tus pecados están perdonados."

Pero esas palabras no bastaron para David. Una cosa es quedar perdonado, y otra cosa es quedar libre y limpio frente al Señor. David sabía que el perdón era la parte fácil. Ahora quería enderezar las cosas con Dios, y poder recobrar su gozo. De modo que, después de ese episodio, clamó: "No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu" (Salmo 51:11). Luego, a lo largo de todo ese Salmo 51, David hace memoria de la longanimidad y misericordia del Señor.

Al igual que David, también nosotros debemos hallar la victoria sobre el pecado teniendo absoluta confianza en esto: no importa cuan gravemente hayamos pecado o caído, *servimos a un Señor que está presto a perdonar, deseoso de sanar, y que posee más misericordia para con nosotros de lo que jamás podríamos necesitar.* El diablo se nos acercará para decirnos: "¡No! Si te descuidas, fácilmente caerás de nuevo en el pecado." Tratará de hacernos sentir miserables, sucios, indignos de levantar las manos en alabanza a Dios o siquiera de abrir la Biblia. Pero aquí está nuestra arma: *¡Clamar!* ¡Debemos clamar como lo hizo David, *con todo nuestro corazón!* Clamar como lo hicieron los israelitas, apoyándonos por completo en la misericordia del Señor. Podemos recurrir a Dios, confesar nuestro pecado, apelar a su misericordia. Podemos decir: "Señor, yo sé que me amas, y tu Palabra dice que estás dispuesto a perdonarme. ¡Oh Señor, confieso mi pecado!"

En ese mismo momento, quedamos sin obstáculo ante Dios. No tenemos que pagar por nuestro pecado. Dios nos ama tanto que entregó a su Hijo, Jesucristo, *el cual yá pagó por nuestro pecado.* Un Abogado misericordioso y amoroso está anhelando ayudarnos y librarnos: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1).

Hace un tiempo paseaba con mi nietecita, y a ella le dieron ganas de caminar por encima de un pretil. Yo la sostenía por detrás para impedir que se cayera, pero ella trató de quitarme la mano. Por fin la solté, y ella se cayó sin hacerse daño. Pero cuando se cayó, no la abandoné. No le dije: “Mira lo que has hecho. ¡Ya no eres mía!”

El Señor me habló por medio de eso: *Tú amas tanto a esa niña. Pero no me dejas amarte del mismo modo. Te llenas de orgullo por tus hijos, pero no me dejas hacer lo mismo contigo.* No mucho después de eso, el Señor me habló otra palabra tierna al corazón. Me dijo: *David, tú me bendices. ¡Tú bendices mi corazón!* Nadie me ha dicho nada mejor en toda mi vida. ¡Qué alegría saber que, como dice la Biblia, Dios se deleita en sus hijos!

Disfrutando de su misericordia

Jonás era un profeta que comprendía plenamente la amorosa misericordia del Señor, y sin embargo, no podía disfrutarla o apropiarse de ella. Más bien le resultaba una carga. Cuando Dios le mandó que fuera a la malvada ciudad de Nínive y profetizara su pronta destrucción, Jonás huyó en dirección contraria. Después le dijo al Señor por qué había huido. ¡Era a causa de la misericordia de Dios!

Este era el argumento de Jonás: "Señor, tú me has mandado que recorra las calles de Nínive, profetizando que solamente les quedan cuarenta días antes que se acabe todo. Pero yo no puedo hacer eso porque te conozco. Tú te conmueves con facilidad. Las lágrimas y el arrepentimiento te ablandan el corazón. Sé lo que va a pasar: ellos se van a arrepentir, y tú cambiarás de plan. En lugar de enviarles el juicio, enviarás un avivamiento y yo quedaré como un tonto."

Jonás por fin sí fue a Nínive, pero sólo después de pasar por el vientre de un pez grande, que lo vomitó en tierra seca. Al fin, el profeta proclamó el juicio de Dios … y, desde luego, Nínive sí se arrepintió (aun cuando el mensaje del profeta no mencionaba nada de arrepentimiento, sólo de destrucción). Esos ninivitas malvados y endurecidos por el pecado lloraron, ayunaron, hicieron luto y se vistieron de cilicio, ¡y hasta vistieron así a sus ganados! Fue uno de los avivamientos más arrolladores que se consignan en la Biblia.

En medio de todo eso, Jonás se enfureció. Su oración debe de haber sido así: "Yo ya sabía que sucedería esto. Tú me mandas que salga a esas calles gritando: '¡Juicio, sangre, fuego!' Y entonces ellos te invocan, y tan pronto como ves la primera lágrima cambias de idea. Ya lo sabía porque te conozco. Tú eres tardo para la ira, deseoso de perdonar, presto a mandar la paz y la bendición en vez de la calamidad."

Tengo que confesar que sé cómo se debe de haber sentido Jonás. Hace no mucho tiempo yo también pasé un poco de vergüenza. Nuestro ministerio advirtió al pueblo de Estados Unidos que Dios podía juzgar al país en el campo de batalla en Kuwait e Irak, haciendo eco de la creencia de Abraham Lincoln de que toda guerra es signo del juicio de Dios. Proclamamos que Estados Unidos como nación no se había arrepentido, y que los gobernantes no habían hecho un llamado a un arrepentimiento de toda la nación; y temíamos una gran efusión de sangre. Durante una de las reuniones de oración de los viernes por la noche en nuestra iglesia, dije: "¿Cómo puede Dios estar con nuestro ejército cuando tenemos tanta sangre en las manos? La Biblia está llena del relatos de cómo Dios abandona a sus ejércitos cuando las personas pecan como lo hemos hecho nosotros. ¡Tenemos encima el juicio!"

Pero en vez de eso, la victoria llegó rápidamente. Después de sólo cien horas de combates en tierra, la guerra había terminado; era uno de los conflictos más disparejos de la historia. Pronto recibí una carta de alguien que antes solía asistir a nuestra iglesia. Decía: "¡Usted mintió! No hubo ningún juicio. Dios estuvo con nuestro ejército y no hubo millares de muertos. La advertencia que hizo no venía de Dios."

Voy a explicar lo que creo que sucedió: Una vez más, el corazón bondadoso del Señor se conmovió fácilmente. Cientos de miles de soldados y creyentes en todo el mundo clamaron de pronto a Dios: "¡Ayúdanos, danos una oportunidad más!" Muchas iglesias en todas partes del mundo efectuaron reuniones de oración, clamando: "¡Oh Dios, perdónanos! ¡Limpíanos de nuestros pecados!" Un reportero en Arabia Saudita dijo: "Nunca había oído a tantos soldados

orando o entonando cantos espirituales. Nunca había visto a tantos leyendo la Biblia. ¡Parecía una iglesia!”

Creo que Dios fue movido a compasión. Fue movido y tocado, porque El está sumamente dispuesto a perdonar. Como Jonás, yo debí haber sabido que El es tardo en enojarse y de grande misericordia, y que se arrepiente del mal (Jonás 4:2). En lugar de dejar caer su juicio sobre los Estados Unidos, Dios usó al ejército estadounidense como su vara contra Saddam Hussein. Nuestro bondadoso Señor se compadeció y cambió de plan, al igual que había cambiado su plan respecto a Nínive. Creo que fueron las lágrimas de arrepentimiento de muchos creyentes lo que produjo su gran misericordia.

Ruego a Dios que la Iglesia no cometa el mismo error que Jonás, y deje de disfrutar la misericordia de Dios. Necesitamos darle gracias a Dios por su gran piedad para con nosotros, pues El oyó la súplica de muchos creyentes … ¡y respondió!

El gozo y la misericordia de Dios

La Biblia dice que el gozo del Señor es nuestra fortaleza, y sin ese gozo no tenemos poder alguno para permanecer de pie. Debemos estar en guardia, porque los sentimientos de culpa y de condenación por el pecado destruyen por completo el gozo del Señor.

Ahora bien, los que siguen aferrados al pecado y rehúsan volverse a la plenitud del Señor no tienen derecho alguno al gozo del Señor. En realidad, la Biblia dice que van a tener un rostro atribulado. Cuando Judá pecó, Dios dijo: "Haré que desaparezca de entre ellos la voz de gozo y la voz de alegría" (Jeremías 25:10). Parte del castigo por el pecado es la pérdida de todo gozo: "Cesó el gozo de nuestro corazón; nuestra danza se cambió en luto" (Lamentaciones 5:15). El cristiano que tiene algo que ocultar no puede en realidad ocultar nada, porque el cambio causado por el pecado queda escrito sobre su rostro. Es evidente en su modo de caminar y de hablar, y en su apariencia. Si uno le pregunta: "¿Cómo te va?", probablemente recibirá por respuesta: "Pues más o menos. Apenas me mantengo." No tiene un grito, una señal de victoria; sólo una mirada de desesperación, tristeza y abatimiento. No puede haber gozo ni entusiasmo allí donde acecha el pecado.

Si al tener hambre de Cristo nos hemos arrepentido del pecado, no debemos permitir que el diablo nos robe nuestro derecho a regocijarnos y estar alegres. Al aceptar el perdón de Dios, podemos adorarlo y alabarlo gozosamente. A lo largo de toda la Biblia, Dios derrama su óleo de alegría sobre los que aman su justicia: "Alegraos en Jehová y gózaos, justos; y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón" (Salmo 32:11). "Mas los justos se alegrarán; se gozarán delante de Dios, y saltarán de alegría" (Salmo 68:3). "Gócense y alégrense en ti todos los que te buscan" (Salmo 70:4). La Palabra dice respecto a Cristo: "Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros" (Hebreos 1:9).

Algunos cristianos sólo se imaginan a Jesucristo llorando en el huerto, sudando grandes gotas de sangre. Cierto, El pasó noches enteras en agonía, orando completamente a solas. Pero creo que cuando El regresaba de esos tiempos de quietud con Dios, traía risa en su alma. ¡Podía aplaudir, danzar y alabar a su Padre celestial!

Las personas que) han abandonado sus pecados y están caminando con el Señor tal vez tengan todavía muchos problemas sin resolver. Pero hay en ellos tal impulso hacia el Señor, tal hambre de Cristo, que el resultado es inevitable: ¡experimentan un estallido sobrecogedor de alegría! La verdadera confesión del corazón y el deseo del Señor, abren ríos de alabanza y una fuente de acción de gracias.

Quizás el siguiente panorama le ayude a imaginarse con más claridad la amorosa misericordia del Señor: Supongamos que Cristo aparece en carne, vestido como un hombre cualquiera, y se sienta junto a usted en la iglesia. Usted es un cristiano derrotado, que está allí sentado pero herido por dentro, mostrando un aspecto sombrío, culpable, de condenación y temor. Usted no lo reconoce, y El comienza a hablar:

— ¿De veras amas al Señor? — le pregunta.

— ¡Muchísimo! — contesta usted.

— Has pecado, ¿verdad?

— S-s-sí — responde (¡con la esperanza de que no se trate de un profeta que puede leerle

la mente!).

— ¿Crees que Dios perdona a todos los que confiesan sus pecados y se apartan de ellos?

— Sí, pero … yo he ofendido a mi Salvador. Verdaderamente lo he herido.

— ¿Por qué no te has apropiado de su perdón? Si has confesado tu pecado, ¿por qué no has recibido ese perdón?

— ¡Es que lo he hecho tantas veces!

— ¿Crees que El te perdonará cuatrocientos noventa veces, con tal que cada vez lo confieses y te arrepientas?

— Sí.

— ¿Incluso el asesinato? ¿la homosexualidad? ¿las drogas? ¿los celos? ¿el odio?

— Sí.

— ¿Aborreces tu pecado? ¿Todavía deseas tener comunión con Dios?

— ¡Sí, claro!

— Entonces, ¿por qué permites que el diablo te despoje de la victoria de la cruz, del poder de la sangre del Cordero? ¿Por qué no te apropias de su alegría?

Espero que al imaginarnos esta escena, podamos todos recordar que no tenemos que renunciar a nuestro gozo en el Señor. ¡Tenemos derecho de alabarlo, a cantarle, a gritar y a gozarnos en El!

La proclamación de su misericordia

La Escritura dice claramente que tenemos que predicarle a toda la humanidad sobre la misericordia del Señor. Dijo David:

> No encubrí tu justicia dentro de mi corazón; he publicado tu fidelidad y tu salvación; no oculté tu misericordia y tu verdad en grande asamblea.
>
> Salmo 40:10

David no se limitó a apropiarse de ese maravilloso mensaje para sí mismo. El sabía que también lo necesitaba urgentemente toda la congregación y el mundo sufriente. Estaba agradecido a Dios por su amor tan grande, ya que estaba consciente de sus propias faltas. No importa cuan gravemente hayan pecado las personas: Dios sigue *amándolas.* Por eso envió a su Hijo. Eso es lo que debemos predicar al mundo. ¿Podemos decir con David: “No oculté tu misericordia en grande asamblea”? Eso es lo que El desea para todos nosotros.

Quizás uno de los versículos más citados y cantados de toda la Palabra de Dios sea el siguiente: “Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán” (Salmo 63:3). ¿Qué significa eso de que “su misericordia es mejor que la vida”? La verdad es que la vida es breve. Se desvanece como la hierba, que en una temporada está aquí y en la siguiente ya se fue. Pero la misericordia de Dios va a permanecer para siempre. Dentro de mil millones de años, Jesucristo seguirá siendo tan tierno y amoroso con nosotros como lo es en este instante. Los seres humanos pueden quitarle la vida a alguien, pero no pueden quitarle la eterna misericordia de Dios.

Deténgase y piénselo por un momento: Dios ya no está enojado con nosotros. La Palabra dice que *nada* puede interponerse entre nuestro Señor y nosotros: ni la culpa, ni el tormento, ni los pensamientos de condenación. Podemos decir: “Mi vida es una bendición al Señor, y yo puedo regocijarme y alabarlo. ¡Estoy limpio, libre, perdonado, justificado, santificado y redimido!”

Tenemos un Padre amoroso y tierno que se interesa por nosotros. Y cuando comenzamos a entender lo compasivo que es para con nosotros — lo paciente y cuidadoso que es, lo listo que está a perdonar y bendecir — no podremos contenernos. Vamos a gritar y alabar hasta más no poder: “¡Verdaderamente su misericordia es mejor que la vida!”

19
Dios nos ayudará a ser fíeles

La carta a los hebreos ofrece a todos los creyentes esta apalabra poderosa y cargada de vitalidad:

Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios.

Hebreos 3:1-2

La expresión “participantes del llamamiento celestial” significa sencillamente esto: que escuchamos al cielo llamándonos. En este mismo momento, el cielo está llamando a un pueblo a que no viva para el mundo, sino que cada mañana se despierte y oiga a Cristo, quien lo llama hacia El. Miran todo a su alrededor y gritan en su interior: “Jesús, mi corazón no está aquí, mi futuro no está aquí. Nada en este mundo me satisface. ¡Sólo tú, Señor, eres mi vida!”

Creo que hoy día muchos en el cuerpo de Cristo no están atados a nada de la tierra. Uno pudiera quitarles el empleo, la casa, las cuentas bancarias, los negocios — todo excepto la ropa que los cubre — y todavía seguirían amando a Dios con todo su corazón. Pero la fidelidad a Dios no significa simplemente la disposición a perderlo todo por su causa. De hecho, la Biblia dice que podemos entregar nuestro cuerpo para que sea quemado como testimonio, pero sin la motivación apropiada — sin amor en nuestro corazón — y moriremos en vano (véase 1 Corintios 13:3).

Algunos piensan que la fidelidad a Dios consiste sólo en vivir sin pecados de sensualidad o manteniendo la victoria sobre los hábitos pecaminosos. Otros piensan que significa estar constantemente leyendo la Biblia, orando, dando dinero y asistiendo a la iglesia. Hay quienes lo conciben como el realizar buenas obras, o mantenerse puro evitando todo mal. Estas cosas por sí mismas nunca pueden hacernos fieles a Dios. Se preguntará entonces: “¿Quiere decir que todos mis esfuerzos contra el pecado, todo mi servicio santificado para Dios y todo mi clamor en oración no se consideran como fidelidad? Si eso no es ser fiel, ¿qué lo será?”

Todas esas cosas maravillosas son, efectivamente, mandadas por la Palabra, y las haremos si somos fieles; pero en sí mismas no constituyen la fidelidad. La fidelidad a Dios es imposible a menos que brote de un corazón confiado y creyente. He aquí una afirmación muy sencilla a primera vista, pero que no debemos pasar por alto si queremos ser fieles a Dios: No podemos tener hambre de Cristo si permitimos que la falta de fe eche raíces en nuestro corazón.

La falta de fe, incluso en su forma más leve, es algo que Dios detesta. Obstaculiza la obra de Dios en nosotros, y es el pecado que se halla detrás de todo alejamiento de Él. Podemos estar por completo despegados de las posesiones mundanas y anhelar en nuestro corazón la venida de Cristo. Podemos escuchar predicaciones poderosas, cantar las alabanzas de Dios en su casa, y devorar cada día la Palabra de Dios. Pero a menos que oremos así: “Oh Dios, permíteme escuchar tu Palabra en mi hombre interior; permíteme creer que puedo aplicarla y que se hará vida en mf’, entonces no tendrá efecto alguno. La Palabra que usted oye debe venir mezclada con la fe: “No les aprovechó oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los

que la oyeron" (Hebreos 4:2). Permita que estas palabras calen en usted: ¡Si lo que leemos y oímos predicar no va mezclado con la fe, no nos sirve de nada!

El versículo al inicio de este capítulo dice que Jesucristo fue fiel a Dios en la misma forma en que Moisés le fue fiel. ¿De qué modo se midió la fidelidad de ellos? ¿Cómo hicieron Cristo y Moisés para ser verdaderamente fieles en todas las cosas? Fueron considerados fieles *porque jamás dudaron de la palabra que les dirigía el Padre celestial.* Ellos sabían que lo que Dios decía que iba a hacer, ciertamente lo iba a hacer.

Entonces la fidelidad es sencillamente creer que Dios va a cumplir su Palabra. En este sentido Cristo y Moisés retuvieron firme hasta el fin su confianza del principio (Hebreos 3:14). La suya no fue una fe de altibajos, de tenerla hoy y no tenerla mañana. Su fe fue inconmovible hasta el fin. Y así como Cristo demostró ser fiel en su confianza en el Padre, nosotros que constituimos su casa veremos cómo nuestra fidelidad se mide con la misma norma: "Cristo [fue] hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza" (Hebreos 3:6).

Al aumentar nuestras pruebas y al intensificarse la batalla, nuestra carne puede fatigarse. A lo largo del tiempo, muchos cristianos dejan que el temor y la duda se infiltren, y pierden su confianza en Dios, su fe de niños en El. La cautela y el hábito de cuestionar les invaden el corazón. Pero yo no quiero llegar al final de mi vida como tantos creyentes que he visto, cuyos años se desperdiciaron porque no sabían dónde estaban en Cristo. Cuando les llegó el fin, pensé que tendrían cierta fortaleza, que se iban a refrescar al saber que estaban más cerca de encontrarse con Señor. Pero en vez de eso, se apagaron con un gemido porque no se mantuvieron firmes hasta el fin. Ahora, cuando miro al camino que me queda por recorrer en mi vida, veo que el tiempo es corto y quiero, más que todo, estar regocijándome en la esperanza, manteniéndome firme hasta el fin.

Permítame decirle cómo podemos volvernos fieles a Dios y mantener nuestra confianza durante todos nuestros días. Si queremos ser tan fuertes en nuestros últimos días como lo somos ahora en su presencia, entonces debemos tomar en serio estas dos cosas.

El acusador

Primero, debemos asegurarnos de no hacer nunca caso a las mentiras del diablo.

Cada día debemos recordar que tenemos un enemigo decidido a destruirnos. Es un mentiroso, un engañador y un seductor. Dijo Jesús: “El diablo … ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Juan 8:44).

Jesús ha denunciado al “padre de mentira”, al instigador de todo engaño y falsedad. Ha dicho que todas las mentiras son concebidas en el seno de Satanás. Y Dios ha advertido claramente a su iglesia que, especialmente en los últimos días, el diablo pasará todo su tiempo acusándonos: “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero … el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Apocalipsis 12:9-10). El diablo pasa delante de Dios las veinticuatro horas del día, acusándonos y mintiendo contra nosotros. Sus mentiras tienen la intención de quitarnos la paz y la confianza en Dios.

Satanás no pierde su tiempo mintiéndoles a los pecadores; ellos ya están cautivos, prisioneros de su engaño. Más bien trabaja con los creyentes cuyos corazones tienen hambre del Señor. Siembra mentiras en la mente de los verdaderos buscadores, los santos de Dios. En efecto, podemos limitar esto todavía más: Satanás les miente a los que están decididos a entrar en el reposo de Dios.

Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.

Hebreos 4:9-11

Este “reposo” significa un lugar de completa confianza en la Palabra de Dios. Es un lugar de fe, donde no hay lucha, ni temor ni duda. Es un reposo sereno, una confianza continua en que Dios está con nosotros, en que El no puede fallar, y donde el que nos llamó nos cuidará para que lleguemos hasta el final.

Pero precisamente cuando pensamos que estamos a punto de entrar en esa nueva vida de completo reposo y confianza en el Señor, precisamente cuando pensamos que nuestra carne ha sido crucificada, que ya no confiamos en nuestras propias obras sino que dependemos del Señor, entonces aparece la serpiente antigua con una nueva andanada de mentiras y acusaciones. Se acerca al oído de nuestra conciencia y, sirviéndose de espantosas mentiras procedentes del infierno, lanza acusaciones contra todo lo que hacemos.

Como lo dije antes, el blanco directo de Satanás es la fe que usted tiene en Dios. Él sabe que si a su fe se le permite crecer, todas las mentiras de él quedarán sin efecto. Y cuando usted se pone frente a Dios y dice: “No quiero nada en este mundo sino a Cristo”, el diablo sabe que lo dice en serio. Lo sabe no sólo por sus palabras sino también por sus acciones, porque para usted ya eso no es sólo una afirmación, sino un modo de vida. De modo que, si en realidad dijo en serio lo que dijo, tenga cuidado: el infierno entero va a venir en contra suya. El diablo le mentirá en su aposento de oración, en la iglesia y en el trabajo. Pero puede tener la certeza de que ese hostigamiento ha caracterizado la vida de todos los hombres piadosos. He

leído acerca de muchos hombres y muchas mujeres de Dios, personas dinámicas, que reconocieron que Satanás los atacaba en sus tiempos más productivos y santos, tratando de destruirlos con mentiras.

He aquí tres de las peores mentiras del diablo:

Mentira número uno: "No estás avanzando en tu vida espiritual."

Una voz susurra: "A pesar de toda tu hambre de Dios, tu negación de tí mismo y toda la predicación que has escuchado, no has avanzado nada en tu andar con Cristo. Todavía eres pecador, terco y lleno de egoísmo. Has recibido mucho, pero te ha hecho cambiar muy poco. No crecerías espiritualmente aunque vivieras cien años. Algo anda mal contigo. Otros están creciendo y te están pasando. No eres más que un farsante, un hipócrita. ¡Eres un cristiano débil y flojo, que no sirve para nada!"

¿Cuántas veces se le ha acercado el diablo con esas mentiras específicas? Para comenzar, los cristianos no comparan su crecimiento con el de los demás. En segundo lugar, el diablo no es nadie para decirle si está creciendo o no. La verdad es que él no le vendría con mentiras si usted no estuviera *realmente* creciendo.

Mentira número dos: "Eres demasiado débil para el combate espiritual."

El diablo le dice: "Este combate espiritual es demasiado duro para ti. Estás desgastado, fatigado y cansado. No tienes la fuerza para continuar luchando." En cada hora que esté despierto, él susurra: "Fatigado … desgastado … se te acabó la fuerza … ríndete … baja la velocidad … lleva las cosas suavemente … cansado … cansado … cansado …"

Daniel nos advirtió que el diablo tendría éxito en desgastar a los santos: "Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará" (Daniel 7:25). La palabra hebrea que aquí se utiliza significa "cansar mentalmente, fatigar la mente". Tal vez ha oído esa voz en su interior hace poco: "Estoy mentalmente agotado, totalmente exhausto." Ese no es el modo de hablar del vencedor. Sí, hay ocasiones en que quedamos físicamente fatigados o cansados, pero el diablo quiere emplear esas palabras para fatigarnos espiritualmente y para quitarnos la victoria y el gozo que son nuestros en el Espíritu Santo.

La verdad es que gran parte de nuestra fatiga espiritual es causada por esa mentira que procede del infierno y que nos es inyectada. Satanás nos dice: "No estés tan activo en las cosas de Dios, hacia los no creyentes y los que sufren, para con los pobres y los necesitados. No tienes por qué trabajar tan duro. Afloja un poco. Algo anda mal; se supone que deberías estar descansado, pero te estás desgastando. Quizá tienes pecado en tu corazón. ¿Qué será eso tan terrible que tienes oculto?"

Con frecuencia he oído la voz del engañador que trata de invadir mi estudio y susurrarme al corazón estas palabras: "Tú no eres un buen pastor. Tu alma no reposa como lo enseña la Biblia. ¿Ves cómo te cuesta recibir un mensaje? David, está cansado y seco. Si tuvieras fe, no tendrías una hija a la que le están aplicando tratamientos de radiación y quimioterapia. No tendrías un resfriado que te dura semanas. Estarías tan lleno de poder y de revelación que grandes multitudes se estarían acercando a Dios. Lo que pasa es que estás desgastado. Tienes tan poca fe …"

¿De dónde viene todo eso? ¡Directamente de la fosa del infierno, del padre de todas las mentiras! Satanás pone en duda, acusa y miente acerca de nuestra fe.

Mentira número tres: "Dios no está contigo. Lo has ofendido al punto de alejarlo."

Satanás susurra: "Dios todavía te ama, pero ya no está contigo. Hay algo invisible y desconocido en ti. La bendición y el favor de Dios ya no te acompañan."

El diablo lo golpeará con la Palabra de Dios puesta fuera de contexto. Le dirá: "¿Acaso Dios no abandonó al pueblo de Israel cuando pecaron? Dios se apartó de Israel y lo desamparó. La sequedad que tienes ahora y tus luchas cotidianas son pruebas claras de que Dios no está contigo. ¡El Espíritu Santo te ha dejado!"

Esa fue la mentira que sembró el diablo en la mente de Gedeón. Israel había sido entregado en manos de los madianitas y había sufrido mucha crueldad bajo su yugo. Entonces Dios envió un ángel que le dijo a Gedeón: "Jehová está contigo, varón esforzado y valiente" (Jueces 6:12). Gedeón miró a su alrededor; luego escuchó la mentira del diablo, y dijo: "Si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas, que nuestros padres nos han contado, diciendo: ¿No nos sacó Jehová de Egipto? Y ahora Jehová nos ha desamparado, y nos ha entregado en mano de los madianitas" (Jueces 6:13).

Es verdad que Dios los entregó a los madianitas; pero sólo para disciplinarlos. Jamás abandonó a su pueblo amado, y ahora jamás abandonará a su Iglesia. El permitirá que seamos disciplinados por el enemigo, pero cuando su disciplina esté completa, dirá: "¡Déjalos ya! Ese pueblo es mío."

Hoy día tenemos esta palabra: "El dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre" (Hebreos 13:5-6). "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20). Jesús no nos dejará jamás, no nos desamparará. Dios está *siempre* con nosotros.

Si hemos estado buscando al Señor, El está con nosotros sin importar qué mentiras oigamos, o cómo nos sintamos, o cuáles sean nuestras circunstancias. Necesitamos enfrentarnos cara a cara con el diablo delante de todos los demonios del infierno, y decirles: "No me importa lo que digan de cómo me siento. ¡Dios está conmigo! Si Dios está a mi favor, ¿quién podrá estar en contra mía?" (véase Romanos 8:31).

El Sumo Sacerdote

La segunda palabra de aliento para que mantengamos nuestra confianza, además de no escuchar jamás las mentiras del diablo, es esta: Debemos estar totalmente seguros de que nuestro Sumo Sacerdote nos cuida, y de que tenemos pleno acceso a su trono.

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Hebreos 4:14-16

Hemos sido invitadas a entrar al salón del trono del Soberano del universo. Él sabe por lo que hemos pasado, lo que estamos pasando ahora y lo que nos espera. “No hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). El Señor está esperando que nos acerquemos a Él libremente, llevándole todo lo que nos inquieta.

Él mismo ha experimentado lo que estamos pasando, y es compasivo, amoroso, lleno de misericordia y deseoso de ayudarnos en el momento de necesidad. ¿Es éste su momento de necesidad? ¿Sabe que Él está disponible en cualquier momento? No es necesario que digamos: “Tengo que ir a mi casa y meterme en mi aposento secreto para entrar en el salón del trono de Dios.” El trono está disponible para nosotros en cualquier momento y lugar. Dios nos invita a entrar hasta su trono con libertad, sin reserva alguna, con plena confianza en que É l responderá, en que Él siempre guardará su palabra. No tenemos que explicarle nada. Podemos simplemente arrodillarnos ante Él y decirle con audacia: “Cristo, tú sabes por lo que estoy pasando. No puedo expresarlo con palabras. Pero tú también has pasado esto; ¡así que, por favor, ayúdame!”

Vivimos por promesas, no por lo que vemos. Si queremos ser fieles a Dios, no podemos quedarnos sentados alimentando nuestras dudas. Más bien, tenemos que alentarnos día a día en el Señor, tratando con la falta de fe, y diciendo: “¡Señor, no me voy a dar por vencido!” Debemos rechazar las mentiras del diablo y edificar nuestra fe sobre la Palabra de Dios: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios” (Judas 20-21).

20
La grandeza actual de Cristo

[Pido en oración] que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.

Efesios 1:17-20

En esa conocida oración, Pablo quería que la iglesia de Éfeso (y la iglesia actual) supiera algo importante. Rogaba que Dios nos revelara la supereminente grandeza del poder de Cristo; eso significa no sólo su grandeza *pasada*, sino también su grandeza *actual.*

¿Qué significa la grandeza actual de Cristo? La Iglesia tiene gran reverencia por el Cristo que caminó sobre la tierra: el Jesús galileo, el Hijo de María, el maestro y obrador de milagros. Jamás nos cansamos de oír acerca de la grandeza de Jesús de Nazaret, cómo expulsaba demonios, cómo se mantuvo fuerte frente a toda tentación, cómo abrió los ojos a los ciegos, destapó los oídos sordos, hizo que los paralíticos saltaran, restauró miembros atrofiados, curó la lepra, convirtió el agua en vino, alimentó a multitudes con unos pocos panes y pescados, y resucitó muertos.

Sin embargo, en algún momento de la historia, la Iglesia le puso límites a nuestro Salvador grande, potente, capaz de obrar milagros. Desarrollamos una teología que lo hacía Señor sobre lo espiritual pero no sobre lo natural. Creemos, por ejemplo, que El puede perdonar nuestros pecados, calmar nuestros nervios, aliviar nuestra culpa, darnos paz y gozo, y ofrecernos vida eterna: toda la obra que se realiza en el mundo invisible. Pero pocos creyentes conocen a Cristo como el Dios de lo natural, de nuestros asuntos cotidianos: es decir, como Señor de nuestros hijos, de nuestro empleo, de nuestras cuentas, de nuestro matrimonio y de nuestro hogar. Pablo dice que necesitamos una revelación del poder que Cristo ha tenido *desde* su resurrección, para mostrarnos su poder en todas esas cosas. Incluso ahora, nos dice la Biblia, Jesucristo está sentado a la diestra de Dios, con todo poder en los cielos y en la tierra, y Dios "sometió *todas las cosas* bajo sus pies" (Efesios 1:22, énfasis mío).

Al orar sobre este asunto, el Espíritu Santo me habló poderosamente al corazón. Dijo: *Jesús nunca ha sido más poderoso de lo que es ahora.* Efectivamente, la Escritura dice: "[El está] sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero" (Efesios 1:21). Si de veras creemos esto, las implicaciones para nosotros son formidables.

Él nunca desechó a los muertos

Aquel que venció a la muerte tiene todo poder. La mayor prueba del poder de Cristo sobre la tierra fueron los que El resucitó de entre los muertos. “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (Juan 5:21). Jesús aseguró claramente que tenía poder sobre la muerte. Incluso dijo de sí mismo: “Yo soy la resurrección y la vida” (Juan 11:25); ¡y lo demostró!

Pero ¿le creemos de verdad a Cristo cuando dice: “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Juan 5:25-26)? Y si es así, ¿nos damos cuenta de las implicaciones que esto tiene para nuestra vida diaria?

Cuando Cristo habla de que los muertos se levantan ante el sonido de la voz de Dios, no se refiere sólo a la resurrección final. Cristo está describiendo su poder actual para levantar *todo aquello que haya muerto.* Es que todos tenemos un cementerio secreto en nuestra vida, que retiene a alguien o algo que desechamos hace mucho tiempo. Lo hemos enterrado y hemos inscrito en su lápida la fecha de su muerte. Cada vez que pensamos en eso, nos quedamos sin considerar el poder actual de Cristo para darle su resucitada vida.

Hace algunos años, una amiga nos dijo que iba a la graduación de su hijo. Su antiguo esposo también iba a asistir; era un hombre que la había abandonado años atrás por otra mujer. El matrimonio de nuestra amiga estaba más allá de toda posibilidad de resurrección, puesto que su antiguo esposo se había vuelto a casar. Pero Dios ordenó a nuestra amiga que regresara a la graduación — al sitio de sepultura de su matrimonio muerto — y orara por la salvación de su esposo y de la esposa de éste. Esa mujer no desechó a los que estaban espiritualmente muertos.

Conozco a otra estimada mujer Cristina cuyo esposo la abandonó años atrás. Ese hombre está ahora perdido en el pecado. Allí donde una vez floreció un buen matrimonio, se yergue ahora una lápida. Pero ella ha aprendido que Jesucristo nunca desecha a los muertos. No es que ella quiera que su esposo regrese (en efecto, es posible que nunca regrese). Más bien quiere que él resucite de la muerte del pecado, y por eso ora actualmente por él. Ella no va a desechar a los muertos, porque sabe que le sirve a un Dios que tiene en la actualidad el poder de la resurrección.

Un pastor me escribió para contarme esta triste historia: Recibió en su casa a un reo que había sido liberado, un hombre que parecía arrepentido. Después de algunos meses, el pastor llegó un día a su casa, y encontró que aquel hombre estaba en la cama con su esposa. El hombre huyó, pero la mujer quedó embarazada de él. Ahora este pastor vive en constante aflicción. Apenas logra sostener a los dos hijos que ya tienen, y su matrimonio está en ruinas. Tiene la preocupación adicional de que el ex convicto, por haber usado drogas, pueda haber transmitido el SIDA. Simplemente no logra ver cómo va a salir adelante. Escribe: “En cualquier dirección que mire, es un callejón sin salida. Parece algo absolutamente sin esperanza, sin salida alguna.”

Conozco a un padre que llora por su hija de dieciséis años. Antes la muchacha era inocente y amorosa. Ahora es adicta al *crack* y recorre las calles vendiendo su cuerpo. Físicamente está demacrada, y su moral es la de un gato de callejón. Ese padre ama profundamente a su hija, pero ahora ella está medio muerta; en realidad más muerta que viva. Él llora mientras

contempla su fotografía de la secundaria, recordando las largas caminatas y conversaciones que disfrutaban juntos. Ahora, tristemente, él ha renunciado a toda esperanza. Se sienta y espera la temible llamada telefónica de medianoche que le avise que debe pasar a la morgue para identificar el cadáver de su hija.

Todas esas víctimas del asolamiento del diablo parecen tener buena razón para desechar a sus seres queridos. ¡Pero Jesucristo jamás desecha a los muertos! Más bien saca vida de la muerte. Todo lo que alguien necesita, en cualquier situación que esté, es su Palabra, su aliento; y lo que parecía estar muerto y sin esperanza recobrará vida.

Una vez, un padre adolorido llamado Jairo se acercó a Jesús para pedirle que curara a su hija moribunda:

Y vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y luego que le vio, se postró a sus pies, y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá. Fue, pues, con él; y le seguía una gran multitud, y le apretaban.

Marcos 5:22-24

Jairo representa a la mayor parte de los cristianos. Como él, sabemos que Cristo es nuestra única esperanza, y en una crisis corremos hacia Él y nos postramos a sus pies, buscando su misericordia y su auxilio. Jairo tenía también una buena medida de fe. Le pidió a Jesús que viniera y le impusiera las manos a la niña, "para que sea salva, y vivirá". Quería decir con eso: "Señor, todo lo que ella necesita es a ti. Tú tienes todo el poder. Tú puedes impedir que muera." Y en respuesta a la fe de este hombre, Jesús fue con él.

La mayoría de nosotros, en la posición de Jairó, sin duda estaríamos llenos de gran esperanza ante la actitud de Cristo. Pero también pudiera asaltarnos un pensamiento terrible: *¿Y si es demasiado tarde? Es maravilloso tener a Cristo a mi lado, pero necesito tiempo. ¡Necesito a Jesús* … y también *necesito tiempo!* Si es así, tenemos una fe limitada y nos hace falta una perspectiva diferente. Si invocamos a Cristo y sabemos quién es El en realidad —la resurrección y la vida—, podemos reposar en nuestro espíritu y decirle a nuestro atribulado corazón: "Jesucristo trasciende el tiempo. Yo no necesito más tiempo; sólo lo necesito a El."

Los creyentes nominales que estaban al lado de la cama de la muchacha tenían una fe limitada. Mientras quedara un poquito de vida — razonaban —, Jesús era amado y necesitado allí. Lo más probable es que antes que ella muriera, esas personas se dijeran a sí mismas: "Sí, creemos que Jesucristo es el Médico divino, el gran Sanador. Nada es imposible para El porque sabemos que tiene todo poder. Pero ¡ay, Señor, apúrate; que se puede morir en cualquier momento!" ¿Qué clase de fe es esa? Es fe sólo hasta el punto de la muerte; sólo cree hasta el borde de la tumba. Y cuando las circunstancias dan la impresión de que todo está perdido, esa fe muere.

Esa era la clase de fe que tenía María de Betania. Le dijo a Jesús, después de la muerte de Lázaro: "Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano" (Juan 11:32). Esa era también la fe que tenían los vecinos y amigos de Lázaro: "Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?" (11:37). Ni María ni Marta ni ninguna otra persona junto a ese sepulcro tenía fe en Cristo como la resurrección. Para esas personas, Jesús era poderoso y muy necesario; pero sólo hasta el punto de la muerte.

De modo similar, cuando el gentío que rodeaba a la hija de Jairo vio que ella había muerto, perdió la poca fe que tenía. Me parece ver a las personas tomándole el pulso y declarándola muerta. Su primera orden de asuntos funerarios consistió en decirle al Sanador que ya no lo necesitaban. De modo que mandaron un mensajero a Jairo, diciendo: “Tu hija ha muerto; ¿para qué molestar más al Maestro?” (Marcos 5:35).

¡A Jairo esas palabras deben haberle sonado tan definitivas!: “¡Tu hija ha muerto!” Le pregunto: ¿acaso resuenan en su corazón esas mismas palabras? “Tu matrimonio está muerto; ¡no molestes a Jesús” “Tu ministerio está muerto; ¡no molestes al Señor!” “Tu hijo está muerto en el pecado; ¡no molestes a Cristo!” “Tu relación con ese ser querido está muerta; ¡ríndete! ¿Para qué molestar más al Maestro?” En otras palabras: “¿Para qué aferrarse cuando ya todo está perdido? Ahora es asunto muerto. Déjalo así.”

Cuando a Jairo le llegó la noticia de la muerte de su hija, es posible que haya dicho algo parecido: “Gracias, Señor; sé que tenías la mejor intención. Tal vez habría sido mejor si esa mujer con el flujo de sangre no hubiera tocado el borde de tu manto, pues te demoró. Yo de veras tenía fe. Sabía en mi corazón que si tú llegabas mientras mi hija todavía respiraba, iba a vivir.”

¡Pero no hay necesidad ni persona demasiado difícil de alcanzar por Cristo! Esas palabras temibles no significan nada para El. El nunca desecha a los muertos; El es la vida resucitada. La mejor forma de traducir del griego el versículo 36 es: “Jesús, como si no oyera lo que se decía, le dijo al jefe de la sinagoga: ‘No temas, sólo cree.’ “

Una fe que llega sólo hasta el punto de la muerte no es suficientemente buena. En este caso, Jesucristo dejó que se acabara el tiempo porque quería que sus seguidores tuvieran fe en el poder de su resurrección. Quería que la fe de ellos en Él trascendiera toda desesperanza, incluso más allá de la muerte.

Jesús no se volvió, y en casa de Jairo tuvo lugar una escena terrible. Me entristece mucho leer el relato de lo que pasó cuando Jesús llegó allí. En medio de la total confusión, el temor y los gemidos, todos actuaron como si Jesús fuera un doliente que venía a rendir su último homenaje. Puedo oírlos decir: “Bueno, por lo menos es lo suficientemente cortés como para venir al funeral. ¡Más vale tarde que nunca!” Marcos 5:38-40 dice así:

Y vino a casa del principal de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho. Y entrando, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él.

La Biblia *Dios Habla Hoy* dice: “La gente se rió de Jesús.”

Le pregunto: ¿Es esa la razón por la que hay tanta conmoción en la vida de tantas personas, tanta aflicción y luto? ¿Es porque no creen que Jesucristo puede resucitar lo que está muerto? Tal vez no creen que Cristo sabe lo que está haciendo, y que El tiene un plan vivificador. Piensan que ha llegado demasiado tarde, y que ya no hay esperanza. No pueden creer que Cristo esté todavía en acción en lo que ellos ya habían renunciado.

Al leer ese relato en Marcos, me fijo en esas personas que dudan, y quiero gritar: “¿De qué se ríen? ¿Por qué se han rendido? Sigan firmes, confíen en El. ¡Él puede resucitarla! El *quiere* resucitarla. Ese ha sido su plan en todo momento.”

Mas él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. Y luego la niña se levantó y andaba.

Marcos 5:40-42

Si tenemos en nuestro corazón hambre de Cristo, Él aplicará su poder vivificante a nuestras circunstancias muertas. No clamaremos a Dios en nuestra angustia, esperando que Él nos responda antes que sea demasiado tarde. No nos convertiremos en dolientes cuando parezca que no ha venido la respuesta. No vamos a temblar ante el poder del diablo, como si hubiera ganado la victoria; ¡como si Jesucristo hubiera perdido y el diablo ganado! Cuando las cosas vayan de mal en peor no vamos a decir: "¡Se acabó! Es demasiado tarde, ya pasó. Por alguna razón, el Señor ha decidido dejar que esto suceda."

No basta con amar, servir y adorar a Dios sólo hasta el punto de la desesperanza. Debemos confiar en Él cuando toda nuestra esperanza parece haber desaparecido, cuando parece que jamás obtendremos un empleo ni veremos la conversión de nuestros seres queridos, cuando las cosas se van acumulando por todos lados y parece humanamente imposible seguir adelante.

Si Cristo entrara en la situación actual en que usted se encuentra, ¿cómo lo encontraría? ¿cómo reaccionaría ante Él? ¿Todavía estaría sufriendo? ¿Todavía su corazón estaría agitado? O más bien le diría a Él: "Señor, esto parecía sin esperanza. Estaba a punto de rendirme, pero yo sé que tú eres el mismo hoy que en tiempos de Jairo. Tú puedes sanar este problema. Tú puedes sacar vida de la muerte." Y, cuando por fin Cristo realiza el milagro, ¿se encontrará usted afuera entre los que se burlan, o adentro en medio del círculo fiel a Jesucristo? Los fieles estaban allí para ver a Jesús en acción. ¡Es allí donde todos debemos desear estar: adentro, del lado de la fe!

Nuestra fe debe sostener que el poder de Jesús va más allá del punto de la muerte. Debemos mirar de frente a todo lo que está sin vida, y proclamar: "¡Cristo jamás desecha a los muertos! Él nunca ha estado más deseoso de mostrar su poder, de lo que lo está ahora mismo." Nunca podemos desechar a nadie ni a nada que Jesucristo desea, no importa cuan desesperante parezca la situación.

Fijémonos que en el relato de Jairo y de su hija, el Señor no estaba interesado en mostrar su poder a los no creyentes. Más bien, a los que estaban en ese aposento les mandó que no se lo contaran a nadie. Lo que dijo fue: "No les cuenten lo que vieron. El milagro queda entre nosotros, los que estamos en esta habitación." Esto nos dice que los que se aferran a una fe inquebrantable están a punto de ver una gloriosa manifestación del poder de la resurrección de Cristo. Sólo usted y el Señor sabrán todas las acciones íntimas. Él lo asombrará, lo dejará estupefacto; y le mostrará su gloria.

La grandeza actual de Cristo puede resumirse en este poderoso versículo: "En él estaba la vida" (Juan 1:4). Jesús era, y es ahora, una vida que da energía. Él se renovaba constantemente porque tomaba su vida de un depósito celestial. Nunca se cansó de las multitudes que lo apretaban por todos lados. Nunca se impacientó. Cuando llamó a sus discípulos a que se apartaran un poco para descansar, ellos partieron a un lugar tranquilo al otro lado del lago; pero la muchedumbre lo estaba esperando también allí. Ni una vez dijo: "¡Oh, no! Son otra vez esos de los problemas, con sus quejas tontas y sus preguntas

estúpidas. ¿Cuándo terminará esto?” Más bien veía a las multitudes y era movido a compasión. El Espíritu le daba energía, y El se ponía a trabajar. Tenía días de gran esfuerzo, noches de oración y tiempo para los niños. En un momento de fatiga se detuvo para descansar junto a un pozo, pero una mujer necesitaba ayuda. Una vez más recobró la energía. Sus discípulos encontraron al Maestro descansado y con nuevo ánimo. “El les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis” (Juan 4:32). ¡Esa es la energía secreta de la vida resucitada!

A los creyentes de hoy se nos ha prometido la misma vida de Cristo que nos llena de energía. Cuando nos sentimos como una agotada batería de auto, de inmediato debemos recordar esto: “Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11).

¿Está usted lleno del Espíritu Santo? Si es así, entonces déle gracias a Dios por la grandeza actual de nuestro Señor Jesucristo. Por fe, tome de la vida y la energía de Dios “de modo que te rejuvenezcas como el águila” (Salmo 103:5). Y cuando llegue el momento de esa resurrección final — la entrada en el glorioso reino celestial de Dios —, le daremos gracias a El por toda la eternidad, porque hizo posible que recorriéramos nuestra vida terrena en la vida y el poder-de su resurrección.



About the Author

David Wtlkersan, fundador de Desafio juvenil y autor de libros como **La cruz y el puñal** *y* **La visión,** *regresó a la ciudad de Nueva York en 1987 para abrir allí la Iglesia Times Square.*

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

TENEMOS HAMBRE DE CRISTO
Edición en español publicada por
Editorial Vida - 1994
Miami, Florida

EPub Edition © APRIL 2013 ISBN: 978-0-829-77806-9

Originally published in the USA under the title:

Hungry for More of Jesus Copyright © 1992 by David Wilkerson

Published by Chosen Books

Traducción: *Carlos Alonso Vargas*

CATEGORÍA: Vida cristiana / Crecimiento personal

13 14 15 16 ❖ 5 4 3 2 1

About the Publisher

Founded in 1931, Grand Rapids, Michigan-based Zondervan, a division of HarperCollins*Publishers*, is the leading international Christian communications company, producing best-selling Bibles, books, new media products, a growing line of gift products and award-winning children's products. The world's largest Bible publisher, Zondervan (www.zondervan.com) holds exclusive publishing rights to the *New International Version of the Bible* and has distributed more than 150 million copies worldwide. It is also one of the top Christian publishers in the world, selling its award-winning books through Christian retailers, general market bookstores, mass merchandisers, specialty retailers, and the Internet. Zondervan has received a total of 68 Gold Medallion awards for its books, more than any other publisher.





Editorial Vida

TENEMOS HAMBRE DE CRISTO

Experimentando su presencia en tiempos difíciles

Índice